

América Latina

Movimientos sociales
y
Representación política

Isabel Rauber

Prólogo de István Mészáros

América Latina

Movimientos sociales y representación política

Isabel Rauber

©Isabel Rauber

Edición Digital para Rebelión

Edición general y arreglos: *Pasado y Presente XXI*

Traducción del inglés: *Darío Machado*

Edición: *Gladys Estrada*

Artes finales:

Diseño de portada: Mauro Germán

Primera Edición: Santo Domingo, Septiembre de 2003

Segunda Edición: Buenos Aires, Noviembre de 2003

*No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político.
No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social.*

*Carlos Marx
Misericordia de la Filosofía*

INDICE

PRÓLOGO	I
PALABRAS INTRODUCTORIAS	11
I	13
PUNTOS DE PARTIDA	13
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	14
REFERENCIAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS Y PERTENENCIAS	21
1	21
2	25
II	33
EL SUJETO	33
SUJETO HISTÓRICO, SUJETO SOCIAL, SUJETO POLÍTICO, SUJETO POPULAR UNA MIRADA DESDE LATINOAMÉRICA	34
<i>Hipótesis fundamentales</i>	40
1	40
2	41
3	42
4	49
5	52
6	52
7	53
8	56
9	57
III	61
REPRESENTACIÓN,	61
ORGANIZACIÓN Y CONDUCCIÓN POLÍTICAS	61
UN NUEVO TIPO DE REPRESENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN POLÍTICAS	62
<i>Presupuesto</i>	62
<i>Claves sociopolíticas</i>	63
A. Transformar radicalmente las bases de la representación y la representación misma	63
B. Re-articular lo político y lo social	67
UN NUEVO TIPO DE CONDUCCIÓN POLÍTICA	79
1	79

2.....	82
3.....	83
4.....	84
5.....	84
6.....	86
7.....	88
BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA	91

PRÓLOGO

Este importante libro llega en un momento oportuno, cuando hemos de encarar algunas opciones críticas. Estas implican nada menos que el imperativo de la rearticulación radical del movimiento socialista en medio de la cada vez más profunda crisis estructural del capital.

El derrumbe del sistema soviético fue saludado por los defensores auto-sirvientes del orden establecido, como el fin irreversible del socialismo. En realidad no hubo tal. Muy por el contrario, un examen crítico y penetrante de las razones de este doloroso fracaso histórico pondría de relieve una conciencia y urgencia mayores que nunca antes de hacer frente al desafío de la propia supervivencia humana, en un momento en que el capital aparenta ser tan completamente dominante que las devastaciones continúan en una escala cada vez mayor y se permiten ampliarse sin mucho o ningún estorbo. Pero, para estar seguros, es imprescindible una revaloración crítica intransigente de nuestras estrategias pasadas y presentes, o no habrá esperanza al encarar ese desafío.

Fausto Bertinotti, secretario nacional del único partido parlamentario italiano que todavía profesa aspiraciones de transformación radical, el *Partito di Rifondazione Comunista*, publicó recientemente un artículo con el título programático de: “La socialdemocracia reformista no está más en la agenda” (The Guardian, 11 de Agosto de 2003). En verdad el fracaso de la socialdemocracia reformista ha sido evidente por mucho tiempo, aunque los movimientos políticos parlamentarios tradicionales no lo hayan reconocido. Ellos estaban ocupados en la introducción de cambios menores –y en las últimas dos o tres décadas ni siquiera eso- que tenían que ser bien acomodados dentro de los límites estructurales del capital, revitalizando temporalmente, más que transformando significativamente, el sistema mismo. En consecuencia, admitir que la socialdemocracia reformista no está más en la agenda, trae consigo para nosotros la conclusión ineludible de que el impacto permanentemente paralizante del parlamentarismo como tal, no puede ser eludido por más tiempo. Esto incumbe a todos los movimientos políticos radicales, incluyendo los partidos principales de la izquierda que usaron hasta descartarlas todas las estrategias alternativas, desde el punto de vista parlamentario como hasta el “sectarismo poco realista”. De ahí la gran relevancia de focalizar la necesidad de una rearticulación exhaustiva del movimiento emancipador socialista en las presentes circunstancias, tal como lo aborda Isabel Rauber en este libro.

La inviabilidad total de las concepciones reformistas pudo ser ocultada en el pasado bajo el velo de las “concesiones” del capital, las cuales eran asumidas siempre más ampliamente, bajo el concepto de ir sumando en una larga carrera, para favorecer un *cambio estructural* significativo del orden social dado. Sin embargo, lo que ha ocurrido actualmente ha sido exactamente lo opuesto. En el curso de su desarrollo histórico, el capital ha llegado a una etapa, bajo la presión de su profunda crisis estructural, en la que incluso las pasadas “concesiones” –que en los hechos no eran tales concesiones, sino parte integrante aún de la dinámica prevaleciente de expansión, sin obstáculos, del capital- fueron revertidas por el orden gobernante, con la ayuda de una legislación anti-laboral despiadada, porque ellas no podían satisfacer más dicha función expansionista. La virtual muerte del “Estado de bienestar” incluso en los países capitalistas más desarrollados, en

lugar de su difusión por todo el mundo como una vez se prometió, deviene testigo elocuente de esa grave verdad.

El comienzo de la crisis estructural del sistema, y el fin de todas las ganancias parciales significativas obtenidas por el capital, confrontan al movimiento socialista con un dilema muy difícil. En el pasado el reformismo sostenía que la acumulación constante de mejoras parciales arrojaría a su debido tiempo cambios sociales cualitativos acordes con los propósitos radicales originalmente previstos por el movimiento. Eso fue lo que dio lugar a la notoria oposición entre los “objetivos inmediatos” y el “propósito final”. Sin embargo, con la clausura de la fase expansionista y relativamente sin disturbios del sistema, estrechando las prácticas reproductoras de ganancias del capital, que traen con ellas el imperativo de una explotación cada vez más insensible de la fuerza de trabajo global, no solo no puede haber progresos inmediatos que se acumulen con el tiempo, acercándose cada vez más al propósito final deseado. Más bien, la relación entre lo “inmediato” y lo “último” debe tener un giro en dirección a la única vía en la cual puede actualmente tener sentido. Para nuestro tiempo –cuando el capital puede solamente ceder beneficios *tácticos* al trabajo, con la perspectiva de recuperarlos de vuelta en la oportunidad más cercana posible y “con intereses compuestos”– la realización incluso de “objetivos inmediatos” más limitados llega a ser factible solamente como una parte integral de la *alternativa hegemónica* del movimiento socialista al orden establecido.

De ese modo, lo inmediato puede ser propiamente perseguido solo si es concebido como lo *inmediato estratégico*, definido por su inseparabilidad de lo *estratégico a largo plazo* y orientado por la primacía total de esto último. En otras palabras, esos progresos parciales pueden ser adoptados solamente como objetivos inmediatos viables que no puedan ser revertidos, y por lo tanto son capaces de adquirir un carácter verdaderamente acumulativo. Aquellos que podrían objetar que eso es “maximalismo” deberían abrir los ojos ante el hecho de que el peor tipo de maximalismo es en realidad la vana persecución de las “demandas mínimas” irrealizables –solamente compatibles temporal y tácticamente dados los límites estructurales del capital.

En términos estratégicos lo que apareció en la agenda histórica –dado el fin de la larga ascendencia histórica del capital y su sustitución por la preocupación del sistema por sobrevivir a cualquier costo incluyendo la imposición del más destructivo curso de acción– es la necesidad urgente de instituir la *alternativa hegemónica* del trabajo al orden social establecido. Solamente a través de semejante alternativa las enormes desigualdades y devastadoras contradicciones del presente pueden ser relegadas al pasado. Por mucho tiempo las estrategias de la izquierda tradicional eran formuladas, explícitamente o no, sobre las “premisas realistas” de que los progresos previstos deben ser proporcionables por el capital, dejando de ese modo sin desafiar al sistema mismo. Pero hoy ningún avance social duradero del trabajo es proporcionable por el capital. Consecuentemente, toda conformidad con la premisa socioeconómica anteriormente aceptada de providencia capitalista solo puede traer frustración y finalmente autoderrota.

Naturalmente, estas consideraciones no significan en lo más mínimo que las demandas tangibles de un movimiento social claramente identificable puedan ser ahora sustituidas por los postulados abstractos de un sujeto histórico genérico. Por el contrario, ambos, los objetivos estratégicos factibles de nuestro tiempo y la naturaleza del agente social capaz de realizarlos, se harán muchos más concretos de cómo eran concebidos en el pasado. La

necesidad de la rearticulación radical del movimiento socialista tiene que ver con ambas dimensiones en su inseparabilidad.

Con vista a lo primero, las demandas tangibles y aparentemente “no-socialistas” revelan su carácter socialista estratégico en conjunción unas con otras, como en un todo combinado, ya que el capital debe negarlos en interés de su dirección autoexpansionista destructiva. Como dice Isabel Rauber con pasión y perspicacia:

“la vida que –en este momento, en este continente- significa defensa de la tierra, del agua, de los bosques, de las fuentes de carbón, de petróleo, y del aire mismo, y todo esto presupone la defensa-recuperación de la soberanía de la nación y de la nación misma (en el grado y realidad en que estas hayan existido) reinventándola simultáneamente. Tareas del pueblo todo y de la clase, en tanto ello sólo será posible de alcanzar y afianzar con la eliminación de la lógica de la reproducción ampliada del capital.”

En lo que respecta a la naturaleza del sujeto de las transformaciones necesarias: el agente social emancipador, es necesario liberarnos de las simplificaciones voluntaristas del pasado que trataron de confinar el papel de agente histórico a una vanguardia exclusiva vinculada al trabajo industrial (incluso solo al trabajo manual), saliéndose así de la concepción marxiana que habla de la siempre creciente *proletarización de la sociedad* y de la correspondiente necesidad para el *desarrollo masivo de la conciencia comunista*. No es de extrañar, por tanto, que las estrategias basadas en semejantes puntos de vista voluntaristas hayan sido amargamente decepcionadas. El agente social de la emancipación abarca una multiplicidad de grupos sociales, los cuales son capaces de coligarse en un poder efectivo transformador dentro de un marco estratégico adecuado de orientación. El denominador común o núcleo estratégico de todos esos grupos no puede ser el “trabajo industrial”, sean o no de “cuello azul” o de “cuello blanco” (sin mencionar la obscena y capituladora noción política británica de “nuevo trabajo”)¹, sino *el trabajo como antagonista estructural del capital*. Es lo que combina los variados intereses de la multiplicidad de grupos sociales en el lado emancipatorio de la división clasista dentro del *interés común de la alternativa hegemónica del trabajo al orden social ahora arrolladoramente destructivo*. Todos ellos tienen que jugar su importante papel activo en el aseguramiento de la transición a un orden social cualitativamente diferente.

En efecto, aunque de momento por causa del poder de división y fragmentación del capital todavía algo latente, se trata de la conciencia del profundo *interés común objetivo* que hace posible la clara identificación de las demandas tangibles y literalmente vitales de nuestro tiempo -como se indica arriba-, bajo la cual la multiplicidad de grupos sociales laborales pueden juntarse dentro de un adecuado marco estratégico. Esta es la razón por la cual es posible superar los intereses conflictivos de “*sectorialidad*”, anticipando así, con realismo, la rearticulación exitosa del movimiento socialista en el espíritu de combinar sus más variados grupos dentro de un agente social emancipatorio *verdaderamente exhaustivo*. Lo que Isabel Rauber escribe en este contexto sobre América Latina es válido también para el resto del mundo comprometido en su confrontación histórica con el capital:

articulado que se configura y expresa como tal sujeto en tanto se articula como sujeto popular. [...] En tal sentido, el desafío pasa por eliminar la fractura partido-clase. Anudada simultáneamente a la superación de la fractura histórica entre partido-clase-pueblo(s)."

Para tener éxito en esta tarea histórica, es necesario crear un nuevo modo de operar en el movimiento socialista radicalmente rearticulado, en el espíritu de la *igualdad sustantiva* de sus variados componentes en agudo contraste con las determinaciones más íntimas del orden establecido. El *modus operandi* del sistema capitalista desde su condición absoluta de existencia –aun con toda la habladería sobre “democracia”, “libertad” e “igualdad”- no puede ser otro que la insuperable *subordinación estructural-jerárquica del trabajo al capital*. Reproduciendo como en un espejo -en las confrontaciones políticas del trabajo con el capital-, el modo jerárquico de operación del adversario, reflejando la práctica defensiva del movimiento, ya totalmente anacrónica, aunque comprensible bajo determinadas circunstancias históricas. Pero por la misma razón ello no puede traer éxito duradero incluso en el plano político y menos aún en el establecimiento de las bases de un nuevo orden metabólico de auto reproducción humana. El agente emancipador múltiple que ahora emerge puede prevalecer solo si se articula sobre las bases de los muy diferentes principios de intercambio humano y organización. Para decirlo con palabras de Isabel Rauber:

“Se trata de un nuevo movimiento político-social articulado desde abajo sin subordinaciones jerárquicas entre los distintos actores, sin vanguardias iluminadas ni sujetos de primera, de segunda o de tercera clases. La apuesta sería construir redes, nodos de articulación social (sociopolítica), basándose en la profundización de la democracia y la participación y en el despliegue de relaciones horizontales de articulación.”

La reconstitución del movimiento socialista “desde abajo” sobre las bases de una igualdad sustantiva, inconcebible en el fundamento inalterablemente jerárquico del capital, es la precondition necesaria para encarar el desafío histórico que confrontamos. Ello es, a la vez, la promesa de un camino viable para regular nuestro modo de reproducción metabólica social, una vez que la destructividad del capital sea puesta bajo control y las piezas fracturadas heredadas del viejo orden sean integradas en un marco sostenible. En ese camino, la verdadera organización equitativa y el modo de acción del movimiento emancipador pueden ser llevados hacia el futuro, en el que su íntima constitución también representa, desde sus mismas fases constitutivas, las *anticipaciones* de una nueva manera –*genuinamente asociativa*- de ocuparse de las tareas que deberán presentarse.

El concepto de *participación* a este respecto, es de importancia seminal. Ello es válido tanto para el presente como para cualquier sociedad emancipada del futuro. Bajo las actuales circunstancias eso significa, en primer lugar, que no es simplemente una participación más o menos limitada en discusiones, a menudo reducidas al vacío ritual de “consulta” inefectiva (acompañada por una superioridad descartante), sino la adquisición progresiva de los poderes de decisión alienados, por el antagonista estructural del capital, en cuyo decursar transforma sus miembros dentro del cuerpo social de productores libres asociados. Hacia el futuro, no importa cuán distante, la participación significa el ejercicio creativo de los poderes adquiridos de tomar decisiones para beneficio de todos, trayendo a primer plano los ricos recursos humanos de las individualidades combinadas, tanto y tan extensamente como no pudo jamás ser soñado, en su ausencia, en las anteriores formas de sociedad. El modo *horizontal* de intercambio, correctamente defendido por la autora, puede hacer que el principio de *autonomía* significativa –un prerrequisito para la

autorealización individual- sea plenamente combinado con la realidad de la *coordinación estructural total*, y de ese modo, transformar la operación del proceso metabólico social de reproducción, en un todo liberador integrado, que será coherente-cooperativo y no derrochador-adversativo.

Estos problemas son tratados por Isabel Rauber con un abordaje minucioso, con originalidad y con profundo compromiso. Su desafiante libro merecerá la reacción positiva del lector.

István Mészáros

PALABRAS INTRODUCTORIAS

El mundo en que vivimos, marcado por el modelo de civilización (capitalista) occidental, se agota aceleradamente. En su delirio por mantenerse en la cúspide, las cabezas del poder de esa civilización apelan a las guerras de rapiña y destrucción de la humanidad amenazándonos de muerte.² La crisis capitalista mundial se presenta cada vez con mayor claridad como crisis de civilización –y muy concretamente, de la civilización capitalista-, anunciando claramente que no existe salida para el capitalismo, ni dentro del capitalismo. Esto pone a la humanidad al límite respecto de sí misma, desafiándola a pensar en su sobrevivencia desde nuevos parámetros histórico-culturales.

Nuestros paradigmas de vida y nuestra cultura están en crisis y también los paradigmas emancipatorios precedentes. Las transformaciones ocurridas en el sistema-mundo [Samir], la radicalidad y velocidad de las mismas, se suman a la crisis actual y reclaman de nosotros, para enfrentarlas, un profundo cambio de mentalidad. La posibilidad de sobrevivencia se anuda a la conformación de un mundo basado en la armonía de la dimensión cósmica-humana. En este contexto, la transformación social deviene radical-integral, es decir, se trata de un proceso de transformación social, cultural, política, y –aunque parezca un sinsentido decirlo- humana, que resulta impostergable pensar, construir, transitar.

El socialismo como alternativa de civilización vuelve al centro de las reflexiones y reclama ser innovado, rediscutido, repensado y creado. Es imprescindible abrir el debate dejando de lado prejuicios y fantasmas, para revitalizar el espíritu, el pensamiento y las prácticas revolucionarias. También se impone cuestionar[nos] a fondo los presupuestos teóricos que han guiado nuestras prácticas, para perfeccionarlos, modificarlos, reemplazarlos o reinventarlos a partir de ellas y en ellas, tal como –en sus acciones- las vienen cuestionando creadoramente día a día los nuevos actores sociales.

². Como señala Leonardo Boff, "...Bush apunta a establecer la "pax americana" y uniformizar el mundo bajo los moldes del estilo de vida norteamericano. Después del 11 de septiembre decidió que eso se hará utilizando la fuerza. Nadie podrá desafiar esta pretensión, de lo contrario conocerá, de inmediato, el poder avasallador de Estados Unidos. De este modo, Bush prolonga y lleva hasta las últimas consecuencias la marca intrínseca del paradigma occidental: la voluntad de someter a todo el mundo, vale decir, de implantar un imperio universal. En concreto, la así llamada globalización, no es otra cosa, sino la occidentalización, u occiintoxicación del mundo." *¿Choque de civilizaciones?*, ALAI, versión digital, abril 2003.

Otro mundo será posible si se transforma de raíz, desde el interior de nosotros mismos y el de nuestras organizaciones sociales y políticas, y desde ahora. Lo cultural, las subjetividades, afloran a un plano primero y todo ello nos obliga a concentrar nuestras miradas y reflexiones en los protagonistas de pensar y realizar las transformaciones.

I

PUNTOS DE PARTIDA

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

La entrada veloz del neoliberalismo globalizador del poder del Norte en Latinoamérica, se produjo en un período de desorientación, perplejidad y confusión abierto por la conjugación histórica del fracaso de procesos de lucha revolucionaria, en medio de dictaduras militares que se imponían mediante el terrorismo de Estado, y el derrumbe del sistema socialista mundial. Pero en pocos años la desorientación del campo popular ha ido modificándose sustantivamente y hoy vivimos –diferenciadamente en los distintos países-, una época de ampliadas y crecientes resistencias sociales a la implantación del modelo neoliberal y sus consecuencias, agudizadas por la necesidad vital de frenar (e impedir) la firma del ALCA (Área de Libre Comercio de Las Américas), que –de consumarse en el 2005- abriría las puertas de nuestros territorios y recursos naturales a la voracidad anexionista del poder imperial estadounidense.

En ese proceso, al calor de las luchas de calles, de la tomas de tierras, de la defensa de nuestras riquezas naturales, en ciudades, campos, valles y montañas, se han ido constituyendo nuevos actores sociales y reestructurando los ya existentes, expresión palpable de la fragmentación social que surge de modo creciente en las sociedades, en primer lugar, por los cambios estructurales (desestructuración y desmantelamiento) del sistema productivo implementados por el neoliberalismo. En su rechazo al actual estado de cosas, los actores sociales -de modo individual o articulados sectorialmente en movimientos sociales-, irrumpen en el escenario político de cada país para bloquear –al menos- la continuidad de la aplicación del modelo, provocando en algunos casos la caída de gobernantes abiertamente corruptos o incapaces, o apoyando en procesos electorales a otros de signo progresista. Las movilizaciones sociales y los enfrentamientos al sistema crecen, llegando no pocas veces a situaciones de beligerancia y cuestionamiento profundos que abren incluso situaciones de vacío de poder. [Bolivia, 2000; Argentina, 2001]

Pero la crisis de gobernabilidad –que no pocas veces insinúa la imposibilidad del poder de mantenerse-, no logra profundizarse a favor de los sectores populares, entre otros factores, debido a la dispersión de fuerzas, a la sectorialización de los conflictos, y a la falta de unidad, que resulta la expresión más visible de la debilidad estratégica existente. La ausencia (y la necesidad) de contar con una conducción políticosocial colectiva articulada (y articuladora) se hace evidente, y también los obstáculos para avanzar hacia ella.

El protagonismo creciente de nuevos actores sociopolíticos, no inscrito en los cánones doctrinarios e ideológicos que pretenden normar el *deber ser* de la realidad social, ha sobrepasado con creces las posibilidades políticas y organizativas de numerosos partidos políticos de la izquierda latinoamericana. Las calles inundadas de pueblo los sorprenden no pocas veces reunidos en sus sedes analizando qué pasa, mientras los sucesos ocurren, sencillamente. Los movimientos sociales, a menudo predominantemente contestatarios en su accionar efervescente, no pueden –aislada y fragmentadamente-, constituirse como conducción colectiva de los procesos que protagonizan.

La desorientación estratégica se hace evidente.

En tales condiciones, lo espontáneo –siempre presente en el movimiento de la sociedad- predomina sobre lo conciente y organizado, dejando a los movimientos sociales a merced de las coyunturas, dispersos y desorientados en lo que hace al sentido ulterior de sus luchas y resistencias, mientras algunos partidos de izquierda –igualmente atrapados por la marea coyuntural- creen que pueden imprimirle –*post factum*- el *sello rojo* a los levantamientos populares acontecidos, apelando a declaraciones sobre lo ocurrido y a elaborar previsiones acerca de lo que –según ellos- serán las únicas tendencias de su ulterior desarrollo.

Pero no son declamaciones lo que necesita el proceso, sino orientaciones claras, consensuadas colectivamente, y una forma orgánica capaz de articular los fragmentos, cohesionando a ese todo heterogéneo, haciendo posible la superación de la sectorialización y el sectarismo, proyectando al conjunto hacia objetivos superiores (definidos también colectivamente).

En ese sentido, el desafío mayor radica en construir una conducción colectiva plural que articule a los actores sociales y políticos, sus problemáticas y enfoques, y para lograrlo –además de lo organizativo-, necesitan elaborar (o dar pasos concretos hacia la elaboración de) una propuesta estratégica común que articule-represente-proyecte a todos los actores –así constituidos en sujeto popular- hacia la consecución de los objetivos propuestos.³ Se trata entonces de una problemática radicalmente articulada e interdependiente de construcción-constitución de los actores diversos en sujeto político-social. Ello supone la construcción y acumulación de poder propio, y reclama a la vez la conformación consensuada de las principales orientaciones estratégicas como base de la definición de un proyecto común, y viceversa.

Todo ello reclama hoy superar las barreras culturales⁴ predominantes acerca de quién es (o debe ser) el sujeto de los cambios, acerca de cuál es la relación entre los movimientos sociales y los partidos políticos de izquierda, acerca del tipo de organización política que reclaman los tiempos actuales, acerca de lo que significa conducir. Se impone superar las posiciones reformistas, vanguardistas y elitistas que actúan como una retranca ante las nuevas realidades sociales, económicas, políticas, históricas, culturales.

El debate de las relaciones entre movimiento social y organización política resume otros interrelacionados e intercondicionantes, en primer lugar –y de mayor alcance-, expresa condensadamente un punto de vista acerca de las relaciones entre sociedad civil y política en el contexto del capitalismo, donde la sociedad civil es, por un lado, el ámbito en el que se genera la alineación fundada en el mundo del trabajo regido por la lógica del

³. El proyecto hace al sujeto en tanto es el sujeto el que –en su articulación y constitución- va definiendo su proyecto; sujeto y proyecto están íntimamente imbricados, son inseparables; no se lo puede concebir desde la lógica que supone un emisor que sabe y decide, y un receptor que –no sabe- recibe y ejecuta.

⁴. El análisis de los contenidos ideológico-culturales de esas barreras resulta central para la comprensión de las clave teórico-prácticas que ayudarán a avanzar en el proceso de búsqueda colectiva de alternativas, de nuevas opciones organizativas y políticas para contener y conjugar a las nuevas y numerosas expresiones de actores sociales con identidad propia y protagonismo pleno.

capital, que la afianza y multiplica universalizando -por medios políticos, sociales, culturales, etc.-, su dominación hegemónica y, por otro, el ámbito donde brota y se multiplica también la rebelión ante ello, en primer lugar, por parte de los que están en el centro mismo de la producción de la base de esa enajenación política, económica, cultural y social: los trabajadores.

Esta rebelión, en su desarrollo, es la que se plantea la negación de las bases de la alineación en lo económico, pero también en lo cultural y en lo político. Y esto comienza, en primer lugar, con la lucha de los trabajadores contra las raíces de la generación de esa alineación, lucha que, estratégicamente, supone el fin de toda explotación del hombre por el hombre. Esto implica romper con la subordinación del trabajo al capital y sus estructuras y mecanismos de poder, y todo ello supone que los trabajadores asuman el protagonismo en esas luchas, que solo ellos pueden desempeñar, y que se hagan cargo para ello -además de las organizaciones gremiales y las luchas reivindicativas-, de la acción y organización políticas, poniendo fin a la falsa⁵ fragmentación entre economía y política, entre sociedad política y sociedad civil, entre sindicato y partido de los trabajadores.⁶

A esa fragmentación, que resume un cúmulo de ellas de igual carácter en la sociedad toda, es urgente y necesario poner fin, comenzando por enlazar de raíz aquello que es fuente de nuestra fuerza políticosocial: la clase con su organización política. Porque como señala István Mészáros, no existe “...esperanza de rearticulación radical del movimiento socialista sin que se combine completamente el ‘brazo industrial’ del trabajo con su ‘brazo político’”.⁷ Y esto solo será posible sobre la base de una nueva articulación [re-articulación], que reconozca a las luchas económico-sociales-reivindicativas como lo que son: luchas reivindicativo-políticas y, a través de ello, re-articule a sus protagonistas, sus aspiraciones, objetivos y modos de organización.

Esta re-articulación debe encontrar también una nueva expresión orgánica –de hecho la realidad política latinoamericana actual lo reclama y anuncia con creces-, cuyo núcleo constitutivo arranca por entender (y practicar) a la representación políticosocial de un modo radicalmente diferente al actual, como pivote de interacción participativo-empoderadora de los actores sociopolíticos, en tanto son actores-sujetos representantes y representados.

La unidad radical entre lo social, lo político y sus actores, resume uno de los ejes centrales de este trabajo; el otro -convergentemente con este, imprescindible de abordar por tanto-, es el referido al proceso de articulación-constitución de la clase y el pueblo en sujeto popular de la transformación social. Y todo ello enlaza con lo que sería un tercer eje,

⁵. Falsa en el sentido de no “natural”, no propia de la organización de la sociedad. La división entre partido y sindicato respondió y responde a la lógica del desarrollo ampliado del capital y su modo político de organización de la sociedad que impide la participación y expresión política directa de los trabajadores en los ámbitos del poder político (del capital).

⁶. Ver, parte II de este libro, “Un nuevo tipo de conducción política”, epígrafe 2.

⁷. Mészáros, István, *The alternative to capital's social order*, K P Bagchi & Company, Kolkata, 2001, p.67. [En inglés]

abordando lo relativo a las formas de surgimiento y organización de ese sujeto políticosocial.

Un nuevo movimiento histórico políticosocial de izquierda está en gestación

El debate actual acerca del sujeto de la transformación en América Latina, se suma al llamado práctico -proveniente mayoritariamente de los movimientos sociales y también, aunque con menor énfasis, de los partidos de izquierda-, a poner fin a la división entre sujeto político, sujeto histórico y sujeto social.⁸ En ese sentido, se inscribe en el proceso real de articulación del sujeto sociopolítico, que se viene desarrollando en distintos países de la región. Esto reclama e invita a la creación de nuevas formas de articulación entre organizaciones y movimientos sociales –en primer lugar del ámbito sindical (urbano, industrial y campesino)-, y las organizaciones políticas, un redimensionamiento y reapropiación de la política y lo político (y viceversa),⁹ y anuncia -por esa vía-, el surgimiento –desde abajo- de una nueva izquierda, que cristalice política, proyectiva y orgánicamente al nuevo movimiento histórico políticosocial actualmente en gestación.

Podría decirse que –en ese sentido, y en relación con los partidos políticos de izquierda actualmente existentes-, se trata de pensar y construir (o re-construir) un nuevo tipo de organización política de izquierda, que solo puede ser tal si –a partir de reconocer su raíz sociopolítica-, es capaz de proponerse su rearticulación con lo social sobre bases diferentes, y romper la cadena fragmentadora y verticalista-subordinante entre

⁸. Algunos autores distinguen varios tipos o categorías de sujetos: sujeto social, sujeto social de la revolución, sujeto histórico y sujeto político. Según esa lógica, *sujeto social* sería el conjunto de clases y sectores sociales objetivamente interesados en las transformaciones revolucionarias; *sujeto social de la revolución*, sería la reunión de una especie de vanguardia de cada uno de los sectores del sujeto social; el *sujeto histórico* sería la vanguardia del conjunto del sujeto social de la transformación, por ser el portador de la misión histórica; y el *sujeto político* sería la vanguardia de esa sujeto histórico y, por tanto, de los “otros” sujetos, que quedarían organizados de mayor a menor, *sujetados* verticalmente de y por ese sujeto político.

⁹. “Si por política se entiende “(...) al espacio en el se realizan las práctica políticas (...), la política es básicamente un espacio de acumulación de fuerzas propias y de destrucción o neutralización de las del adversario con vistas a alcanzar metas estratégicas.” [Gallardo, Helio, *Elementos de política en América Latina*. Editorial DEI, San José. 1989, pp. 102-103.] Práctica política, por tanto, es aquella que tiene como objetivo la destrucción, neutralización o consolidación de la estructura del poder, los medios y modos de dominación, o sea, lo político. (...) Así como la política ha sido transformada por el mercado, que ha penetrado sus espacios, sus contenidos y sus modos de acción borrando las fronteras de lo económico y lo político, también lo político se ha modificado, ha salido de su esfera tradicional para ocupar (compartir, estar presente en) los espacios de la economía, es decir, del amplio espectro de las relaciones sociales que en ella se originan. Lo político ha penetrado como nunca antes en el mundo del mercado, mezclándose con un espacio antes reservado casi exclusivamente a la economía. // Esto permite replantear los nexos entre lo político, la política y el poder (objetivo último de la acción política), sin reducir a éste al poder político, concepción tradicional y frecuente entre sectores de la izquierda latinoamericana, que sirvió de base a estrategias de confrontación social directa por la conquista del poder político, y que entendía por lucha política popular solamente a aquella dirigida directamente a golpear el poder político de la dominación y a conquistarlo o ‘tomarlo’.” (Rauber, Isabel, *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, UMA, Buenos Aires, 1997 (segunda edición), pp. 8-9. Actualmente puede encontrarse en edición digital en: www.rebelión.org.)

partido-clase-movimiento-pueblo, entre lo reivindicativo, lo político y lo social,¹⁰ entre vida cotidiana, sociedad y política, entre lo público y lo privado, cadena que constituye a su vez, un importante eslabón en la producción y reproducción ampliada de la enajenación política, de la clase y el pueblo todo, vitales a la continuidad de la lógica del capital. El caso es comprender que

La rebelión de los trabajadores en contra del capitalismo no es reductible a la lucha de clases en el marco del modo del modo de producción capitalista, por importante que ésta sea; es (o puede ser) también rechazo a la enajenación (1968 lo ilustra) e invita con ello a salir del marco de la reproducción capitalista.¹¹

El planteo no es hacer “borrón y cuenta nueva” respecto de lo que se ha caminado y construido hasta ahora. No se trata de convocar a los movimientos sociales a constituirse en los partidos de nuevo tipo, ni a los partidos a difuminarse en los movimientos sociales o desintegrarse en la sociedad. Lejos de ello, estas reflexiones buscan dar cuenta de un problema real, que los propios partidos de izquierda –aunque no todos en iguales dimensiones-, sienten como urgente de subsanar: la distancia entre la organización partidaria y la clase y el pueblo en general.

Son muchos y positivos los esfuerzos por encontrar alternativas a una situación que mayoritariamente se visualiza como insostenible; hay sin duda cimbronazos que –como campanadas- ayudan a que la venda –para los que aún la llevan- caiga de sus ojos. En primer lugar, el Foro Social Mundial, capaz de movilizar a miles y miles de luchadores identificados en la necesidad de conformar, al menos, un movimiento antiglobalización-neoliberal de alcance mundial. En segundo lugar -y articulado a lo anterior-, el propio Foro de Sao Paulo que nuclea a la gran mayoría de partidos de izquierda y centroizquierda latinoamericana, y que así lo ha reconocido implícita o explícitamente. El volante que distribuyeron en el FSM 2002, es una muestra de ello.

¹⁰. “Asumir lo político y la política con sentido amplio y popular supone reconsiderar lo que se entiende por escena política, tradicionalmente considerada como el campo de *acción abierta* de las fuerzas sociales mediante su representación en partidos. Si se toma en consideración que la <reducción, congelamiento o anulación de la escena política no disuelve como por arte de magia ni el campo de la dominación ni la existencia de oposiciones, desplazamientos y asimetrías entre las fuerzas sociales>, y que <la desaparición de los partidos no supone, pues, la desaparición de lo político y de la política> [Gallardo, *Op. Cit.*, p.16], resulta evidente que la escena política comprende al conjunto de fuerzas sociales actuantes en el campo de la acción política en un momento dado, independientemente de que éstas se hallen organizadas o no en estructuras político-partidarias. Respetando todo lo que son o puedan llegar a ser las opciones partidarias, la participación política de la ciudadanía, de hecho, reclama la incorporación de los diversos actores a una discusión y a un escenario más amplio que el de los partidos.” (Rauber, Isabel, *Idem*, pp. 7-8).

¹¹. Amín, Samir, *Crítica de nuestro tiempo*, Siglo XXI, México, 2001, p. 60.



Vale recordar también el Seminario anual “Los Partidos y una Nueva Sociedad” que organiza el Partido del Trabajo, de México, que hace años –entre variadas temáticas- se preocupa por avanzar en las reflexiones sobre las experiencias de lucha de los movimientos sociales, sin prejuicios, buscando vías para superar dialécticamente –de eso se trata- la situación de fractura entre los movimientos sociales populares y los partidos políticos de la izquierda.

Considero que, en este sentido, estaríamos entonces en una etapa de maduración y, a la vez, de transición, donde quizá el paso siguiente radique en identificar la dimensión local (nacional, regional) de la fractura histórica y actual entre lo social y lo político, entre los movimientos sociales y los partidos políticos de izquierda, y –sobre esa base- trazarse objetivos concretos para ir construyendo inicialmente ámbitos de diálogo entre organizaciones sociales y políticas.¹² En realidad, si tenemos en cuenta las experiencias y los esfuerzos concretos realizados en Latinoamérica al respecto, estas intenciones resultan todavía un poco idílicas porque hay marcadas resistencias a abrir los espacios. Estas provienen tanto de los partidos políticos que, aparentemente, serían los que deben compartir “su espacio” político, como de los movimientos sociales que –aunque de un modo menos visible-, igualmente deberían compartir lo que consideran “su espacio” social o sociopolítico. Intervienen aquí factores culturales, en primer lugar, el peso de lo viejo, el creer “saber cómo son las cosas”, el elitismo, el vanguardismo, el creer “no saber” cómo construir sobre bases diferentes, cómo fundar una representación distinta, redefinir la militancia, cambiar las estructuras, estatutos, modos de funcionamiento, el pensar en acto y no en proceso (entender a los fenómenos sociales como *algo dado*, y a las propuestas de transformación como *algo que debe darse* y no como algo que hay que construir), etcétera.

¹². Mézáros seguramente habla de esto, por ejemplo, cuando –refiriéndose a la necesaria re-articulación entre el ‘brazo industrial’ y el ‘brazo político’ señala que ello “...se hará, por un lado, confiriendo poder de decisión política significativa a los sindicatos (incentivándolos a ser directamente políticos), y haciendo que los partidos políticos adopten una actitud desafiantemente activa en los conflictos industriales como antagonistas irreductibles del capital, asumiendo la responsabilidad por su lucha dentro y fuera del parlamento.” [Op. Cit., p. 67]

Obviamente, nada de ello se logrará de la noche a la mañana;¹³ tampoco se trata de eso, pero es necesario empezar por tomar algún hilo de la madeja, y desovillarla en la misma medida en que se teje en otro sentido y de un modo diferente. Es en ese caminar, en ese proceso que se irán definiendo las nuevas formas orgánicas; será la actitud colectiva ante la necesidad políticosocial misma, las tareas a cumplir y los momentos en que las mismas se desarrollen, la que irá haciendo posible imaginar e inventar un modo u otro de construir orgánicamente los nodos de articulación sociopolíticos. Influyen aquí también la historia de lucha de cada pueblo, las experiencias acumuladas, los acervos culturales del pasado anterior y reciente, etcétera. La constante composición y recomposición de los consensos ante cada nuevo reto darán la línea de acción y una nueva experiencia colectiva, un nuevo aprendizaje; no hay recetas.

La actual coyuntura continental marcada fuertemente por la resistencia y lucha contra la intervención creciente del gobierno de los EEUU, particularmente contra la aprobación del ALCA, abre la necesidad y la posibilidad de conformar a corto plazo bloques políticosociales populares en el ámbito local, regional e internacional, capaces de detener la anexión en marcha y frenar, e incluso erradicar, el neoliberalismo. La profundidad de la crisis, el carácter y la dimensión de los problemas a enfrentar, demanda el concurso y la participación consciente de todos los afectados, la amplia mayoría de los cuales aún hay que convocar a que –tomando conciencia de la realidad- asuman ese protagonismo. Se pueden abrir –y se abren ya-, procesos sociales populares de amplia politización y participación de los sectores populares que indican la necesaria y posible recuperación-constitución-rearticulación del pueblo como sujeto de la nación (al borde de su total fragmentación) que hay que reinventar sobre bases radicalmente diferentes, en camino a transformaciones ulteriores tendencialmente orientadas al socialismo como perspectiva estratégica mayor.

...por primera vez en la historia, se hace totalmente inviable la manutención de la falsa laguna entre *metas inmediatas* y *objetivos estratégicos globales* –que hizo dominante en el movimiento obrero- la ruta que condujo al callejón sin salida del reformismo. El resultado es que la cuestión del *control real de un orden alternativo del metabolismo social* surgió en la agenda histórica, por más desfavorables que sean sus condiciones de realización a corto plazo.¹⁴

No es sino la clase en y con el pueblo –organizado, articulado y constituido (proyecto mediante) en sujeto popular del cambio y de la nación misma-, quienes constituyen los pilares fundamentales de la soberanía, que –en nuestro medio- solo puede ser tal si se articula a un proceso liberador (respecto del imperialismo y de las cadenas enajenantes y enajenadas del capital.)¹⁵

¹³. Por ejemplo, las experiencias políticosociales de Bolivia, Colombia, Argentina, que se referencian específicamente en el Capítulo II de este libro.

¹⁴. Mézszáros, István, *Op. Cit.*, p. 79. [Cursivas del autor]

¹⁵. “Las clases sociales del capitalismo (y no en todos los “modos de producción” como se dice en la obra fundamental de los marxismos de la II y III internacionales) no se definen solo por las relaciones de producción

En las condiciones actuales, la clase solo podrá llevar adelante su propio proceso de liberación si convoca para ello –articulando sobre bases diferentes a las hasta ahora ensayadas- al pueblo todo, tanto a través de sus diversos actores como de modo directo (el desafío es inventar nuevas formas y modalidades de participación y de protagonizar).

Se trata de convocar articulando, organizando horizontalmente, democráticamente, con sentido cabal de que el camino de la articulación de los actores sociales, empezando por la propia clase, es también el de la construcción (del proyecto constituyente) de la sociedad futura, y de la identidad de la nación y de la soberanía.

Y todo ello interpela doblemente a la clase obrera, que no puede liberarse sin desempeñar un papel transformador radical de la sociedad, y sin convocar -para ello- a los diversos sectores populares, haciendo de esto un proceso abierto de diálogo y construcción entre todos, a riesgo -en caso contrario- de convertirse en excluyente.

No estamos en cero; las experiencias de resistencias y luchas populares encierran y muestran -como avances- muchos elementos de lo nuevo. Resulta imprescindible avanzar en la proposición de nuevos caminos o en la profundización de los ya iniciados. Se necesitan también precisiones conceptuales que contribuyan al esclarecimiento de las certezas posibles en medio de las incertidumbres y múltiples tendencias yuxtapuestas del sentido histórico que conviven con nosotros. Y todo ello nos lleva nuevamente a la discusión acerca del sujeto sociopolítico de la transformación.

REFERENCIAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS Y PERTENENCIAS

1.

Estas reflexiones son parte de mis estudios sistemáticos sobre el tema desde hace más de una década, particularmente centrados en las realidades latinoamericanas de la actualidad. Durante su realización me he nutrido de reflexiones de pensadores clásicos y contemporáneos, a través de textos donde tratan temáticas convergentes.¹⁶ Me he apoyado -con un peso fundamental- en mis investigaciones concretas sobre el tema (“estudios de caso”), desarrolladas en diversos terrenos del continente y en fluido diálogo con los actores sociopolíticos de cada realidad.

(y de repartición de la plusvalía). El capitalismo se basa en la enajenación económica dice Marx (en mi lectura), por oposición a las sociedades anteriores que analizo como basadas en otras formas de aversión (metafísica en mis proposiciones a ese respecto). El trabajo enajenado constituye un elemento no menos fundamental que su aprovechamiento en el análisis del mundo moderno. Dejar atrás el capitalismo es entonces no solo “corregir la repartición del valor” (lo que no produce más que una quimera de “capitalismo son capitalistas”), sino también liberar a la humanidad de la enajenación económica.” Amín, Samir, *Op. Cit.*, pp. 58-59.

¹⁶. Marx, Rosa Luxemburgo, Lenin, Gramsci, Althusser, Foucault, Mariátegui -para mencionar a clásicos indispensables- junto a contemporáneos de similares kilates como Pierre Bordieu, Enrique Dussel, István Mészáros, Samir Amín, Alan Badiou, George Lavica, Franz Hinkelammert, entre otros.

Mucho debo al estudio permanente de la problemática de género que he sostenido simultáneamente en estos años; ha contribuido a una mayor comprensión de las dimensiones últimas del Poder, en el sentido gramsciano del concepto. Me ha permitido aquilatar las múltiples dimensiones de la carga patriarcal del poder que, anudada –pero a la vez trascendente- al poder económico, político y cultural de una clase (poseedora de los medios de producción) sobre el resto de la sociedad, desde el ámbito familiar -intencionalmente considerado doméstico y privado en contraposición al público-, se constituye como generador y sostén de un autoritarismo alienante, castrador de hombres y mujeres, en aras de legitimar un poder opresivo, discriminador y productor de desigualdades -que nacen de lo económico pero no se limitan a ello-; la mayor de ellas –por su alcance y calidad- es la de género.

Conocer paso a paso, el impacto que ello tiene en la vida cotidiana, constatar una y otra vez cómo el poder arroja hacia abajo, hacia los más débiles, hacia la familia, la mujer y los hijos, las contradicciones que genera, promoviendo el enfrentamiento hombre-mujer en el ámbito familiar como una vía de escape, transformando a la familia en espacio de catarsis personal de las contradicciones sociales, de las frustraciones y la desesperación personal, cuando -en situaciones de pobreza- llega el desempleo que se sabe permanente, me ha posibilitado aquilatar integralmente las facetas más íntimas de la dominación. Y sobre todo, me permitió conocer la diversidad de esfuerzos (gigantescos) que realizan las mujeres en distintas realidades, de un lado, luchando por la sobrevivencia y, de otro, empeñándose en terminar con todas las desigualdades, nutriéndose del enfoque de género que desnuda las relaciones sociales hombre-mujer a partir de entenderlas como parte de la estructura de dominación del poder, es decir, como parte del mecanismo cultural (y económico, social) del poder patriarcal-machista por mantener, afianzar y ampliar su hegemonía.

Sabido es que el poder divide para reinar, pero pocas veces se identifica que la primera gran división cultural (económica, política, ideológica y social) creada y realizada por el poder, es la de género, sobre cuya base se han constituido y construido históricamente las identidades de lo que –actualmente- significa el ser hombre y el ser mujer. De ahí precisamente, la crisis de identidad tan grande que la imposibilidad de mantener vigentes esos valores, provoca hoy en los hombres y en las mujeres y en sus relaciones sociales, familiares y de pareja. Y de ahí también la importancia y la trascendencia de aprehender la perspectiva de género (que habla de equidad y cese de las asimetrías culturales entre el hombre y la mujer) como parte de la perspectiva liberadora de la humanidad, como uno de los pilares fundantes de la nueva civilización humana en gestación.

Finalmente, considero que ha sido muy importante -y está presente de modo permanente en mis reflexiones-, mi experiencia de vida en el proceso de la Revolución Cubana desde hace un cuarto de siglo. El compartir la gesta antiimperialista y revolucionaria en Cuba, su larga y difícil resistencia y, a la vez, caminar en otras realidades latinoamericanas junto a movimientos y organizaciones sociales en resistencia y lucha, en proceso de búsqueda constante de alternativas a su situación, me ha llevado siempre –y sin

que yo misma me lo propusiera-, a enfocar la problemática de la transformación social en dos tiempos, algo así como *el antes* y *el después* del cambio revolucionario. Ello me ha ayudado –más que toda la bibliografía posible de haber leído- a entender la transformación social, viviéndola, en primer lugar, como un proceso de pueblo y, en segundo, como un proceso contradictorio, múltiple, prolongado y permanente.

Cuando hablo de proceso de pueblo me refiero concretamente al pueblo en proceso avanzado de (auto)constitución en sujeto de la transformación,¹⁷ lo que señala claramente el carácter políticosocial de la lucha. En el curso de años, he compartido una experiencia revolucionaria en la que una organización político-partidaria, lejos de erigirse por encima de la sociedad y acotar sus límites a la letra estatutaria, ha hecho del protagonismo popular organizado el eje de su actividad, buscando disminuir el lado burocrático que toda representación expresa cada vez que se suplantán a los diversos sectores populares en su lucha. Esto se ha llevado adelante tendencialmente inmerso en el proceso de resistencia al imperialismo y enfrentando los desafíos cotidianos de la construcción de una nueva sociedad, en un proceso histórico –que entiendo aún está en su fase inicial- de negación dialéctica del rol de conducción política del partido en tanto éste va ampliándose y conformándose como partido de todo el pueblo, promoviendo la apropiación de lo político, lo económico, social, militar, y cultural por parte del pueblo que se constituye en sujeto apropiándose protagónicamente de sus destinos. Ello se produce de modos y por canales diversos, pero sistemáticamente a través del incremento creciente de la participación protagónica de los diversos sectores en sus organizaciones y, mediante ellas, en la sociedad en su conjunto. Los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas, la Central de Trabajadores de Cuba, las asociaciones de la tercera edad, de pioneros, de ex-combatientes, etcétera, resultan instrumentos del pueblo para promover

¹⁷. “Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morirse sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales, a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera., que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: «te vamos a dar, sino: ¡aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!» [Tomado de versión digital en la página: www.geocities.com/escuelapca/cursoverano2001]

y ejercer su protagonismo, tendiente a apropiarse crecientemente del diseño de los destinos de su país, de su proceso revolucionario.

Muchos han sido y son, indudablemente, los obstáculos que este proceso revolucionario ha encontrado y encuentra para desarrollarse plenamente según sus principios y postulados fundamentales; la injerencia creciente del imperialismo en guerra sin cuartel contra la revolución tiene efectos en el desarrollo interno del proceso revolucionario que no es posible desconocer, pero no obstante ello, es notorio constatar –además de heroico- lo que se ha avanzado (-me limito a referirme al perfil de este trabajo-) en el desarrollo de la participación sociopolítica del pueblo.

La presencia de un liderazgo tan atractivo y convocante como el de Fidel, enseña que el rol de dirección política de los procesos no siempre se atiene a los canales orgánicos teóricamente preestablecidos, hay momentos en que –ni el pueblo ni el liderazgo- los necesitan para alcanzar los objetivos propuestos; el diálogo permanente líder-pueblo es capaz –en determinadas circunstancias- de remontarse por encima de las estructuras organizativas, en una suerte de asamblea gigantesca de todo el pueblo, y decidir de modo directo. Ese es uno de los mayores aprendizajes que he compartido colectivamente acerca del ejercicio del poder del pueblo.

Ahora bien, ello siempre ha sido posible con labores previas de comunicación, sensibilización, información e incluso debates previos por organización, al nivel de cada cuadra, en cada centro de producción y de servicios, además de los esfuerzos movilizatorios de las mayorías, que no son labores políticas menores teniendo en cuenta el sentido de las mismas. Esto evidencia también el carácter instrumental de la organización político-partidaria en relación con el protagonismo del pueblo: una veces es ella la que promueve la participación del pueblo y otras, es el pueblo el que orienta a sus organizaciones acerca de qué hacer y cómo, para alcanzar los objetivos que se ha trazado. En tiempos normales ello se expresa a través del parlamento revolucionario (Asamblea Popular), pero en tiempos de movilizaciones y agudización de la resistencia se saltan todas las estructuras, protagonizando el pueblo de modo directo su participación, en una suerte de estado asambleario permanente. Ocurre aquí una combinación dinámica: partido-líder-pueblo-organizaciones sociales que tiene como centro de su actividad el lograr que los seres humanos que componen el pueblo se asuman como el centro de la revolución y por tanto, su protagonista –y diseñador- principal.

En Latinoamérica, la experiencia del proceso venezolano, por ejemplo, con la fuerza del liderazgo carismático de Hugo Chávez que -en los momentos iniciales y luego en situaciones de crisis- parecería ser suficiente y –en ese sentido- capaz de sustituir la organización social y política de los distintos sectores populares, demuestra por el contrario que cuánto más grande es la presencia y la figura del líder, más importante se torna la organización como instrumento para formar y promover la participación de todos y cada uno de los sectores populares desde abajo. Sin ellas resulta muy difícil, para no decir imposible, lograr que -como por arte de magia, sin mediar prácticas diferentes de los protagonistas directos de los cambios-, se pueda transformar concientemente la sociedad. Esta supone y

depende de la transformación de los hombres y las mujeres que le dan vida, y ello es parte de su participación plena, activa y conciente, en el proceso transformador mismo.

En este sentido, el compartir tantos años y tantos empeños colectivos en la construcción del “hombre nuevo” (ser humano nuevo), me permite tener la certeza, en primer lugar, de que los cambios del ser humano son los prioritarios para cambiar la sociedad y, en segundo, que ellos no ocurren de la noche a la mañana ni por decreto de nadie, sino por la participación (involucramiento conciente) de los hombres y las mujeres en el propio proceso económico, político, social y cultural de transformación, única vía además, para que se produzca la necesaria y creciente apropiación consciente de la conducción y administración social por parte de la propia sociedad (civil), para lograr ir poniendo fin a la enajenación política (expresión última de la enajenación económica) y, con ello, a la necesidad de la existencia del Estado como regulador social, para que –como dijera Marx-, el poder político desaparezca en la sociedad civil (que re-asume la política y lo político como parte natural de una ciudadanía plena, sin antagonismos de clases).¹⁸ Pero para ello media no solo un largo proceso de transformación social, que es necesario que alcance dimensiones mundiales y un carácter permanente, sino también miles de años [Dussel] de ejercicio y construcción –pensamiento crítico mediante- de prácticas diferentes tendientes a ello, a la vez que generadoras del contenido y alcances de ese “ello”.

2.

Finalmente, quiero detenerme en recordar brevemente las principales experiencias sociopolíticas que he investigado y tomo como referencia de un modo directo en relación con el tema que nos ocupa, teniendo en cuenta la trayectoria de lucha de los pueblos latinoamericanos en los últimos treinta años.

En lo político partidario, la experiencia de las luchas populares de Argentina en los años 60 y 70, de Perú en los 80 (Izquierda Unida y la Asamblea Nacional), la experiencia del PT, en Brasil, y del FMLN, en El Salvador y, más recientemente, del Frente Amplio, en Uruguay. En lo políticosocial, la experiencia del Frente Político Social, en Colombia; del EZLN, en Chiapas; del MAS-Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos, de Bolivia; de la CONAIE y Pachakutik, de Ecuador, entre otras. En lo referente a los movimientos sociales, he considerado, en lo fundamental, las experiencias de los movimientos barriales (COPADEBA, en República Dominicana), de los movimientos campesinos (MST, Brasil), y los movimientos campesino-indígenas de la zona andina; en el movimiento obrero: la experiencia de la nueva concepción político-sindical desarrollada por la Central de Trabajadores de Argentina, la del movimiento de desocupados y de las asambleas barriales, de Argentina; además, he seguido el desarrollo de los movimientos de mujeres en distintas latitudes del continente, entre otros. Todos ellos aportan elementos práctico conceptuales muy importantes en relación con la problemática del sujeto popular y

¹⁸. Ver Marx, Carlos, *Miseria de la Filosofía*, Editora Política, La Habana, 1963, pp. 164-173.

la articulación de lo políticosocial en Latinoamérica. De ellos, considero oportuno enfatizar aquí –muy resumidamente- lo siguiente:

En la experiencia de COPADEBA (Comité para la Defensa de los Derechos Barriales), de Santo Domingo: la polémica y el redimensionamiento de la organización a partir de *la redefinición del concepto de representación*, desde una dimensión sociopolítica que prioriza la participación directa de la ciudadanía a través de sus territorios, haciendo de lo territorial, de ese modo, un ámbito protagonista, y escenario de la disputa y la construcción sociopolítica tanto en lo referente a la conciencia colectiva como a la organización y proyecto de transformación de la ciudad (y de la sociedad). Creadores por naturaleza del concepto de *construcción del poder desde abajo*, que he rescatado de sus prácticas, conceptualizado y tomado como eje en mis trabajos y metodología de construcción.¹⁹ Coincidiendo con la experiencia de otros movimientos sociales del continente, toman como punto de partida la unidad entre lo reivindicativo y lo político, e identifican como una necesidad de la época actual la construcción articulada de una conducción políticosocial en su país. Basándose en ello, conciben *el proceso de lucha y transformación social como un proceso político-pedagógico de formación* autoformación de conciencia (de poder y de sujetos), que se acumula –más allá de lo individual pero sin negarlo-, fundamentalmente en la organización colectiva barrial, que resulta síntesis de sus protagonistas.

En la experiencia del Movimiento Sin Tierra, de Brasil: El mayor impacto es el *empeño pedagógico sistemático, integral y articulado* con las luchas por la tierra, la dignidad y la vida plena de los campesinos y todos los trabajadores; he visitado varios de sus campamentos, y no tengo dudas de la fuerza y el arraigo de los principios profundamente democráticos, participativos y pedagógicos que acompañan el esfuerzo titánico de los campesinos sin tierra por un Brasil diferente, basado en principios de equidad, justicia social y dignidad, que abran paso a la formación de seres humanos nuevos. De ahí que Paulo Freire y el Che Guevara estén entre sus referentes principales. Nada es dejado para un futuro mejor en espera de mejores condiciones; la transformación es desde ahora, desde abajo, en cada campamento, en cada toma de tierra, en cada movilización, en cada jornada de trabajo, es siempre. Articulado con esto está la clara definición que el MST ha elaborado

¹⁹. El concepto “desde abajo” se refiere –en la definición que propongo- al fundamento de lo existente que se quiere transformar o sobre lo que se quiere influir; se refiere a lo que (llega y) parte desde la raíz de todo fenómeno. A la vez, indica que, simultáneamente, “desde abajo” también –en el propio proceso de transformación- va naciendo lo nuevo, construyéndose día a día. Poco tiene que ver entonces, con la ubicación geométrica del problema, de los actores, de las propuestas o las esferas en las que se actúa, aunque cierto es que –en la acepción corriente- se emplea frecuentemente como sinónimo de “desde las bases”, o para indicar que algo está por debajo de otro algo que estaría “arriba”. Para profundizar en este tema, puede consultarse el libro de mi autoría: *Claves para una nueva estrategia, construcción de poder desde abajo*. Santo Domingo, junio 2000.

respecto a la problemática a enfrentar y en la *identificación del pueblo como sujeto* (aun potencial) que se constituye en la lucha por “un Brasil para todos”.²⁰

En la experiencia de la Central de Trabajadores Argentinos: La determinación de *no delegar la construcción del poder* de los trabajadores (poder propio) ni al Estado, ni a los partidos, ni a los gobiernos, ni a la patronal; *la articulación de trabajadores ocupados y desocupados* como principio básico para evitar, en primer lugar, el chantaje de pobres contra pobres, y como puente indispensable en la articulación-reconstrucción del poder de la clase como poder de la sociedad, replanteando tanto la conformación de la clase como su papel social, no considerándola como único sujeto del cambio sino como actor central capaz de *articular el conjunto de actores sociales fragmentados*, sus problemáticas y aspiraciones, así como su conciencia, sus modos de organización y propuestas, en aras de reconstruir una conciencia colectiva que -construyendo y acumulando poder-, sea a su vez camino constituyente del sujeto colectivo capaz de dar forma a un proyecto común y expresarlo programáticamente, buscando encauzar (y conducir) las acciones colectivas hacia la concreción de los objetivos de transformación social propuestos colectivamente. Todo ello se traduce, desde el inicio, en la definición de la CTA de practicar y construir un *sindicalismo político*, lo cual –combinado con el reconocimiento mayoritario entre sus miembros de la unidad entre lo reivindicativo y lo político-, se anuda en la definida vocación centrada en *construir un movimiento políticosocial* en articulación con otros actores políticos y sociopolíticos (aspecto que define expresamente el reciente celebrado VI Congreso de la organización).²¹

En la experiencia del Movimiento Al Socialismo, Instrumento político para la soberanía de los pueblos, de Bolivia: La determinación a *construir alternativas desde situaciones de grandes adversidades*, económico-sociales, culturales, políticas (locales, regionales e internacionales); la fuerza que *el respeto a la tierra*, es decir *a la vida y a la cultura* de los pueblos imprime a los movimientos sociales campesinos, y más aun a los campesinos cocaleros. Aislados en su lucha tanto de sectores urbanos como de otros sectores rurales y de trabajadores, se trazan entre sus objetivos, en primer lugar, la articulación con todos los sectores campesinos, de los campesinos con los trabajadores, y de todos ellos con las poblaciones urbanas. Teniendo en cuenta que la realidad de la diferenciación-discriminación étnica está presente –como subyacente transversal- en estas articulaciones, la determinación política y práctica de remontarse por encima de ella –precisamente por dar cuenta de ella- por parte de los cocaleros, integrados mayoritariamente por poblaciones de los pueblos aymaras y quechuas (radicados) en Bolivia, adquiere una mayor dimensión políticosocial.

²⁰. “Trabajadores, intelectuales, pequeños empresarios, jubilados, amas de casa, estudiantes, todos, precisamos unirnos para construir un nuevo proyecto para Brasil. UN PROYECTO DEL PUEBLO BRASILEÑO.” [Salette Caldart, Roseli, *Pedagogía do Movimento Sem Terra*, Editora Vozes, Petrópolis, 2000, p. 264. (En portugués)].

²¹. Pueden consultarse los documentos de la CTA en el sitio: www.cta.org.ar, y entre la bibliografía con investigaciones directa sobre el tema, mis libros: *Profetas del Cambio / Una Historia Silenciada* (1997), y *Tiempos de Herejías* (1999).

En segundo lugar, *la decisión de terminar con la fractura entre lo social, reivindicativo (sectorial) y lo político (nacional)*, entre las organizaciones sindicales y sociales y las de representación política. Nutridos de la experiencia histórica rica en resistencia, luchas – incluso experiencias revolucionarias como la del 53-, los cocaleros se constituyen –desde una situación de gran adversidad, en los abanderados primeros de la decisión de no delegar su protagonismo, y construir las articulaciones sociales y políticas necesarias para lograr *la formación de un poderoso instrumento políticosocial* por la soberanía de los pueblos (indígenas y mestizos) de Bolivia.

La definición de instrumento político que acompaña al nombre del MAS, que fija –casi por la mención reiterada de su nombre-, la decisión de que los pueblos no delegan su protagonismo, no se subordinan al partido político, sino que éste es un instrumento para alcanzar determinados objetivos, y que -en virtud de ello- sus formas y modalidades resultan subordinadas a *las decisiones que se construyen y se toman desde abajo, con la participación directa de los protagonistas* del proceso de lucha y transformación.

El ejemplo dado por la lucha de los cocaleros, de que el eje de las luchas sociales no responde a dogmas doctrinarios, que *los actores sociales que traccionan a todo el movimiento de lucha se constituyen allí donde radica el conflicto central* que sacude y envuelve a su país o región. Este es uno de los grandes méritos de ese movimiento políticosocial campesino: *no dejarse vencer de antemano por las adversidades reales* – basta recordar, por ejemplo, la presencia injerencista norteamericana vigilante directa en la zona del Chapare-, y dedicarse a *construir los puentes necesarios para articularse con otros movimientos campesinos y otros sectores y actores sociales*, en el empeño –que van tornando colectivo- de construir una organización políticosocial colectiva basada en la democracia y la participación desde abajo, avaladas por relaciones de horizontalidad. A todo ello hay que sumarle el hecho de que en medio de este proceso-esfuerzo de construcción –aun con reconocidas debilidades en organización, formación, etc.-, se han enfrentado a la participación electoral, abriendo un nuevo frente de presencia, aprendizaje y construcción: el de gobernar municipios rurales y urbanos, ser miembros del parlamento. Todo ello habla de *la voluntad, el tesón y la decisión colectiva* -que se condensaron en un momento en el sector campesino cocalero del Chapare-, como componentes fundamentales de la posibilidad de vencer: creer que es posible y decidirse a hacerlo. *No importan el tiempo y el empeño que lleve cuando es obra de pueblo* -reconstituido como sujeto-, conciente de que llegó la hora de adueñarse de sus destinos.

En la experiencia de la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador): La *dignidad de los pueblos* indígenas –como en todos los casos- en años de *resistencia activa* a la conquista-despojo, plasmada, entre muchas labores, en aquellas que apostaron a formar a hombres y mujeres de sus pueblos y capacitarlos, en primer lugar, para que sepan rescatar sus *valores y sabiduría propios*, y, en segundo, para que –sobre esa base- puedan intercambiar en igualdad de condiciones con el mundo “blanco-urbano”. La educación ha desempeñado en la experiencia ecuatoriana un papel político-cultural particularmente fundamental, y –articulado a ella-, la organización: como pueblo, como pueblos, y como sociedad toda, *enlazando lo socio-étnico-cultural con lo políticosocial*, en

primer lugar, con la soberanía, con el derecho de los pueblos a (decidir sobre) sus territorios, y sobre esa base, a las riquezas naturales que ellos contienen, que claramente son sinónimo de vida. El rescate práctico de la memoria histórica, que ha conducido –al ser apropiada críticamente por los pueblos indígenas- a superar la fractura entre organizaciones indígenas, organizaciones sindicales y partidos de izquierda, cuyas posiciones sectarias y excluyentes habían reducido a los pueblos indígenas a la categoría indistinta de “campesinos” y –sobre esa base-, los habían descalificados y excluido de su definición (teórica y práctica) de sujeto social y político.²²

La determinación a *terminar con las fracturas étnicas, culturales, sociales y políticas* que –también desde condiciones adversas y desde una centralidad no clásica ni preestablecida de las luchas sociales- habían obstaculizado la reconstrucción del pueblo ecuatoriano como sujeto de su historia, acompañada por la decisión de hacerse cargo de los problemas que han definido como ejes del conflicto nacional, aún sin tener todas las condiciones para ello, esforzándose por *construir en el mismo caminar*, aceptando el –nada complaciente- riesgo de equivocarse. La conciencia plena de que el eje central de las resistencias y las luchas actuales hoy, se centra en la defensa de la soberanía territorial asociada a la defensa de la naturaleza y la consiguiente *claridad de que hoy está en juego de modo directo -y radical- la sobrevivencia misma de los pueblos*. De ahí su participación decidida en la lucha contra el anexionismo que encierra el ALCA y sus tentáculos estratégicos: el Plan Colombia y la (pantalla de la) lucha antidrogas en general, la presencia de tropas norteamericanas en la Base de Manta y en otras regiones del continente, las leyes sobre las patentes de los medicamentos, etcétera.²³

²². Como dice Blanca Chancoso: “(...) Desde mucho tiempo se ha invisibilizado -así como se invisibiliza a las mujeres, mucho más- a los pueblos, a las nacionalidades indígenas, que hemos sido muy invisibles también. // Desde cuando se nos negó la existencia, se nos negó que habláramos nuestro idioma, que vistiéramos como lo que somos, desde cuando nos quitaron incluso nuestras propias formas de gobernabilidad, incluso se quedaron truncadas nuestras ciencias. Creo que es importante en estos momentos, que hablemos también de esta situación. Porque mucho se quiso confundir. Cuando vinieron los primeros supuestos conquistadores –los invasores, decimos nosotros-, nos dieron un nombre que nunca fue nuestro; confundidos de país, por eso nos dieron el nombre de indios, pero en la etapa de desarrollo de la colonia, por querernos dar un trato igualitario o un trato supuestamente de respeto, nos han dicho “naturales”; otros, los antropólogos, nos han llamado “tribus”, o lo que sea... Con el avance de la lucha social que se ha dado en otros países, que también ha ido influenciando en muchos lados, nos dieron a todos el nombre generalizado de “campesinos”, como los trabajadores del campo.

Pero es importante diferenciar, y yo me atrevo a esto, porque nosotros sí tuvimos un proceso de este término. Y eso nos ha estado costando mucho hasta ahora: que se nos aceptara como tal. Con eso no quiero decir que queremos aislarnos, ni sentirnos como algo del folclore; al contrario, es partir de nuestra identidad, afirmar de lo que somos nosotros.” (“Fortalecer los lazos de solidaridad entre nosotros”, Revista *Pasado y Presente XXI*, 2002).

²³. “Decía alguna vez, no sé si por buena o mala suerte, no sé cuál sea, pero mientras más nos han quitado de la ciudad, de las planicies, de los barrios, los indios -quizá para autoprotegernos- como que nos hemos ido cada vez más hacia adentro, a la selva, hacia la montaña, y en los espacios donde hemos estado hemos encontrado minas de minerales, ahí está el petróleo, ahí está el azufre, ahí está...bueno, algunos recursos naturales importantes también. Entonces ahora tienen que acabar la conquista ahí. // Y también ha habido las resistencias para no permitir justamente a las petroleras, a las transnacionales, que se lleven nuestros recursos. Y entonces ahora, bajo el paraguas de combatir el narcotráfico, han empezado a fumigar de manera generalizada, sin respetar ni la soberanía de los países, ni las fronteras... entonces también sobre los humanos. Y claro, con el

De ahí también su destacada y esforzada *presencia en los organismos internacionales* -denunciando, informando, comunicando-, y en *los diversos foros sociales* (temáticos, regionales y mundiales) impulsando la *construcción de una red solidaria de comunicación e información* entre los pueblos.

En la experiencia del Frente políticosocial, de Colombia: La decisión de tomar la política en sus manos que comienza a instancias de la CUT y la lleva a articularse con un amplio grupo de organizaciones sociales y políticas para *conformar un frente políticosocial dirigido, en primera instancia, a participar en la contienda electoral* que se avecinaba, lo cual lo marca, de entrada, como un frente electoral, abriendo una brecha de imponderables debilidades.²⁴ La importancia de esta experiencia radica sobre todo en sus errores; son ellos los que confirman ciertas hipótesis, ya sea en sentido de afirmación o rechazo. Entre ellos destaco –además de lo ya expuesto–: El marcado *carácter superestructural* de la constitución del Frente, lo cual lleva a que, en vez de construir alianzas y acuerdos desde abajo, en la construcción concreta de alternativas, se priorice la constitución de un frente a partir de acuerdos entre las direcciones (cúpulas) de las organizaciones sociales y políticas. Lo sociopolítico, en este caso, estaba dado más por esta conjunción copulativa por superposición que por la comprensión práctica de que no hay política posible sin práctica social, que no hay movimiento social que no sea a su vez político, y que no hay movimiento político que no sea social [Marx].

El que no prosperara esa apuesta sobre aquellas bases, demuestra, no que el frente políticosocial es una quimera (como afirman los dogmáticos al emplearlo como sostén de sus viejas concepciones), sino que *no puede construirse sobre la base de un acuerdo entre organizaciones (siglas)*, que requiere de una labor constante y sistemática de construcción colectiva y desde abajo: en lo social, lo político, los derechos humanos, las mujeres, los desplazados, lo sindical, etc. Y para ello no hay fronteras ficticias entre lo reivindicativo y lo político: es fundamental la participación de los sindicatos, en primer lugar, y de los partidos de izquierda, ya que juntos pueden dar los primeros pasos para acortar hasta eliminar la fractura originaria entre la clase y el (supuesto) partido de la clase, y sobre esa base –y simultáneamente– articular al conjunto de actores sociales. Lejos de un llamado a

famoso Plan Colombia, se ha generado ahora el desplazamiento obligado de los indígenas de esas poblaciones. Y mañana estaremos sin territorio; en nuestro territorio estará puesto algún letrero que diga: prohibido pasar; prohibido regresar. ¿Y dónde es que vamos a quedar los indios que éramos dueños de ese espacio? Deambulando en las calles, mendigando porque no sabemos trabajar en la ciudad; la vida es del campo también...

Esta situación no se ha hablado, y para nosotros la única forma de poder proteger la vida y también esos espacios, ha sido justamente afirmar nuestra identidad, para poderla sentir y con ese amor seguir defendiendo.” (Blanca Chancoso, *Idem*).

²⁴. Cuando lo electoral es meta, deslegitima cualquier camino; son las metas la que dan sentido al camino electoral, reconociendo, en primer lugar, que es un ámbito de lucha y construcción de la época actual. Pero para que así sea, es importante asumirlo como instrumental en relación con los fines; es para potenciar la participación profundizando la democracia, es para abrir el gobierno a las decisiones del pueblo participante, es para construir y acumular poder social utilizando la herramienta de gobierno como privilegiada, como facilitadora y acentuadora –en ese sentido– de los procesos transformadores de las mayorías protagonizando su historia.

abandonar el camino iniciado, la realidad colombiana llama –apelando a la experiencia *petista* brasileña- a persistir en el intento rectificando los errores-limitaciones del nacimiento primero, empeñándose en construir lo que será –quizá-, la refundación desde abajo de un nuevo frente políticosocial en Colombia.

En la experiencia de los Piqueteros, de Argentina: El reconocimiento -una vez más-, de que la dignidad es un valor humano no tangible aunque sensible que -cuando se articula a la lucha por la vida, que es en esencia una lucha por la justicia y los derechos humanos fundamentales-, resulta un motor imparable de la fuerza social que lo hace posible con sus cuerpos. Y esa dignidad hubo de ser reconquistada en las calles, cuerpo a cuerpo, derribando prejuicios sociales instalados en otras épocas acerca de las causas de la desocupación y el porqué de los desocupados, demostrando que no son vagos ni “perdedores”, sino *trabajadores sin trabajo* por destrucción del aparato productivo nacional, por la implementación del neoliberalismo (adaptado para el tercer mundo, es decir, colonizador), y el consiguiente desentendimiento del Estado de sus hasta hace poco deberes sociales para con los ciudadanos. El *rescate de las carreteras y calles* (junto a otras experiencias de los pueblos latinoamericanos) como ámbito legítimo de denuncia de su situación, de resistencia a la exclusión y de lucha por la sobrevivencia de los desocupados y sus familias, asumiendo que a ellas han sido arrojados, sin miramientos, por el capital y que –por tanto- es desde allí desde donde deben (y pueden) reclamar.

El desarrollo de un amplio *proceso político-pedagógico de formación de conciencia colectiva*, que (en esta fase histórica) se inició en los primeros cortes en el sur del país, en Cutral C6 y Plaza Huincul, allá por los años 95-97, sigui6 en el norte, en Tartagal y Mosconi, y se extendi6 en el Gran Buenos Aires, alcanzando mucha fuerza en el per6odo 2000-2001; los prolongados cortes y piquetes en las rutas, y las *marchas piqueteras articuladas* a organizaciones sindicales, pol6ticas y de derechos humanos, que se llevaron a cabo desde y hacia el interior del pa6s y la Capital, y desde el conurbano bonaerense hacia la Capital, sembraron *semillas que germinaron a tiempo en la conciencia colectiva* del pueblo e hicieron posible, tambi6n –junto a muchas otras resistencias y luchas-, el gran piquete nacional los d6as 19 y 20 de diciembre del 2001.

La b6squeda de alternativas (tambi6n) desde una condici6n adversa, *dando cuenta del problema central* que dibuja el drama nacional: el trabajo, en el entendido que 6ste es articulador de producci6n, distribuci6n y consumo, de inserci6n del pa6s en la regi6n, el continente y el mundo, y que –para reinstalarlo- hay que conquistar un m6nimo de soberan6a y *replantearse construir una naci6n*; el pueblo emerge tambi6n -desde ellos- como el gran protagonista de su historia.

En la experiencia de Chiapas: La fuerza de *la resistencia y la perseverancia* –no importa cu6nto tiempo- de un pueblo largamente invisibilizado que se ha empe6ado en rescatarse como pueblo y rescatar sus valores como seres humanos plenos y dignos. Su empe6o en transformar la sociedad, empezando por transformarse a s6 mismos, como elemento esencial de la lucha y la construcci6n de una nueva sociedad. El levantamiento insurreccional del pueblo como momento de denuncia y reafirmaci6n de su identidad, y no

como indicación de un camino de lucha (armada) para “tomar el poder”. La decisión de decir, ¡Basta!, a su situación de exclusión y exterminio, y su llamado a la movilización al pueblo mexicano, realizado –como en otros casos- desde condiciones muy adversas. La *subversión de las lógicas* tradicionales de representación política que se resumen en el “mandar obedeciendo”, y en las prácticas profundamente participativas de sus organizaciones políticosociales. El salir a convocar –mediante largas marchas- a los demás sectores del pueblo mexicano, en un primer momento, como acto de solidaridad con su realidad de pueblo excluido, y luego, como deber para consigo mismos y consiguientemente para con la nación mexicana toda. El *orgullo de su historia* rescatada,²⁵ y el poner sobre el tapete -respaldado con toda su trayectoria y su existencia actual-, el hecho de que *sujeto no se nace, sino se hace*, y que para hacerlo hay que salir a convocar a todos -a partir de convocarse a uno mismo, como sector social y como individuo-, a hacerse cargo de protagonizar las transformaciones sociales que se decida realizar (colectivamente).

²⁵. “...somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad, los desposeídos somos millones y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino para no morir de hambre ante la ambición insaciable...” (“Declaración de la Selva Lacandona”, 2 de enero de 1994. En: *EZLN, documentos y comunicados* No. 1. Ediciones Era, México, 2000, quinta reimpresión, p.33.)

II

EL SUJETO

SUJETO HISTÓRICO, SUJETO SOCIAL, SUJETO POLÍTICO, SUJETO POPULAR

Una mirada desde Latinoamérica

En Latinoamérica, salvo excepciones, los procesos de transformación social -cualquiera sea la modalidad que adopten: revolucionaria directa, como en los '60 '70, o lucha parlamentaria-, se desarrollaron y se desarrollan en medio de desencuentros profundos entre partidos de izquierda y organizaciones y movimientos sociales.

Sobre la base de una **fractura originaria** entre clase y partido de la clase, importada y heredada de la tradición política hegemónica del pensamiento de la izquierda europea, que a su vez reducía la clase (el proletariado) a la clase obrera industrial y consideraba a ésta como el único sujeto (histórico) de la revolución social, en nuestras latitudes –salvo excepciones- se ignoraron las realidades socioculturales, económicas y políticas, que se correspondían a nuestra diversidad étnica y de desarrollo, adoptándose mayoritariamente una postura doctrinaria que -contrariamente a los llamamientos de Carlos Mariátegui-, fue “calco y copia” en lugar de creación heroica.

Es por ello que, en sentido estricto, el análisis de la fractura entre partido político de izquierda y sujetos reales, en América Latina, no puede circunscribirse a la relación partido-clase, porque aquí –además de tal fractura-, hubo desconocimiento, ocultamiento y rechazo –involuntario, cultural- de los actores sociopolíticos concretos. El caso más sobresaliente, por su connotación y, ¡al fin!, su reconocimiento en la actualidad, es el de los pueblos originarios, pero se extiende también a los pueblos negros, mestizos y otros. El resultado es una gran **fractura histórica** entre partido-clase-pueblo, que se tradujo en sustrato inmediato del desarrollo (del pensamiento eurocentrista de

de

elementos fundamentales de las hipótesis que sostengo en mis reflexiones,²⁶ desde una mirada filosófico-política.

Esto supone a su vez, la refutación de otras hipótesis (o supuestos) -que a continuación expongo-, mayoritariamente aceptadas como válidas en el siglo XX:

- *Existe un sujeto único del cambio revolucionario: la clase obrera, y esa su condición de ser sujeto se desprende de su posición en el modo de producción en su condición de no poseedora de medios de producción (y de explotación), es decir, el ser sujeto responde a una condición objetiva, estructural. En ese sentido, la clase obrera, “portadora de estructuras” en su conciencia, resulta objetivamente determinada y llamada -a priori-, a poner fin a esa su condición de clase explotada, y con ello a la explotación general de la sociedad, liberando al unísono a todo el pueblo. (Misión histórica)²⁷*

Así ha sido en la tradición del pensamiento marxista (o de los pensamientos marxistas) durante el siglo XX, tradición cuyos ecos culturales llegan hasta nuestros días. Cuando se hace referencia al sujeto de los cambios revolucionarios se sobreentiende inequívocamente que es (o debe ser) **la clase obrera**, identificada como **sujeto histórico** independientemente de las realidades sociohistóricas concretas de que se trate. Esto ha sido y es particularmente notorio en América Latina, donde el capitalismo subdesarrollado convive en todo momento con relaciones y modos de producción feudales y semif feudales, y en cuyos territorios habitan los pueblos originarios que sobrevivieron al exterminio de la conquista colonialista, las comunidades negras de origen africano cuyos integrantes fueron criminalmente sacados de sus tierras y traídos como esclavos para trabajar en las plantaciones o en el servicio doméstico de sus “amos”, y también, las comunidades asiáticas, sobre todo, provenientes de china (culíes) también esclavizadas en su traslado hacia tierras americanas. Esto, sin entrar a detallar la heterogeneidad de identidades y culturas –desarraigo incluido- que la diferente procedencia de los inmigrantes europeos acarreó a determinadas sociedades del continente.

Esto conforma una realidad social con diversificación de clases, etnias, sectores sociales, culturales, o religiosos, pero la aplicación dogmática (entendida como única) del esquema marxista limitaba –de modo reduccionista- la estructura clasista real al esquema de clases correspondiente al capitalismo desarrollado en Europa y, consiguientemente, constreñía –de hecho- la condición de existencia del proletariado al sector de los obreros industriales –los únicos en condición de socialización de la producción-, considerándolos los

²⁶. Estas resultan un corte en el proceso práctico-reflexivo que asumo colectivo y, en tanto tal, marcan un punto de cierre a la vez que de apertura de un nuevo bloque de temas y problemas (o del mismo en otras dimensiones) a investigar, construir, debatir, reflexionar.

²⁷. El reduccionismo de clase considera que la eliminación de las bases materiales de producción de plusvalía directa, elimina “automáticamente” la conciencia enajenada de la clase, y con ello, toda enajenación posible en otros sectores de la sociedad igualmente (proletarizados), discriminados y oprimidos.

únicos capaces de encabezar –como sujeto histórico- los cambios revolucionarios.²⁸ Consecuentemente con ello, la “alianza obrero-campesino” se instaló como estereotipo, considerando a los trabajadores del campo y a los campesinos pobres (desposeídos de las tierras y de los instrumentos de labranza) como los (únicos) principales aliados de la clase obrera. En menor medida –y siempre subordinados-, se contemplaban como aliados secundarios a los pobres de la ciudad y el campo, luego a los estudiantes y, en algunos casos, a los sectores medios urbanos (generalmente [des]calificados por identificarlos indistintamente como integrantes de la pequeña burguesía).

Los pueblos originarios y las poblaciones negras quedaban fuera del esquema y también de las construcciones políticas, aunque hubo algunas excepciones. En algunos casos -por ejemplo, la izquierda ecuatoriana en los '70 y '80-, se los integraba al esquema de clases, “traducidos” (licuados) como pequeño campesinado (por tener en propiedad comunitaria las tierras donde habitaban), pero generalmente quedaban fuera de los debates y de las propuestas organizativas y políticas, como si no fueran parte de la realidad de nuestras sociedades. Excepción honrosa de Carlos Mariátegui –repito-, cuyo pensamiento profundamente marxista y revolucionario fue relegado –y combatido- por el marxismo promovido y difundido por el Estado soviético.²⁹

•*Las organizaciones de la clase obrera (y su conciencia) son naturalmente reivindicativas y no pueden –por sí mismas- superar esa condición. De ahí que –según ese esquema de pensamiento- resulte necesario:*

- a) Que la conciencia de clase le sea provista a ésta desde el exterior de la propia clase, por los intelectuales (y el partido);
- b) Que la organización política -en correspondencia con esa conciencia de clase para sí- se construya separada de la propia clase, orientada por los intelectuales revolucionarios y los cuadros políticos que –provenientes de la clase- se hayan elevado a la conciencia *científica*, a la conciencia política e ideológica que le corresponde a la clase (según una predeterminada “misión histórica”). Es decir, el partido de la clase (brazo político) se construye desde

²⁸. El enfoque reduccionista en la comprensión del alcance de la revolución y su significado, relega a un segundo plano la lucha contra la enajenación, asumiéndola como algo estrictamente económico inherente al capitalismo y no a la lógica reproductiva del capital, limitando con ello la condición de sujeto enajenado a la clase obrera, a la que considera –por tanto- la única clase verdaderamente interesada en liberarse de las cadenas del capitalismo.

Esto no es así, no solo a nivel de una organización social en general, sino también y muy especialmente, en los países del Tercer Mundo, en nuestro continente subdesarrollado, donde no solo la clase es enajenada, sino que a través de ella y con ella, el pueblo y la nación misma. El planteo de liberación nacional comprende ese sentido también; no es una relación externa entre estado nacional y nación imperialista, sino intrínsecamente interrelacionado con la propia conformación de los sistemas sociales particulares que, en esta relación de dependencia y re-colonización, resulta a la vez, productora de estados-naciones enajenados.

²⁹. Impuesto por la III Internacional y vigilado celosamente por el Instituto de Marxismo Leninismo adjunto al Comité Central del PCUS, y sus ramificaciones internacionales.

el exterior de la clase misma y de sus organizaciones de clase (brazo industrial).

La clase, en tanto sujeto histórico, por sus condiciones de trabajo y de vida se [mal]entendía como un todo homogéneo, y quedaba además -de hecho, como señalé-, circunscripta a la clase obrera industrial. Debido a que sus organizaciones de clase -los sindicatos- “naturalmente” eran reivindicativas y no podían superar tal barrera, ella no tenía posibilidades de ejercer su condición de sujeto de modo directo. Hacía falta que ese sujeto histórico –para serlo- construyera las herramientas políticas que le permitieran cumplir con su tarea liberadora (misión histórica): derrocar al capitalismo e instaurar el socialismo. Construir el partido político -de la clase- se constituyó entonces –por definición- en la tarea prioritaria y la expresión más elevada de la conciencia política de la clase obrera, a la que –paradójicamente- se la excluyó de esa responsabilidad. Por ese camino, **el partido de la clase** se ubicaba por encima de la propia clase –que quedaba subordinada a sus decisiones y orientaciones-, erigiéndose en la vanguardia del proletariado y, como tal, en **el sujeto político** real de la transformación revolucionaria.³⁰

Ese partido, en tanto expresión mayor de la conciencia política de la clase, se asumía también como el poseedor de la (única) verdad acerca de la sociedad, de los cambios, las orientaciones estratégicas y tácticas, los métodos de lucha, etc. Más allá de los dictados de los manuales, fue la profusión de organizaciones político partidarias de izquierda, que se desarrolló particularmente en Latinoamérica, la que creó en ellas la necesidad de esclarecer cuál era –entre ellas- la “verdadera” representante del proletariado, y esto implicó la disputa por la posesión de la verdad, posesión que –como se dirimía en la práctica- impulsó el desarrollo del sectarismo y la competencia por ganar la dirección de las masas, por definir quién era –realmente- la vanguardia.

Por **debajo del partido y de la clase** –con el campesinado pobre como su aliado estratégico-, **se ubicaban las otras clases y sectores sociales** identificados como objetivamente interesados en la transformación revolucionaria de la sociedad (sujeto social). Los partidos se relacionaban con ellos, generalmente a través de las organizaciones reivindicativas “de masas”.

³⁰. Por ese camino, la organización política (de la clase), el instrumento, se erigía en el sujeto real, convirtiendo a la clase –de hecho- en sujeto teórico. Lo instrumental absorbió la totalidad objetiva de la clase; el protagonismo de la clase fue (delegado y) apropiado por los miembros del partido, quienes –por ese camino, voluntaria o involuntariamente- terminaron adecuando la organización partidaria de modo tal que resultara funcional a sus decisiones (e intereses) personales, trastocándose completamente el sentido, volviéndose lo instrumental en finalidad. El objetivo histórico planteado por Marx de que la clase en sí se convirtiera en clase para sí, se deformó al convertirse en *clase para el partido*.

Según fueran las realidades y experiencias, en algunos lugares las organizaciones reivindicativas se encolumnaban (subordinadas) atrás de las organizaciones sindicales consideradas intermediación necesaria entre ellas y el partido -dirección política de la clase-. Por ejemplo (además de la experiencia de Ecuador en los '70 y '80, respecto al movimiento indígena), en República Dominicana en los años 80:

Hemos tenido la posibilidad de participar en dos ocasiones con el movimiento sindical y la mayor parte de los gremios profesionales en procesos de coordinación de luchas nacionales. Primero en el 85 y luego entre el 90 y el 91. Lamentablemente, se desarrolló una relación muy desigual y conflictiva. Porque así como para muchos partidos el movimiento barrial es simplemente la posibilidad de un movimiento de masas y nada más, en los sindicatos se trasluce con mucha claridad la idea de que ellos son “la dirección” del movimiento social y popular y, como tal es, el espacio de representación pública de los movimientos populares le corresponde a ellos, ya que -según su interpretación- las organizaciones populares no son una garantía, primero, porque constituyen movimientos que “aparecieron” no se sabe cómo y, segundo, porque tampoco se sabe “con qué van a salir”. Eso les confería supuestamente la responsabilidad de asumir la representación pública del movimiento.

(...) No se daban cuenta de que éramos mayoría y que, en última instancia, siempre forzábamos a que participara todo el mundo. Para darte una idea, la primera vez que hicimos una coordinadora y el gobierno llamó a diálogo, cuando había que ir a la Presidencia de la República para las entrevistas, para determinar la comisión que hablaría con él ¡se armó un lío!, fuimos las cincuenta organizaciones después de tres días y dos o tres noches de discusión. Uno de los dirigentes sindicales -o dirigente, porque es mujer-, dijo que, para garantizar que no se negociara cualquier cosa, debía ir el movimiento obrero, porque disponía de reconocimiento legal y tenía historia de lucha, mientras que las organizaciones barriales, solamente a una se le podía conocer un local; las otras, “quién diablos sabía de dónde venían”. Fueron argumentos que descartaban el trabajo y el papel de todos los grupos que estaban ahí, porque no se trataba sólo de COPADEBA que, dicho sea de paso, era la única que contaba con local. Eso llevó a la división del movimiento. Cuando los sindicatos vieron que el crecimiento del movimiento popular era tan grande en la coordinación, optaron por aglutinarse aparte, como centrales sindicales.³¹

En otros casos las organizaciones “de masas” se definían y estructuraban desde el partido (desde cada uno de los diferentes partidos existentes), dando origen a los conocidos “frentes de masas”, desde dónde cada partido buscaba organizar a los distintos sectores sociales: estudiantes, campesinos, cristianos, mujeres, etc., para dirigirlos, cuestión que –entre paréntesis- se entendía como la resultante de

³¹. Ceballos, José, tomado de *Construyendo poder desde abajo* (de mi autoría), Ediciones Debate Popular, Santo Domingo, 1994, p. 45 (también edición digital en: www.rebellion.org).

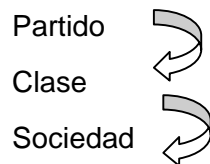
ocupar los cargos de dirección de estas organizaciones³² para así imponer desde arriba una determinada orientación política a las organizaciones de masas, creyendo que –mediante tales métodos–, las definiciones y prácticas de estos, resultarían afines a las concepciones estratégicas de (cada uno de) los partidos. La construcción era –en lo fundamental– desde arriba, desde afuera, y en relación jerárquico-subordinante desde el partido a la clase, y de allí el resto de las clases y sectores sociales y sus organizaciones.

Para facilitar la explicación de esta lógica, generalmente represento esto del siguiente modo:

ESQUEMA PIRAMIDAL JERÁRQUICO-SUBORDINANTE:³³



De arriba hacia abajo –según tales concepciones–, se conformaba la conciencia, la ideología, el saber (y la verdad) y, consiguientemente, también la “firmeza revolucionaria”; la lógica resultante era:



- c) La transformación social radical de la sociedad tiene como condición la conquista (o el asalto) del poder político: problema fundamental de toda lucha revolucionaria. Con ello se resuelve la contradicción principal: se elimina la propiedad privada y el antagonismo entre clases. A partir de allí –automáticamente– se resolverán todas las contradicciones (secundarias), dado que –en este supuesto–, su existencia dependía de un modo u otro de la

³². La política y lo político se reducían a la maniobra requerida para ocupar las posiciones, lo que en ocasiones no poco frecuentes conducía a disputas verbales y agresiones físicas, de las cuales quedaban al margen los representados, los verdaderos protagonistas, a quienes se les dejaba –si acaso– el derecho de aplaudir.

³³. Este esquema, como otros que aparecen en este texto, se corresponde con los que habitualmente he trazado en los papelógrafos a la hora de presentar estas hipótesis en conferencias de intercambio con los actores sociopolíticos.

existencia de la contradicción fundamental. O sea, la transformación de la sociedad resulta una suerte de consecuencia secuencial objetiva de un acto: la toma del poder. La conciencia, entendida como reflejo (de la realidad objetiva), cambiaría también “automáticamente” al cambiar el objeto reflejado; el “hombre nuevo” crecería espontáneamente en las sociedades revolucionadas.

HIPÓTESIS FUNDAMENTALES

Polemizando con los planteamientos anteriormente presentados –de un modo muy breve- resumiría en nueve, las hipótesis fundamentales que sostengo:

1.

Los sujetos se constituyen (o mejor dicho, se auto-constituyen) como tales sujetos en el proceso mismo de la transformación social, cuyo primer paso es disponerse a emprenderla. Es decir, que el ser sujeto no es una condición anterior al proceso de transformación; es en el proceso mismo que se revela esa condición de sujeto latente, en estado potencial, en los oprimidos.³⁴

De ahí también, que la subjetividad de los sectores interesados o potencialmente interesados en la transformación social, particularmente su conciencia política, su conciencia histórica,³⁵ resulte un componente imprescindible a tener en cuenta al pensar los sujetos, para hacerlo con los sujetos.

Sin sujeto no hay transformación social posible y no hay sujetos sin sus subjetividades, sin sus conciencias, sus identidades, sus aspiraciones, sus modos vivenciales de asumir (internalizar, subjetivar, visualizar, asimilar, cuestionar o rechazar) las imposiciones inerciales del medio social en el que viven. Hacer referencia a los actores sujetos implica, por tanto, tomar en cuenta sus subjetividades concretas, y esto apunta también a rechazar las tesis que sostienen la existencia de un sujeto *a priori* de su relación interpelativa con el medio social en que este se desempeña. El –llegar a- ser sujeto es una resultante (de otras múltiples resultantes articuladas y yuxtapuestas) de la propia actividad teórico-práctica de los actores sociales, que supone un cierto grado de reflexión-distanciamiento críticos de su propia existencia.

³⁴. A ello se refiere Franz Hinkelammert, entiendo, cuando señala que: “El llamado a ser sujeto se revela en el curso de un proceso: Por eso, el ser sujeto no es un *a priori* del proceso, sino resulta como su *a posteriori*. El ser humano como sujeto no es ninguna sustancia y tampoco un sujeto trascendental a priori. (...) Se revela entonces, que el ser sujeto es una potencialidad humana y no una presencia positiva.” (*El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, 2002, p. 349.)

³⁵. Entre los autores que tratan también estos temas, puede consultarse a Hugo Zemelman, en su texto: *Necesidad de conciencia*, Anthropos, Barcelona, 2002, pp. 72-81.

Como dice Hinkelammert, el sujeto se revela como ausencia que grita; está presente como ausencia. Hacerse sujeto es responder positivamente a esa ausencia, porque esa ausencia es a la vez una exigencia. Y en tanto responde, el ser humano es parte del sistema, como actor.³⁶ En tanto sujeto, está enfrentado al sistema, lo trasciende. Como señala Dussel,

...el sujeto aparece en toda su claridad en las crisis de los sistemas, cuando el entorno – para hablar como Luhmann- cobra tal complejidad que no puede ya ser controlado, simplificado. Surge así *en y ante* los sistemas, en los diagramas del Poder, en los lugares *standard* de enunciación, de pronto, por dichas situaciones críticas, (...) mostrando su irracionalidad desde la vida negada de la víctima. Un sujeto emerge, se revela como el grito para el que hay que tener oídos para oír.³⁷

En este sentido, podríamos tomar las palabras de Wittgenstein -aunque no es el que él le adjudicó-, cuando afirma que *el sujeto es el límite del mundo* (que existe), a la vez que *anticipación* del otro (que imagina y construye).

2.

Ser sujeto de la transformación supone algo más que ser “portadores de estructuras”; no es una condición propia de una clase que se desprenda automáticamente por su posición (objetiva) en la estructura social y su consiguiente interés (objetivo) en los cambios. Es menester que cada uno de los potenciales sujetos reconozca e internalice esa su situación, e interpretándola críticamente, desee cambiarla a (lo que considera) su favor y se disponga a hacerlo, trazando para ello sus objetivos y emprendiendo acciones –entre ellas la de construir organizaciones- encaminadas a conseguirlos. Se requiere del interés subjetivo (activo-consciente), de esas clases o grupos.

No hay trasposición mecánica de la realidad a la conciencia; ésta no es simple reflejo al interior del ser humano de un mundo así considerado exterior; es una construcción objetivo-subjetiva desde la interioridad del sujeto, que se constituye como tal otorgándole un sentido propio a los acontecimientos “objetivos” que, en tanto son pensados como tales desde los posibles sentidos de los sujetos –que no son uniformes-, resultan un espacio de permanente disputa entre diversos sentidos de diferentes sujetos que buscan afirmarse (constituirse) como tales en un proceso histórico permanente de construcción de sentidos.

El explotado, por ejemplo, por el hecho de ser explotado no está necesariamente interesado en cambiar su situación de explotación, tiene, en primer lugar, que tomar conciencia de su condición de explotado, de quiénes son los que lo explotan y porqué, y esto tampoco basta. Es necesario que quiera revertir esta situación a su favor (según sus deseos, aspiraciones, sueños e intereses). Recién entonces entra en discusión cuáles son los cambios que anhela, si éstos son posibles o no, y las búsquedas de medios para

³⁶. Hinkelammert, Franz, *Ibidem*.

³⁷. Dussel, Enrique, *Ética de la Liberación*, Editorial Trotta, Madrid, 1998, p. 523.

realizarlos. O sea, la noción de sujeto alude, sobre todo, a la existencia de una conciencia concreta de la necesidad de cambiar, a la existencia de una voluntad de cambiar y a la capacidad para lograr construir esos cambios (dialéctica de querer y poder).

Y esto tampoco basta. Este proceso ocurre como una suerte de pelea entre múltiples tendencias yuxtapuestas, de muy diversos signos, cada una de las cuales lucha por imponerse sobre las demás como la tendencia dominante, definiendo el rumbo. Esto quiere decir, por ejemplo, que las alternativas siempre son varias, que las soluciones son diversas; una finalmente se impone, pero ello no indica que sea la única posible (ni que las fuerzas que la sostienen sean las dueñas de la verdad; no siempre las causas justas vencen en la primera vuelta, ni las derrotas indican ausencia de razón). Tampoco puede garantizarse por adelantado que sea tal o cual la salida que se impondrá. No hay garantías ni antes, ni después, ni durante; es una pulseada constante de fuerzas, de sentidos, de viejos y nuevos impulsos sociales. De ahí que tener la mente abierta a los cambios, a lo nuevo (desconocido) que constantemente emerge, para captarlo y aprovecharlo creativamente, resulta entre los retos y requerimientos de la actualidad.

3.

En Latinoamérica no existe hoy ningún actor social, sociopolítico, o político que pueda por sí solo erigirse en sujeto de la transformación; este resulta necesariamente un plural-articulado que se configura y expresa como tal sujeto en tanto sea capaz de interarticularse, constituyéndose en sujeto popular.

Nuestras sociedades complejas desafían nuestra creatividad y, toreando el pensamiento eurocéntrico, llaman a analizar la problemática del sujeto (de los actores-sujetos) dando cuenta –además de nuestra diversidad étnica, socioeconómica y cultural-, de la actual fragmentación social existente producto de la aplicación del modelo neoliberal.

a) En el debate y las reflexiones actuales acerca del sujeto sociopolítico de la transformación social no basta con buscar y encontrar pistas tendentes a subsanar la fractura entre clase obrera y partido de la clase; hoy no basta con proponerse (y lograr) la re-articulación del “brazo industrial” con el “brazo político”; los partidos “de la clase” no solo nacieron aquí separados de la clase, sino también del pueblo (indio, negro, mulato, mestizo, criollo) oprimido, explotado y marginado de nuestras sociedades, integrantes también del sujeto potencial de las transformaciones sociales radicales en los países latinoamericanos. En tal sentido, el desafío actual pasa por eliminar la fractura partido-clase, anudada simultáneamente a la superación de la fractura histórica entre partido-clase-pueblo(s). Ellos se articulan a partir de dos factores fundamentales a tener en cuenta:

--Uno, por la transformación-ampliación del proletariado, que hoy más que nunca antes trasciende las fronteras de la clase obrera industrial.

La condición de proletario –como he mencionado-, nunca se limitó a la clase obrera industrial, y fue precisamente Federico Engels, estudioso de la realidad de la clase obrera

en Inglaterra, quien se preocupó en su época de aclararlo, posiblemente previendo miradas reduccionistas:

El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y no del rédito de algún capital; es la clase, cuyas dicha y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo, es decir, de los períodos de crisis y de prosperidad de los negocios, de las fluctuaciones de una competencia desenfrenada. Dicho en pocas palabras, el proletariado, o la clase de los proletarios, es la clase trabajadora del siglo XIX.³⁸

Con el desarrollo de la industria, de las tecnologías, con la informatización de los procesos productivos y la conformación de los grandes grupos empresarios transnacionales de la producción, distribución y comercialización de los productos, con la fractura del proceso productivo y su organización interna, la obtención de plusvalía se modificó haciéndose más amplia en calidad y cantidad. Por un lado, arrojando del proceso productivo a millones de trabajadores ahora “inservibles” para el metabolismo del capital, y por otro, proletarizando más a grandes capas de profesionales, especialistas e intelectuales vinculados a la producción y reproducción del capital a escala local, regional o global. De ahí también que la lucha contra la enajenación resulte una necesidad (y tarea) de cada vez más amplios sectores sociales proletarios, aunque no directamente obreros, ni obreros de la producción.

Pero el viejo y nuevo proletariado también resultan fragmentados por la globalización neoliberal y necesitan articularse interiormente, y a la vez con otros sectores sociales. En esa articulación -que supone en realidad un proceso de articulaciones sucesivas, multidimensionales y yuxtapuestas-, la clase obrera desempeña un papel central, organizador y catalizador centrípeto como así también promotor de otros nodos organizativos con los cuales también buscará concertar, articular.

Ahí el sentido cabal del concepto de “centralidad de la clase” que empleo para referirme a uno de sus principales roles políticosociales. Y esto es clasismo hoy: ser coherentes con las responsabilidades y las tareas históricas de la clase hoy, generar un polo o núcleo de articulación y organización del tejido social y sus actores proyectándolos hacia metas superiores de transformación radical de la sociedad, sobre la base del cumplimiento inicial de urgentes tareas de sobrevivencia, a la vez que remontándose sobre ellas en proyección hacia la construcción –en plenitud de capacidades- del ser nacional que reclama, en primer lugar, la defensa de la vida y también -encadenada a ella-, la liberación.

Es decir que, en este sentido, cuando se habla de sujeto sociopolítico de los cambios, se hace referencia, en primer lugar, a una articulación que –conteniendo a la clase, a partir de ella- abarca al conjunto de sectores oprimidos, explotados, discriminados y excluidos por el sistema, considerándolos también potencialmente capaces de constituirse en sujetos a partir de su intervención en el proceso de resistencia y lucha por la sobrevivencia, que se

³⁸. Engels, Federico, “Principios del comunismo”, *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, T1, Moscú, 1976, p. 82.

anuda radicalmente con la transformación del sistema que estructura las actuales sociedades latinoamericanas.

--En segundo lugar, esto se relaciona de modo directo con las problemáticas y tareas que ese sujeto en proceso de constitución tiene que enfrentar, que lo lleva a tomar conciencia de la necesidad de cambiar integralmente la realidad en la que vive, y a proponer nuevas bases sobre las cuales va a reorganizar la sociedad en la que desea vivir.

La destrucción-desestructuración de los sistemas productivos y de las sociedades todas, fragiliza al máximo nuestras –ya de por sí frágiles- soberanías nacionales y transforma a nuestros territorios en bienes hipotecarios del FMI, que respaldan –anunciando la rapiña- los préstamos de la deuda externa impagable e incobrable, a esto se suma ahora el peligro del anexionismo contenido en el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). Esto hace que lo nacional se reubique como problemática central de la lucha, convocando a la clase y al pueblo a constituirse en protagonista de su defensa y re-invenición.

Los procesos actuales de resistencia y lucha populares se centran en la defensa de la vida que –en este momento, en este continente- significa defensa de la tierra, del agua, de los bosques, de las fuentes de carbón, de petróleo, y del aire mismo, y todo esto presupone la defensa-recuperación de la soberanía de la nación y de la nación misma (en el grado y realidad en que estas hayan existido), reinventándola simultáneamente. Tareas del pueblo todo y de la clase, en tanto ello solo será posible de alcanzar y afianzar con la eliminación de la lógica de la reproducción ampliada del capital, tarea en primer lugar, de la propia clase directamente explotada por el capital (y su negatividad directa), que en esta hora se entrelaza radicalmente con la lucha nacional.³⁹ Se trata de una tarea de liberación colectiva, humana, sin fracturas. Habrá que ver sí, en cada caso, los ritmos y las dimensiones locales, regionales e internacionales que intervienen en el proceso, y la profundidad y alcance de sus definiciones y transformaciones.

b) A la hora de pensar en los potenciales sujetos de la transformación en América Latina, es necesario tener en cuenta –además de la fractura histórica partido-clase-pueblo(s)-, el actual proceso de fragmentación y sub-fragmentación⁴⁰ social que se ha producido (y continúa) en nuestras sociedades con la implementación del modelo neoliberal, junto a transformaciones profundas en el sistema productivo, en el modo de vida y organización social y en la cultura.⁴¹ Hoy puede notarse nítidamente la existencia de un

³⁹. La lucha es políticosocial aun en el caso supuesto de que fuera solo lucha de clases. El pueblo (articulado) es potencial sujeto, por el contenido de las transformaciones. En primer lugar, la defensa de la nación a la vez que de su reinvenición para que pueda sobrevivir y desarrollarse en un mundo globalizado e interdependiente. En segundo –e interpenetrado con lo anterior-, porque las tareas nacionales (que son a la vez internacionales) solo serán posibles si se dan anudadas a un proceso de liberación del capital (global), esto es, de lucha contra la enajenación, cuestión que trasciende –como vimos- a los obreros, abarcando al conjunto de los sectores sometidos a ella por el capital.

⁴⁰. Fragmentaciones al interior de los fragmentos, en primer lugar, de la propia clase.

⁴¹. La categoría “modo de producción” va mucho más allá de una estructura económica; a partir de ella, Marx señala la conformación sistémica de un determinado “modo de vida” (totalidad social integrada).

quiebre profundo del modo de ser y de vivir de nuestras sociedades, que se expresa en la destrucción del sentido mismo de sociedad y de Nación.

Con la atomización explosiva y centrífuga de las sociedades se inicia una época de crisis social generalizada y creciente que se instala con fuerza, en primer lugar, en el seno familiar, donde la carrera por la sobrevivencia quiebra los roles tradicionales adjudicados culturalmente (por el poder) al ser hombre y al ser mujer, impactando de múltiples formas y sentidos a la vida familiar y social.⁴²

Las organizaciones sociales reivindicativas resultan impactadas directamente por esta situación, en primer lugar, las organizaciones sindicales, debido a la reducción cuantitativa de la clase obrera, a su fragmentación al interior de una misma rama productiva, y a la coexistencia de distintos modos de producción en una misma sociedad. La reducción del aparato productivo hasta su virtual desintegración, junto a la innovación tecnológica y a las nuevas formas de organización del trabajo, implica una creciente desocupación; la lucha por conservar el empleo hace renacer con fuerza el individualismo, a la vez que se va imponiendo en detrimento de la defensa de los derechos de los trabajadores y de las luchas por nuevas conquistas, las que, prácticamente, desaparecen de los escenarios de las luchas sociales.⁴³

La condición defensiva penetró tanto en el movimiento obrero, que incluso la sindicalización dejó de guardar relación con la clase real. Vía desocupación, ausencia de convenios colectivos, chantaje patronal, y aplicación del subempleo y empleo “en negro”, las organizaciones sindicales vieron disminuir la cantidad de afiliados en forma considerable.⁴⁴ Aferradas a un tipo de trabajador y a un esquema de relaciones entre el capital y el trabajo que ya no existe, dejan de representar a la clase real, que no se limita a los trabajadores con contrato laboral y derechos protegidos, sino que abarca a los trabajadores con nuevo régimen de contratación, a los trabajadores “en negro”, semiocupados, a los subcontratados, a los trabajadores por cuenta propia expulsados del sistema productivo, y a los desocupados por esta situación, considerados -en tal sentido- por nuevas organizaciones sindicales,⁴⁵ como trabajadores sin empleo.⁴⁶

⁴². Sobre el particular puede consultarse el libro de mi autoría, *Genero y Pobreza*, con reflexiones sobre la base de estudios realizados en barrios dominicanos. Ediciones Pasado y Presente XXI-UNESCO, Santo Domingo, 2002. Y el texto: “Mujeres piqueteras: el caso de Argentina”, publicado en: *Globalización económica e identidad de género*, UNESCO –IUED-DDC, Ginebra, 2002, pp. 107-123.

⁴³. El rediseño estratégico del aparato productivo en cada país y a nivel global, implicó la pérdida de interés económico del mercado interno y, consecuentemente, del salario como realizador de las mercancías. La formación de grupos empresarios, la tercerización del proceso productivo, la capacidad de transportación rápida de producciones de una región a otra en un mismo país, e incluso de un país al otro, modificaron de raíz el poder –económico, social y político- de la clase obrera. Parar la producción mediante huelgas, por ejemplo, dejó de ser un método de lucha incuestionable, pues en determinadas situaciones podía incluso ser útil a los intereses de la empresa.

⁴⁴. En Argentina, por ejemplo, entre cerca de 13 millones de trabajadores, los sindicalizados apenas se acercan a los 3 millones.

⁴⁵. La Central de Trabajadores Argentinos se cuenta entre las primeras organizaciones sindicales –quizá por ser parte ya de una respuesta organizada de la clase a la irrupción devastadora del neoliberalismo-, que reconoce

Atomizada, la clase existe hoy diversificada en distintas categorías y estratos. Y si es heterogénea en su modo de existencia también lo será en sus problemáticas, en sus modos de organización, representación y proyección. Su identidad fragmentada reclama también ser reconstruida sobre bases –nuevas- que den cuenta de su situación actual.

En número creciente, segmentos importantes de la clase, ahora desplazada y desocupada, desempeñan la mayor parte de su vida en los territorios de sus barrios (viejos o nuevos), o en zonas rurales y semi-rurales adonde han emigrado, desde donde se replantean su resistencia y sus luchas, y –sobre esta base-, su ser, su identidad como trabajadores. En la realidad actual boliviana,

¿Quiénes son los cocaleros?, en número considerable, ex mineros, despedidos de las minas, que van al Chapare, o ellos o sus hijos, que vivieron la represión en las minas, las masacres.. que llevaban mucho adentro.⁴⁷

Los movimientos barriales populares de las zonas urbanas tienen entre sus mayores referentes fundacionales o activos a hombres y mujeres con experiencia de lucha y organización sindical correspondiente a su “época de trabajadores” con empleo, que –reivindicándose como trabajadores- hacen del territorio donde viven su nuevo ámbito de resistencia, lucha, organización y propuesta de transformación de la sociedad. De ahí que no resulte extraño escuchar entre ellos, por ejemplo, que hoy “la nueva fábrica está en el barrio”.⁴⁸ La defensiva ante la impronta de la lucha por la vida se combina necesariamente con la cada vez más necesaria ofensiva dirigida a transformar desde la raíz su situación de exclusión o quedar entrampados en ella. (Los trabajadores urbanos en lucha por un empleo estable y la refundación de una estructura productiva que lo haga posible; los campesinos bolivianos, por el derecho al cultivo de la hoja de coca –tradición cultural de los pueblos indígenas de la zona andina-, que supone también la lucha contra la injerencia norteamericana en la región (“Plan Dignidad”); los campesinos sin tierra de Brasil, en busca de una reforma agraria que ponga fin a los grandes latifundios improductivos y entregue esas tierras a los trabajadores sin tierra, con lo cual intervienen también nacionalmente convocando a una discusión nacional sobre la tierra; los indígenas ecuatorianos y los

por igual como trabajadores, a los trabajadores que tienen empleo y a los que no lo tienen, y sella esto en sus bases fundacionales y en sus estatutos, mediante la afiliación directa y plena de todos y cada uno de los trabajadores, independientemente de su condición laboral actual. Como señala Víctor De Gennaro, su Secretario General: “No será la patronal la que decida quienes son trabajadores y quienes no, quienes nos representan y quienes no; ese es nuestro derecho y debemos ejercerlo.”

⁴⁶. Desempleo no estructural, según el economista argentino Claudio Lozano, porque no se corresponde con deficiencias estructurales, sino con modificaciones externas al desarrollo productivo que –sin responder a la lógica propia de su desarrollo, por el contrario, lo han atrofiado, desarticulando, desintegrando y desregulando lo que quedaba, destruyendo lo que –según esa lógica se consideraba “población obrera sobrante”, es decir, desocupados, trabajadores sin empleo.

⁴⁷. Manuel Morales, integrante del Equipo Económico del MAS, Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos. Entrevista realizada por mí en 2003. Inédita.

⁴⁸. Ver, Rauber, Isabel, *La Argentina de los piquetes*, Documentos desde abajo, Colombia, 2003, p.16.

sectores populares urbanos, en lucha por su derecho a ser –colectivamente-, protagonistas de su historia; igual los pueblos de Chiapas, de Perú, de Guatemala, etcétera).

En procesos de resistencia a las políticas de muerte, en lucha por la vida -que significa trabajo, pan, salud y educación-, han emergido problemáticas específicas de los distintos sectores (fragmentos) sociales y ellos mismos se han constituido y han sido visualizados socialmente como actores sociales.

Actores sociales serían todos aquellos grupos, sectores, clases, organizaciones o movimientos que intervienen en la vida social en aras de conseguir determinados objetivos propios sin que ello suponga precisamente una continuidad de su actividad como actor social, ya sea respecto a sus propios intereses como a apoyar las intervenciones de otros actores sociales. Existe una relación estrecha entre actores y sujetos sociales: todo sujeto es un actor social, pero no todos los actores llegarán a constituirse en sujetos. Los actores tienden a constituirse en sujetos en la medida que inician un proceso (o se integran a otro ya existente) de reiteradas y continuas inserciones en la vida social, que implica -a la vez que el desarrollo de sus luchas y sus niveles y formas de organización-, el desarrollo de su conciencia.

Estrictamente hablando, cada uno de los actores, aisladamente, no puede llegar a ser sujeto. El concepto sujeto, en este sentido, en tanto sujeto de la transformación del todo social, presupone la articulación de los distintos actores comprometidos en ella (además de las articulaciones que tienen lugar al interior de cada sector social o movimiento); es, por tanto, plural y múltiple. Replantea los criterios tradicionales en cuanto a su organización interna, en el desarrollo de nuevas relaciones entre sus miembros: no jerárquico-subordinantes sino horizontales; exige el respeto a las diferencias y, todo esto, la profundización de la democracia sobre la base del protagonismo y participación plena de cada uno. Por ello, lejos de aceptar el divorcio entre lo social y lo político, afirma su indisoluble nexo constituyéndose como sujeto (y actores) sociopolítico(s).⁴⁹

Estos actores conforman nuevas identidades y sentidos de pertenencia en la misma medida en que -en lucha por la sobrevivencia y transformación de la realidad en que viven-, van desarrollando un crecimiento de conciencia y organización, es decir, en la medida en que van asumiéndose como protagonistas conscientes de su historia.⁵⁰

Tanta dispersión y fragmentación de identidades, realidades, pertenencias, preferencias, imaginarios y aspiraciones –entre otras cuestiones-, apunta como imposible que uno solo de los actores sociales, sociopolíticos, o políticos, pueda erigirse en representante del conjunto. Influye en ello -además de las fracturas señaladas-, la que

⁴⁹. Habitualmente, en las Ciencias Sociales se emplea el concepto sujeto para señalar o referirse a las fuerzas sociales potencialmente interesadas en la transformación social de una sociedad dada, es decir, a los sujetos potenciales del cambio; estos se identifican y definen aquí, más específicamente, como actores sociales.

⁵⁰. Como característica distintiva de estos actores sociales puede destacarse el hecho de que no delegan su capacidad de análisis de su realidad y la decisión de su quehacer en organizaciones externas a la suya propia; para ellos ya no hay partidos dirigiendo al movimiento desde afuera, sino actores sociopolíticos igualmente aptos para pensar su realidad y decidir cómo y cuándo actuar en consecuencia.

existe entre lo social y lo político, entre lo reivindicativo y lo político, entre los actores sociales y las organizaciones político-partidarias, poniendo de manifiesto – combinadamente-, una crisis profunda de representación.

La pérdida de poder de la clase obrera, el carácter defensivo de sus luchas, y la crisis de representación y legitimidad de sus organizaciones sindicales, se combina con la ausencia de referentes orgánicos del movimiento, con la crisis de las organizaciones políticas en general y de izquierda en particular, es decir, con la ausencia o debilidad de los posibles referentes políticos de la clase.

Y todo esto pone en tela de juicio, una vez más, la concepción o el paradigma instalado en el pensamiento marxista predominante acerca del sujeto (social y político) del cambio. Las interrogantes colocadas serían: ¿Se puede hablar de sujeto del cambio en sociedades tan fragmentadas socialmente? ¿Hay un sujeto o son varios?, ¿quién o quiénes lo representan o referencian? ¿Cómo recomponer el sujeto fragmentado? ¿Qué relación guardan los actores sociales con los partidos políticos de izquierda?, ¿se trata de un sujeto social diferenciado del sujeto político?, ¿son dos sujetos o uno solo?

La posibilidad de existencia de un sujeto pasa por la capacidad de los actores sociales de rearticular los fragmentos aislados, en proceso de constitución de los actores y el pueblo en sujeto colectivo. Ello implica articular la diversidad y multiplicidad de problemáticas (políticas, sociales, culturales, étnicas, etc.), de experiencias e identidades, en aras de conformar un todo (plural, diverso, articulado) capaz de consensuar objetivos comunes, de darse las formas organizativas necesarias para actuar eficientemente (con organización, participación, propuesta y conducción) en pos de conseguirlos, y de plasmar todo ello en un programa políticosocial capaz de hacerlo realidad, dentro de un proyecto de futuro diseñado colectivamente. Supone reconocer de hecho y en los hechos, que el sujeto solo puede ser sociopolítico, no solo por re-articular o proponerse re-articular el brazo político con el brazo industrial, el sujeto político con el sujeto histórico, sino porque –sobre esa base como punto de partida fundamental y central-, su existencia es un resultado (a la vez que condicionante) de la articulación del conjunto de los fragmentos sociales –en primer lugar a través de los actores sociopolíticos-, para constituirse colectivamente en sujeto popular⁵¹ de la transformación de la sociedad, definición colectiva de proyecto e instrumentos orgánicos mediante.⁵²

No es posible concebir que se pueda ser sujeto de un modo esquizofrénico: compuesto por un sujeto que tiene conciencia, que sabe y dirige (manda), y otro dependiente del primero para ser conciente, saber y actuar (obedeciendo). El ser sujeto indica plenitud de capacidades y facultades, junto al ejercicio protagónico de las mismas, sin tutelajes.

⁵¹. Sujeto social-político-histórico (en el sentido de constituirse en un proceso histórico concreto).

⁵². Esto es importante porque el criterio de que política es relación entre clases, se redujo tanto que se dejó de lado el hecho de que la política –como actividad política- impregna todo el tejido social. Se desconoció la amplitud de su independencia relativa.

Cuando se habla de sujeto popular del cambio se alude a un sujeto sociopolítico múltiple y diverso, unificado a través de un proceso de articulación (y re-articulación) orgánica que potencia el proceso de constitución de los actores sociopolíticos en sujeto popular, categoría que da cuenta precisamente de esa su condición plural (articulado). Esto habla de su carácter doblemente heterogéneo, por un lado, en lo que hace a su constitución, sobre la base de la articulación de diferentes actores, clases, sectores sociales; y por otro, porque esa articulación ocurre también –y se asienta- al interior de cada uno de los fragmentos, sectores, clases, etc., tal como he explicado, por ejemplo, en el caso de la clase obrera. Y esta heterogeneidad no es un fenómeno cuantitativo y formal, al contrario, expresa condensadamente las huellas de la crisis en las subjetividades de cada cual, en sus identidades, llamadas también a ser articuladas. Y esto habla de respeto a las diferencias, de tolerancia y de democracia entendida como pluralidad y –sobre esa base- participación.

Convergentemente con ello, el concepto sujeto hace referencia también a lo fundamental, a lo clave, a lo realmente condicionante y decisivo de todo posible proceso de transformación: se refiera a los hombres y mujeres que viven en el pueblo -en sus diferentes micromedios, grupos sociales y contextos-, y sienten la ausencia de la que habla Hinkelammert; con su participación cuestionadora y enfrentamiento protagónico al sistema decidirán (irán decidiendo) cuáles cambios habrán de hacer, y los llevarán a cabo sobre la base de su voluntad y determinación de participar en el proceso. Ellos intervienen a partir de sus conocimientos y experiencias históricas en igualdad de derechos de participación, de un modo en el que “lo espontáneo” es apenas una magnitud relativa. Y esto será así, en la medida en que sean ellos quienes identifiquen a la transformación como un proceso necesario para sus vidas y –sobre esa base- se decidan a realizarla (decidiéndose a su vez –aunque no se lo propongan así- a constituirse en sujetos).

“En esta perspectiva la liberación llega a ser la recuperación del ser humano como sujeto.”⁵³ Y esto implica participar en la definición del rumbo y el alcance de esas transformaciones, y también de las vías y caminos de acercamiento a los objetivos, en la medida en que vayan construyendo las soluciones, construyendo y acumulando poder, y organización colectiva capaz de conducir al conjunto a la vez que construyen el proyecto y se autoconstituyen⁵⁴ como sujetos.

4.

La conciencia política de clase, de pueblo oprimido, de nación del Tercer Mundo, etc., no le viene dada a los “portadores” desde el exterior; los propios actores-sujetos concretos van adquiriendo -proceso de reflexión crítica mediante- esa conciencia en la

⁵³. Hinkelammert, Franz, *Op. Cit.*, p. 348.

⁵⁴. Que no significa que se alcance espontáneamente, es decir, sin mediar procesos de formación y reflexión colectivas impulsados por los propios actores-sujetos, anudados al propio proceso transformador que deviene, en este sentido, un proceso pedagógico político colectivo.

misma medida que la van construyendo, a través de su intervención directa en el proceso de lucha por sus reivindicaciones sectoriales y generales. Esto quiere decir, en primer lugar, que la conciencia política no es el reflejo (subjetivo) mecánico de las estructuras económicas (objetivas); en segundo, que la conciencia política no puede ser “introducida” en las personas (ni inculcada o impuesta); y en tercero, que la modificación de la conciencia social de los actores-sujetos depende de su intervención en la vida social, que las clases, los grupos o sectores sociales, los individuos, alcanzan un determinado grado de conciencia político-social (y pueden avanzar en su desarrollo), mediante su participación plena en el proceso de transformación social, y reflexionando crítica y colectivamente acerca de sus logros y fracasos o deficiencias, componente muy importante del proceso de construcción de la conciencia colectiva.

La conciencia -el tener conciencia política-, no puede entenderse entonces como una condición que puede “instalarse” en cada sujeto individual desde el exterior de sus modos y condiciones de vida, de sus formas de organización (o no), y de su participación en las luchas.⁵⁵ La concientización es obra de los propios actores-sujetos que se concientizan a sí

⁵⁵. Esto introduce en la polémica al Lenin del *¿Qué hacer?*, cuando asume la postura de Kautsky y su convicción de que: “La conciencia socialista moderna solo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pues *el portador de la ciencia* no es el proletariado, sino la *intelectualidad burguesa* (subrayado por Kautsky en el original); es el cerebro de algunos miembros de ese sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido luego a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuáles lo introducen seguidamente en la lucha de clases del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella. De acuerdo con ello (...), es tarea de la socialdemocracia [el partido de la clase en aquel entonces] introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases.” (*Obras Completas*, Editorial Progreso, Tomo 6, p.42.).

Kautsky emplea la expresión “automáticamente” en el sentido de reflejo, y por tanto combate la creencia espontaneísta de que la conciencia se obtendrá “automáticamente” (como reflejo en la conciencia) de las condiciones de vida y las luchas de clases. Y en ese sentido tiene razón, solo que no necesariamente –como lo demostró la experiencia histórica de las luchas obreras y populares-, las tendencias espontaneístas se superan con la suplantación de los protagonistas. Al contrario, resulta una razón mayor para convocar a los trabajadores y el pueblo a que asuman ese su rol protagónico, que empieza, obviamente por su ser conciente (proceso colectivo crítico-reflexivo sobre las experiencias de vida y de lucha de cada sector, actor social o colectivo de acortes sociales, mediante).

Cuando Lenin retoma las propuestas de Kautsky, en mi opinión, está señalando dos fenómenos: Por un lado, que la formación histórica de los componentes científicamente argumentados acerca de la necesidad de la lucha de clases y del papel de los obreros en ella, se realizó por intelectuales (como Marx y Engels) no pertenecientes a la clase. “Hemos dicho –subraya Lenin- que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Ésta sólo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. (...) // Así pues, existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida consciente, como una juventud revolucionaria que, pertrechada con la teoría socialdemócrata, pugnaba por acercarse a los obreros.” (*Op. Cit.*, pp. 32-33)

mismos en el proceso de cuestionamiento-transformación de su realidad, sobre todo, en el proceso de reflexión y maduración colectiva acerca del mismo.⁵⁶

Precisamente por ello, una de las más importantes tareas políticas en este sentido, consiste en promover actividades de reflexión colectiva acerca de las prácticas comunes, sobre las experiencias acumuladas, para promover la construcción de conciencia colectiva, que solo puede ser posible si articula conocimientos y pensamiento crítico sobre la propia práctica de resistencia, lucha y transformación de los actores sociales involucrados en el proceso (y diseñadores del mismo).

Este proceso teórico-práctico de toma de conciencia política –que a su vez lo es también de producción de saberes-, deviene entonces, simultáneamente, un proceso de construcción de nuevos valores ético-morales, de construcción y acumulación de hegemonía popular, de construcción y acumulación de poder y de actores sujetos, porque confirma, esclarece y ancla en las conciencias el significado social y ético de esas prácticas comunes.⁵⁷ Y como esto solo puede ser realizado a partir de las condiciones concretas de vida y del territorio donde actúan y se desarrollan los actores-sujetos involucrados en él, resulta, por tanto, un proceso íntimamente vinculado a lo cotidiano y a lo reivindicativo.

Y esto ocurrió realmente así, solo que –a mi modo de ver- fue absolutizado y extrapolado luego para todas las épocas en términos de sentencia que justificaba la supremacía de los intelectuales (del partido) por sobre la experiencia concreta de lucha de la propia clase. Pero no era eso lo que Lenin sostenía exactamente; él mismo, en *El izquierdismo...* subrayó con toda claridad que: “Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aun una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella, de modo que resulten incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello **se precisa la propia experiencia política de las masas.**” [“La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, *Obras Completas*, T 31, Editora Política, La Habana, 1963, p. 88. (Negritas de I.R.)]

Por otro lado, hay que tener en cuenta el estado del desarrollo del capitalismo en Rusia (y del capitalismo como sistema, en general) en la época de Lenin: la mayoría de los trabajadores provenía del campesinado desplazado de sus tierras, con muy altos índices de analfabetismo. Considero que esto no puede perderse de vista al leer sus “sentencias” acerca de la clase y la conciencia de clase. No puede pedírsele a Lenin (o al propio Marx), que piensen, por ejemplo, como Paulo Freire, cuya revolución pedagógica fue posible también –además de su genialidad y sensibilidad individual- por la experiencia sociopolítica acumulada por las luchas de la clase obrera y los pueblos indo-afro-latinoamericanos y del mundo.

⁵⁶. El concepto “autoconcientización” indica, precisamente, que la toma de conciencia es un proceso interior e intersubjetivo, es decir, que se produce mediado por la actividad (práctica) de los actores sujetos. No quiere decir que sea un proceso espontáneo o que deba nacer espontáneamente de la propia gente, sino que -siendo dirigido, orientado, promovido, etc.-, no puede ser externo (ni impuesto) a los actores sociales ni a los sujetos individuales. Subrayo aquí el concepto de intersubjetividad apoyándome en lo planteado por J. Habermas: “Tenemos que devolver a ese <auto> un sentido intersubjetivo. Nadie puede ser libre por sí solo. Nadie puede llevar desconectado de los demás una vida consciente, ni siquiera su *propia* vida. Nadie es sujeto que solo se pertenezca a sí mismo.” [*La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid, 1996, Segunda edición, p. 55.]

⁵⁷. “La Ética de la Liberación es una Ética de la Responsabilidad radical, ya que se enfrenta con la consecuencia inevitable de todo orden injusto: las víctimas. Pero es una responsabilidad no solo sitémica (Weber) u ontológica (Jonas), sino pre y trans-ontológica (Levinás), porque lo es desde el Otro, desde las víctimas.” [Dussel, Enrique, *Ética de la Liberación*, Editorial Trotta, Madrid, 1998, p. 566.]

Y todo esto resulta fundamental para comprender los nexos, las transiciones e interpenetraciones que existen entre lucha reivindicativa, lucha política y conciencia política, tres elementos o niveles de lucha y conciencia intercondicionados por el proceso de transformación a través de la actividad de los sujetos-actores.

5.

La transformación de la sociedad es un proceso objetivo-subjetivo colectivo y múltiple que no puede relegarse hasta después de la “toma del poder”. No se producirá nunca transformación social alguna, estable y duradera, si no es a partir de la transformación cotidiana y radical de los hombres y las mujeres que la integran. No habrá nunca un futuro diferente al presente si no empieza a construirse desde ahora.⁵⁸ De ahí que el problema inmediato fundamental de la transformación de la sociedad no radique en tomar el poder, sino en transformar la sociedad en la dirección de los intereses populares.⁵⁹ Y esto será posible si los hombres y las mujeres que la integran desean, en primer lugar, cambiarse a sí mismos transformándose a través de su participación plena, conciente y crítica, en el proceso de transformación, en las organizaciones que ellos mismos irán creando para ello y en la definición de los objetivos a alcanzar, participando protagónicamente en el diseño de la sociedad en la que quieren vivir, que luchan para construir y luego lucharán para profundizar su construcción y desarrollo.

6.

Sujeto, poder y proyecto se interconstituyen articuladamente condicionándose unos y otros. Construcción de **proyecto**, de **poder** y constitución de **sujetos** resultan elementos estructuralmente interdependientes e interconstituyentes, cuyo eje vital se condensa sin duda en los actores-sujetos, en la capacidad y posibilidad de los actores sociopolíticos para constituirse en sujetos y, por tanto, en su capacidad de definir proyecto, de construir poder, y –a la vez- de dotarse de las formas orgánicas que el proceso de transformación vaya reclamando.

⁵⁸. Esto es asunto clave. El afán de lucha por el todo subordina el hoy de los propios luchadores no logra acumular fuerzas, y termina engrampado en la lógica del *todo o nada* que –según enseña nuestra experiencia– se tradujo en *nada*. Como reflexiona Nicolás Guevara: “...el todo o la nada es una abstracción; es la utopía global a la que se lleva el sueño por conseguir y, por conseguir el sueño, nunca se avanza en algo concreto. Se desprecia la cotidianidad, olvidando que el ser humano vive de la solución de su problema cotidiano. (...) hay que avanzar desde la cotidianidad, partir de ella para construir el sueño, y para que sintamos todos que vamos avanzando, que no nos frustremos como la generación del setenta y parte de los ochenta. (...) Lo que no se entendió es que la utopía se construye día a día y que cada día hay que ganar algo para concretarla. Y eso implica confrontar, negociar y avanzar paso a paso junto con la gente.” [*Construyendo poder desde abajo*, Op. Cit., p. 25.]

⁵⁹. Esto no niega la posibilidad o necesidad de hacerse del poder político en determinado momento de la lucha, si la acumulación de fuerzas lo permite y la dinámica del proceso de transformación lo reclama para dar un salto en el proceso. No resulta posible en este trabajo detener la mirada analítica sobre este tema; lo menciono a sabiendas de que frecuentemente suele llevar a confusiones, que no es posible analizar en este estudio.

La constitución-autoconstitución de sujetos, y la construcción-acumulación de **poder**, conforman un articulado e intercondicionado proceso que, en la medida de su maduración, implicará acercamientos de los actores-sujetos a definiciones más generales en cuanto al **proyecto** de transformación social general, cuestión que tomará más fuerza en la medida que se vaya logrando la articulación de los diferentes actores-sujetos interesados en la transformación de la sociedad. En la medida que –articulación mediante- éstos vayan madurando sus definiciones estratégicas y propositivas y construyan las formas organizativas necesarias para concretarlas, irán conformando –integral y colectivamente- el **sujeto popular** de la transformación.

Una vez más los tres grandes componentes del movimiento popular de transformación en Latinoamérica: sujeto, proyecto y poder, anuncian su presencia articulada. Ninguno de ellos puede ser, expresarse o comprenderse de modo independiente. No existe sujeto sin proyecto a través del cual este se constituya y exprese ni viceversa, y ninguno de ellos sin estrategia de poder; hablar de proyecto sin voluntad de poder, sin conciencia y actividad que -en el proceso transformador- construya y se oriente hacia él, es decir, sin sujeto, resulta una abstracción carente de sentido práctico. Lo mismo sería afirmar –de modo apriorístico trascendental- la existencia de sujetos sin proceso de transformación, sin que sean ellos –autoconstituyéndose dentro del propio proceso- los creadores del proyecto de transformación, sin que exista una voluntad real de transformación, que se organice y exprese en la actividad teórico-práctica de construcción y acumulación de poder propio.

Es por todo esto que hablar hoy de la necesidad de elaborar nuevos proyectos populares de transformación en América Latina, significa asumir también la reelaboración del pensamiento y la práctica de la transformación misma, con la participación de los propios actores-sujetos de esa transformación en cada sociedad. Es decir, implica la conformación de una nueva cultura política e ideológica en y desde los distintos sectores, grupos, clases y movimientos sociales y políticos potencialmente interesados en la transformación.

7.

La condición de sujeto es irreductible a la organización.

- a) No hay sujeto político separado e independiente del sujeto social, del sujeto histórico; el sujeto es uno, múltiple e irreductible. No hay vanguardia política sin clase política, sin pueblo político. No hay partido por encima y separado de la clase y el pueblo.
- b) El ser sujeto no es una condición que se desprenda de la organización; no es la organización la que define al sujeto sino a la inversa.⁶⁰ En otras palabras: el

⁶⁰. Entre sujeto y organización existe una relación de interconstituyentes: el sujeto se organiza para tener mayor capacidad de incidir en la realidad y para lograr determinados objetivos, y al hacerlo modifica también -y sustantivamente- su realidad de sujeto. En ese sentido, puede decirse que la organización es interconstituyente del sujeto, solo que el polo determinante corresponde al sujeto no a la organización. (Cuando se logra un

partido no es el sujeto político; no hay sujeto político que no sea a su vez sujeto social e histórico y viceversa. La organización política -que es políticosocial-, es siempre instrumento del sujeto popular para lograr sus objetivos en cada etapa.

- c) El ser sujeto es una condición que trasciende a lo organizativo (y a la organización), incluye también a los sujetos individuales en tanto protagonistas sujetos ciudadanos políticos.
- d) La organización es expresión de la identidad del sujeto, es expresión condensada de su voluntad, y su aparición y existencia implica una calidad diferente del sujeto históricamente constituido, el problema aparece cuando se enajena de su creador, cuando se le opone y pretende pasar de instrumento a sujeto.

La experiencia histórica enseña que el énfasis en lo organizativo condujo a separar la organización de sus bases legítimas, la clase, el pueblo, colocándola por encima de ellos, transformándola de modo fetichista en el objetivo fundamental de su propia existencia, en el sujeto real de los cambios (y en razón del ahondamiento creciente de la fractura originaria que existió entre la vanguardia y las masas populares).⁶¹

determinado nivel de organización surge una calidad nueva en el sujeto. La organización modifica cuantitativamente al sujeto porque implica un nivel de articulación que puede o no fortalecer al sujeto en sus objetivos. Lo modifica en tanto es –en ese sentido- uno de sus elementos constituyentes.)

⁶¹. En mis estudios acerca de la experiencia de los movimientos guerrilleros que se desarrollaron en Argentina en los años 70, he analizado detenidamente la estrategia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Y en lo que hace a la relación entre el partido y el pueblo, las conclusiones a que llego permiten ejemplificar este punto. Digo en el texto: “Desde sus orígenes y de modo creciente, el PRT concentró su principal esfuerzo en su propio desarrollo y en el de su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), cuestión que en la práctica, durante toda su existencia, fue el problema central de dicha organización. Esto se tradujo en planes políticos, organizativos y de acción militar, centrados en el crecimiento numérico del PRT y del ERP, de su infraestructura, de su armamento, de su logística, su ‘inteligencia’, su propaganda, sus organismos de masa, etc. Según Santucho, Secretario General del PRT, alcanzar un fuerte desarrollo en esas áreas, ‘garantizaría el éxito de la revolución’.

Para él, la duración de la lucha era responsabilidad fundamental del PRT. En virtud de ello, el período que faltaba para tomar el poder sería, según Santucho, ‘(...) mayor o menor en dependencia de la decisión, firmeza, espíritu de sacrificio y habilidad táctica de la clase obrera y del pueblo; (...) del grado de resistencia de las fuerzas contrarrevolucionarias, y fundamentalmente del temple, la fuerza y la capacidad del partido proletario dirigente (...)’ [*Poder Burgués y Poder Revolucionario*, Ediciones La Rosa Blindada, 1974, p.31]

Los resultados positivos obtenidos por el PRT-ERP hasta 1974, afianzaron en su dirigencia la idea de que era necesario obtener un mayor y más rápido crecimiento de la estructura y capacidad de acción tanto del PRT como del ERP, especialmente en el plano cuantitativo, según puede constatarse por los artículos de la prensa de dicho partido referidos a ‘organización’: más militantes, más células, más colaboradores, más periódicos, más imprentas, más combatientes, más armas, más volantes, más acciones, etc. “(...) contamos con las herramientas básicas que necesitamos, -reafirmó Santucho en 1974- solo nos resta afilarlas y mejorarlas incesantemente, ser cada día más hábiles en su empleo (...)” [*Op. Cit.*, p.48]

En lo referente al papel del partido, es curioso constatar como una misma deficiencia, el dogmatismo, aún en manifestaciones opuestas, generó similar efecto. El dogmatismo ‘clásico’ sacrificó más de una vez -en aras del partido- el sentido revolucionario de su existencia, y cayó en el reformismo. El neo-dogmatismo -también en aras del partido- se empañó en el desarrollo creciente de una práctica militarista que, contrariamente a sus propósitos, lo alejó de las masas y de la revolución.

No hay vanguardia sin pueblo –articulado- al que vanguardizar, ni sujeto al margen de los seres humanos que lo constituyan asumiéndose como tales. Faltar a este principio ha sido y es fuente de errores y fracturas (insalvables) entre los partidos de izquierda, la clase, y el pueblo, y ha conducido a aberraciones políticas que transformaron el instrumento en fin, colocando a la clase y al pueblo al servicio del partido o del poder en manos del partido. Lejos de acortar la enajenación política, con esto, se la reforzaba, concretando la inversión de la lógica que le dio origen y sustrato filosófico y político.

El fracaso de las sociedades pos-capitalistas fue haber intentado equilibrar la determinación estructuradora centrífuga del sistema heredado a través de la imposición, sobre sus componentes fuertemente antagónicos, de la *estructura de comando extremadamente centralizada* de un Estado político autoritario. Fue lo que hicieron, en vez de atacar el problema crucial de cómo *remediar* –por medio de la reestructuración interna y de la institución de un *control democrático sustantivo*- el carácter antagónico y el simultáneo modo centrífugo de operación de las unidades distributivas y reproductivas particulares. La remoción de las personificaciones privadas del capital fue por tanto incapaz de cumplir lo que de ella se esperaba, ni siquiera como primer paso en el camino de la prometida transformación socialista. Pues la naturaleza antagónica y centrífuga del sistema negado fue mantenida a través de la superposición de un control político centralizado en perjuicio del trabajo. De hecho, el sistema metabólico social se hizo más incontrolable que en cualquier época anterior, como resultado de la incapacidad de sustituir productivamente la “mano invisible” del antiguo orden reproductivo por el autoritarismo voluntarista de las nuevas personificaciones “visibles” del capital pos-capitalista.

Al contrario de la evolución del llamado “socialismo realmente existente”, lo que se exigía como condición vital de su éxito sería la progresiva readquisición por los individuos de los poderes alienados de toma de decisión política –además de otros tipos de decisión- en la transición hacia una sociedad auténticamente socialista. Sin la recuperación de esos poderes, ni el nuevo modo de control político de la sociedad por sus individuos sería concebible, ni la operación diaria no-antagónica y, por tanto, cohesiva y planificable, de las unidades productivas y distributivas, auto-administrada por los productores asociados.

La reconstitución de la unidad de la esfera material reproductiva y política es la característica esencial definitoria del modo socialista de control del metabolismo social. Crear las mediaciones necesarias es tarea que no puede ser dejada para un futuro distante.⁶²

No resulta ocioso insistir en que el pueblo (articulado, constituido en sujeto popular) es el protagonista exclusivo de los cambios, de sus definiciones y realización. Construye sus organizaciones como instrumentos para perfeccionar su participación e influencia en el

Tanto el dogmatismo de ‘izquierda’ como el ‘clásico’, consideraron el desarrollo del partido como primera prioridad del quehacer revolucionario, perdiendo de vista que la organización es solo la herramienta de la que su valen los pueblos para hacer su revolución, y nunca podrá serlo si actúa a la inversa.” [Extracto del libro: *Los errores del PRT-ERP*, Capítulo VI. Terminado en 1989, (inédito). Archivos de Pasado y Presente XXI.]

⁶². Mézáros, *Op. Cit.*, pp. 76-77.

curso de los acontecimientos hacia la consecución de los objetivos definidos (y modificados) por él. El carácter instrumental de la organización política indica, precisamente, que lo organizativo está en función del proyecto y del poder contrahegemónico construido por los actores-sujetos, en tanto –en ese mismo proceso-, ellos se (auto)construyen –articulación sociopolítica mediante- en sujeto popular de la transformación de su sociedad.

...no era el partido de los cocaleros, era el instrumento político. Entonces el MAS no es el partido tradicional; no va a los lugares ni con regalos, ni con banderitas, ni nada.

El MAS no organiza, recibe a la organización popular para que participe en igualdad de condiciones. El tema es cabal: instrumento político de los sectores sociales. Es el sujeto que se representa a sí mismo.⁶³

8.

La construcción-articulación del sujeto popular implica una nueva y diferente relación entre partido, clase y movimiento.

Lo planteado impone en la agenda política nociones tales como: articulación y re-articulación, derecho a la diferencia, pluralismo, democracia, participación, protagonismo, construcción, equidad... agudizando el debate -y la construcción teórico-práctica- acerca de la dirección políticosocial del proceso, sobre todo en las relaciones entre los actores sociales (mal-entendidos como sujeto social) y los actores políticos (mal-entendidos como sujeto político).

Lo reivindicativo y lo social son actividades articuladas e interdependientes de la política y lo político, y lo mismo ocurre con relación a los actores-sujetos: no se puede avanzar sobre la facturación de lo social y lo político y sus actores, sino sobre la base de una articulación orgánica, proyectiva y estratégica de actores sociales y políticos en tanto todos resultan ser actores-sujetos sociopolíticos.

Replanteando el sentido y el alcance mismo de la política, lo político, y el poder, y su relación con lo reivindicativo, los actores sociales se muestran cada vez con mayor claridad como lo que son: actores sociopolíticos, cuestionadores del sistema a la vez que constructores –aunque de modo parcial, sectorial- de alternativas; ahí, precisamente una de las razones objetivas para su articulación, único camino para constituirse en sujeto, condición que solo pueden alcanzar articulando la diversidad y pluralidad existente, es decir, constituyéndose colectivamente en sujeto popular. Y todo esto supone y se funda en nuevas relaciones –radicalmente articuladas-, entre -lo que en Latinoamérica podríamos identificar como- el brazo social-industrial y el político, lo que expresaría políticamente a ese sujeto popular en una nueva y diferente relación entre partido-clase y movimiento, en lo que

⁶³. Morales, Manuel, *Op. Cit.*

constituye –ya se ve- el nuevo movimiento histórico popular revolucionario y, en tal sentido, la nueva izquierda latinoamericana.

Se trata de un nuevo movimiento políticosocial articulado desde abajo sin subordinaciones jerárquicas entre los distintos actores, sin vanguardias iluminadas ni sujetos de primera, de segunda o de tercera clases. La apuesta sería construir redes, nodos de articulación social (sociopolítica), basándose en la profundización de la democracia y la participación, y en el despliegue de relaciones horizontales⁶⁴ de articulación:

Esquema de articulación horizontal (redes):



9.

Articulación y tendido de puentes, conceptos claves.

Pensar desde (y con) la articulación es una forma de entender la realidad y, a la vez, un método para intervenir en ella, para transformarla y construir en todos los terrenos, dentro y fuera de la organización reivindicativo-social o de aquellas estrictamente políticas. Tiene un sentido y una importancia estratégica dada su capacidad de recomposición del todo social virtualmente desaparecido tras su actual atomización y fracturación profundas.⁶⁵

La articulación de sectores, de actores, de identidades, de propuestas, etc., contiene una doble significación. Una, como camino de reconstrucción del tejido social fragmentado hacia la reconstrucción de la totalidad social (de lo macro), y otra, a su vez,

⁶⁴. Aquí se entienden las relaciones horizontales como aquellas que se establecen sobre la base de la cooperación entre partes consideradas cualitativamente iguales, aunque los roles sociales y políticos sean diferentes. Su ejercicio implica la superación de las tradicionales relaciones verticalistas implementadas al interior de las organizaciones sociales y políticas y hacia fuera. Significa no imponer políticas, objetivos, vías, ni modos de implementación de las acciones a las organizaciones sectoriales, barriales, sindicales o sociales, ni suplantando los procesos colectivos de toma de conciencia, tanto a lo interno de la organización como en su relación con otras organizaciones sociopolíticas.

⁶⁵. El concepto de articulación, resulta clave, junto al de construcción y proceso, al de pluralismo y democracia, al de transición y propuestas abiertas, es decir, en construcción y desarrollo permanente, acorde tanto al desarrollo de los actores-sujetos involucrados en el proceso como de las condiciones histórico-sociales del país, la región y el mundo en cada momento. Un mayor desarrollo de esto puede encontrarse en el libro de mi autoría: *Claves para una nueva estrategia*, Op. Cit., Capítulo IV.

simultáneamente como puente, como enlace entre lo micro y lo macro, entre lo local y lo nacional, entre lo sectorial-reivindicativo y lo político en sentido amplio.

Teniendo en cuenta la creciente fragmentación existente en las sociedades latinoamericanas y concretamente, de actores sociales emergentes que se conforman en las luchas reivindicativas y de transformación, el tendido permanente de puentes hacia la articulación de tales actores -que es medio a la vez que resultado-, ocupa un lugar importante. Es una labor permanente, tanto porque la articulación debe ampliarse continuamente hacia nuevos sectores sociales y sus actores, como porque los puentes que se tienden, las articulaciones logradas, nunca son totalmente acabadas o definitivas. En muchos casos, pasado el momento de lucha o conflicto que les dio origen, las articulaciones dejan de tener sentido, se desintegran y hay que volver a construirlas, tendiendo puentes en diversas direcciones una y otra vez.

En general, los puentes de la articulación sociopolítica sectorial se construyen y se deconstruyen; algunos pueden perdurar⁶⁶ –de hecho perduran- y son la base para tender otros puentes, ampliar las redes, tejer enlaces, crear vínculos. Esta especie de ir y venir en la construcción de las articulaciones sociales, resulta parte de su movimiento natural: se genera y desarrolla con miras a un objetivo, lograr que sea estable y permanente, que vaya cristalizando en determinadas formas o ámbitos organizativos, es parte del proceso contradictorio de tendido y destendido de puentes, en proceso contradictorio hacia la construcción–consolidación de una conciencia y organización mayores con vistas también a una maduración colectiva respecto a identificar un objetivo general común y proponerse alcanzarlo.

El tendido de puentes es parte de la misma actividad reivindicativo-política que, en sí misma, resulta un puente entre la conciencia cotidiana y la conciencia política,⁶⁷ o sea, entre el horizonte sectorial inmediato y la comprensión de la dimensión mediata, sistémico-social nacional o regional de la problemática que, en el ámbito de lo local-sectorial, se manifiesta de un modo incompleto, fragmentado y en algunas de sus aristas. El proceso de lucha es, a la vez que construcción (re-construcción), articulación y puente, un gigantesco proceso político pedagógico educativo-formativo de construcción de conciencias, de contra-hegemonías, de poder y, por tanto, de sujetos.⁶⁸

⁶⁶. Una tarea es identificar cuáles, para trabajar esa posibilidad y luego dar los pasos prácticos necesarios para concretarla. Esto es muy importante para dar carácter estable a la organización, paso indispensable para el desarrollo de la conciencia política de sus miembros.

⁶⁷. Siempre y cuando no quede a expensas de sus componentes espontáneos. Es necesario trabajar política y organizativamente, reflexionar colectivamente de modo que el movimiento se plantee proyectarse a objetivos superiores, cuestión que ocurre en una combinación de acumulación (gradual, imperceptible) y saltos.

⁶⁸. Así lo enfocan, por ejemplo, en COPADEBA: “La gente no solo participa en los procesos de definición de las luchas coyunturales, sino que de una u otra manera se articula y participa también en la definición de hacia dónde vamos con la organización en la definición de un proyecto de carácter político. Y esto permite que ella enlace las luchas que se dan en la cotidianidad con los objetivos a largo plazo de nuestra organización.”[Víctor de la Cruz]. Y en otro momento, Nicolás Guevara acota: “También, en la misma reflexión y formación se va dando cuenta realmente de lo que es a corto plazo y lo que es a largo plazo.” (*Construyendo poder desde abajo*, Op. Cit., pp. 27-28.

El concepto sujeto que he ido desarrollando luego de diferentes sistematizaciones durante casi quince años en varios países de América Latina, lo define como plural; lejos de considerarlo un “atributo” particular propio de una clase o grupo social determinada, alude a la subjetividad intersubjetiva de los posibles sujetos que realizarán –si lo desean y deciden– transformaciones radicales de la sociedad en que viven. Un punto de partida importante entonces es que los sujetos se [auto]constituyen en el proceso de transformación social, no preceden a los procesos de sus prácticas como tales sujetos, es en ellas que son; es en la lucha misma que se va diferenciando críticamente de la realidad que lo contiene y lo transforma en víctima [Dussel] y es en ese proceso contradictorio e intersubjetivo de “crítica auto-consciente del sistema que causa la victimación” que las víctimas *devienen* [se constituyen en] *sujeto*.⁶⁹ O sea, no existen sujetos a priori de la experiencia de experimentarse como sujetos a la vez que constituyéndose en tales;

El sujeto, por tanto, de ningún modo preexiste al proceso. Es absolutamente inexistente una situación *antes* del acontecimiento. Puede decirse que el proceso de verdad *induce* un sujeto.⁷⁰

Su conciencia -que solo puede ser crítico-reflexiva- no le viene dada (ni le puede ser inculcada de modo doctrinario) “desde afuera”, ello supondría la existencia de sujetos como *entes* sociales no-conscientes a los que habría que concientizar (¿catequizar?); tampoco son “portadores” de estructuras que existen subjetivamente como reflejo (mecánico) en sus conciencias.⁷¹

Sujeto, proyecto y poder se interconstituyen articuladamente en el panorama político latinoamericano y caribeño actual, el cual muestra cada vez con mayor claridad la tendencia a la constitución de un sujeto popular colectivo plural (múltiple, diverso). El sujeto genera -en el proceso de la articulación y el tendido de puentes, y mediante ellos-, las formas de organización que entiende necesita para lograr sus objetivos; en ese sentido, éstas resultan instrumentos para lograr fines y no fines en sí mismas.

A ello me referiré precisamente en la segunda parte del presente texto, en el entendido de que la organización le resulta imprescindible al sujeto, pero la condición de sujeto es irreductible a la organización.

⁶⁹. Dussel, Enrique, *Op. Cit.*, p. 527.

⁷⁰. Badiou, Alain, *El ser y el acontecimiento*, Bordes Manantial, Buenos Aires, 1999, p. 445.

⁷¹. Interpretación vulgarizada de la afirmación de que “el ser social determina la conciencia”, y de que el ser humano piensa según vive.

III

REPRESENTACIÓN, ORGANIZACIÓN Y CONDUCCIÓN POLÍTICAS

UN NUEVO TIPO DE REPRESENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN POLÍTICAS

PRESUPUESTO

Las llamadas masas populares, son “algo más” que materializadoras (ejecutoras) de ideas (elaboradas sin su concurso); son protagonistas plenas de su historia con capacidad para pensar (saber), decidir y actuar en correspondencia con sus anhelos y decisiones.

A mi modo de ver, este es uno de los significados dialécticos más importantes del postulado de Marx que sostiene que las ideas se traducen en fuerza material cuando se adueñan de la conciencia de las masas.⁷²

Relacionando los conceptos conciencia y formación de la conciencia con: *práctica, sujeto y subjetividad*, desarrollados por Marx,⁷³ es posible descubrir en el postulado arriba mencionado dimensiones más amplias y complejas que la tradicionalmente planteada.⁷⁴ La práctica transformadora de las masas (los pueblos) es (base de elaboración teórica y) un proceso práctico-compactado de generación y desarrollo de la teoría de la transformación, de la conciencia y la ideología del conjunto de fuerzas sociales en ella involucrada. Esto implica:

- a) La práctica política de las masas no puede reducirse a la ejecución (confirmación-refutación) de la teoría (elaborada desde fuera);
- b) Las clases, las masas, los pueblos, participan del proceso de creación teórica en y mediante su actividad de transformación y lucha, aunque no la elaboren y expresen directamente en su forma conceptual más acabada y estrictamente

⁷². Ver, Marx, Carlos, “Introducción de la Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel.”

⁷³. En las “Tesis sobre Feuerbach”, en la tesis I, Marx señala: “El defecto fundamental de todo el materialismo anterior –incluido el de Feuerbach– es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad. Bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de *un modo subjetivo* (...)” [Obras Escogidas en dos tomos, T II, p. 426. Subrayados del autor] Allí destaca: 1. La actividad supone la intervención activa del sujeto, por tanto, de sus ideas, instrumentos, métodos y técnicas concretas para guiar esa intervención. 2. La práctica –generalmente asumida por los marxismos diversos como actividad material–, aparece aquí (y en la tesis V) claramente definida conteniendo a la subjetividad, lo que significa que abarca y contiene también a la actividad teórico espiritual de los sujetos intervinientes en ella. Coincido en esto con Pierre Bourdieu –en su propuesta y en el hecho de rescatar el pensamiento dialéctico de Marx al respecto– cuando rechaza la concepción mecanicista que concibe a la práctica como actividad material inmediata, es decir, como ejecución. (Ver, del autor, *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, 2000, segunda reimpresión, p. 25)

⁷⁴. Tradicionalmente se ha empleado esa afirmación de Marx a modo de justificar la existencia de los partidos de vanguardia. Esto es: La vanguardia concibe la idea, define los objetivos y traza la estrategia para alcanzarlos, una parte de la cual se destina a “concienciar” a las masas acerca del programa y las propuestas de la organización, para que sean ellas las que las materialicen (ejecuten) con su actividad práctica de lucha “política”.

teórica. (Postulado de base para el necesario diálogo de saberes como instrumento y ámbito de producción colectiva de conocimientos).⁷⁵

CLAVES SOCIOPOLÍTICAS

A. Transformar radicalmente las bases de la representación y la representación misma

1.

Despojo-delegación, es la contradicción que -a través de las formas afianzadas de representación política-, resume siglos de luchas sociales entre los de abajo que pugnan por adueñarse de sus destinos, y los de arriba que hacen todo lo que está a su alcance para mantener y profundizar su dominación.

La representación política en cualquiera de sus modalidades expresa y condensa un determinado modo de relación entre lo social y lo político, que supone a su vez un determinado modo de entender las interrelaciones entre lo que se conoce como sociedad civil y sociedad política, entre Estado y sociedad y la intermediación que para ello se ha erigido desde el poder hegemónico: los partidos políticos, establecidos como los representantes y voceros de los ciudadanos de a pie ante las instancias jurídica, política, y de gobierno, es decir, como mediadores entre la sociedad (civil) y el Estado. Este tipo de mediación político partidaria se ha constituido -representación mediante- en acto de *despojo* de los derechos políticos ciudadanos, reduciéndolos -en el mejor de los casos- al hecho de votar por algunas autoridades gubernamentales cada cierto tiempo, y ha reclamado de los ciudadanos, correlativamente, la *delegación* de sus facultades políticas, haciendo de la ciudadanía una condición pasiva.⁷⁶

Todo despojo -de derechos, de facultades, de espacios, etc., supone e impone la delegación de los mismos y viceversa, tanto a escala individual como colectiva. Y esto se expande y reproduce en los diferentes sectores de la sociedad, como parte que es de la ideología y cultura hegemónicas del poder y -por ende-, también de la contracultura, la que germina como respuesta contrapuesta a la hegemónica dominante y que -como toda

⁷⁵. Ver, "Ciencias sociales y educación popular: ideas para un diálogo de saberes", en Harnecker, Marta, y Rauber, Isabel, *Memoria Oral y Educación Popular*, CENDAL, Bogotá, 1996, pp. 72-85.

⁷⁶. El ciudadano político común queda limitado a desplegarse como tal en el acto eleccionario, sin intervenir luego en el proceso de vida y desarrollo de la sociedad, que por ende resulta fuera de su alcance y comprensión, presentándose ante él como algo ajeno a su cotidianidad y a las relaciones sociales que establece con su actividad. Este extrañamiento o ajenamiento político se consume una y otra vez mediante la reiteración de las prácticas de despojo (y delegación) que se conjugan y retroalimentan en cada acto (y estructura) de representación políticas así concebidas, cuestión que se profundiza aun más en las actuales democracias de mercado, que tornan a las sociedades en hostiles a los propios ciudadanos que las construyen y dan vida con su trabajo y modo de articularse en lo social, cultural, religioso, etcétera.

negación- lleva implícita los rasgos fundamentales del fenómeno que niega.⁷⁷ En ese sentido, es parte del esquema político del poder de dominación y también de los sistemas políticos desarrollados para combatirlo, buscando generar un contrapoder capaz de convertirse en poder hegemónico una vez que la “tortilla se vuelva”.

Coincido por ello plenamente con István Mészáros cuando dice que los partidos políticos de la clase obrera partieron de esa fractura radical al crearse y desarrollarse en oposición a su adversario *político* dentro del estado capitalista, lo que marcó además, el *modus operandi* de los propios partidos.

De esa forma, todos los partidos políticos obreros, inclusive el leninista, tuvieron que buscar una dimensión política abarcadora para poder espejar, en su propio modo de articulación, la estructura política subyacente (el estado capitalista burocratizado) a que estaban sujetos. Problemático en todo esto era el hecho de que el reflejo del principio de estructuración política del adversario, políticamente necesario y exitoso, no permitiera la visión práctica de una forma *alternativa* de control del sistema. **Los partidos políticos obreros no fueron capaces de elaborar una alternativa viable por estar, dada su función de negación, centrados exclusivamente en la dimensión política del adversario, permaneciendo así absolutamente dependientes de su objeto de negación.**⁷⁸

Es precisamente esto lo que se encarna en el modo de representación política de izquierda conocido hasta ahora, representación política que lejos de caminar hacia la eliminación de la enajenación política de los representados (síntesis de todas las enajenaciones sociales), la afianza y multiplica a partir de recrear -como una grieta insalvable- la fragmentación entre lo social y lo político y los actores sociales que actúan en uno y otro “mundo”.⁷⁹

Por ello, precisamente, el debate sobre lo político y lo social trasciende la cuestión de las formas organizativas, es, de última, el debate sobre los sujetos, y éste, el de las relaciones entre la llamada sociedad civil y la sociedad política, planteándose su articulación, entendida, en primer lugar, como re-apropiación por parte del pueblo ciudadano de la política y lo político, como propia de ese su ser ciudadano, sujeto político plenamente capacitado y con derechos a decidir sus destinos además de construirlos.

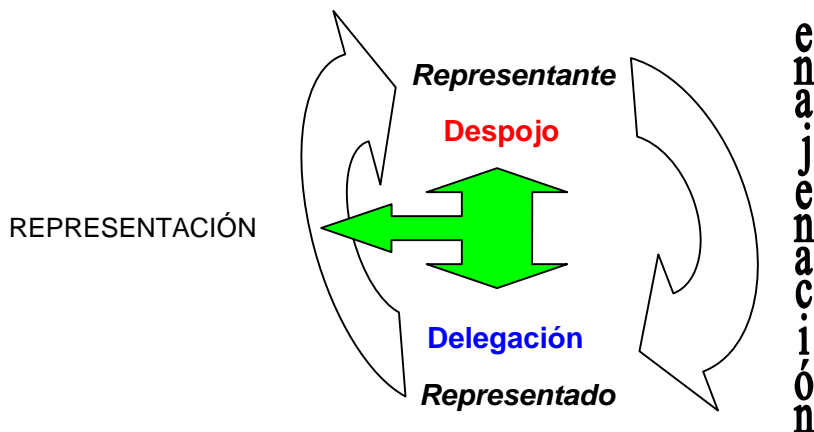
⁷⁷. Por eso resulta tan importante el planteo estratégico de la construcción de poder desde abajo, que supone su transformación desde la raíz y desde adentro (el interior) de los procesos, fenómenos, organizaciones, personas. La transformación social solo será posible si parte -y se fundamenta- desde el interior de nosotros mismos. “Tiene que ver con la actitud de cada uno en su hogar, en su barrio, en su lugar de trabajo, en su organización social, en su organización política.” (*Transformarnos para transformar*, de mi autoría. Pasado y Presente XXI, 2001, p. 7)

⁷⁸. Mészáros, I., *Op. Cit.*, p. 75. [Negritas de IR]

⁷⁹. La ideología despojo-delegación influye no solo en el núcleo dirigente del partido, o sea, en aquellos que alcanzan la condición de “representantes de”, no influye solo sobre los militantes “representados” sino también sobre la ciudadanía en general; es un hecho cultural presente en la mentalidad de la sociedad, y solo después de una larga práctica -cuyas manifestaciones nefastas en la construcción de las alternativas socialistas que se derrumbaron saltan a la vista-, comienza a verse con claridad.

En el esquema tradicional de representación política, a la clase y al pueblo –en tanto “masa”- les es reservado el derecho político de participar con su presencia silenciosa para convalidar decisiones tomadas sin su concurso, y hacerlas efectivas mediante su actividad (práctica). Pero deben delegar su capacidad de pensar, de crear, de decidir, de asumir la responsabilidad que significa hacerse cargo de los resultados concretos de sus decisiones, y junto con ello deben delegar también el derecho a soñar y a equivocarse en el acto de la creación colectiva.

Una representación gráfica de ello podría ser la siguiente:



Sobre la base del modo de representación planteado se levantan las diversas concepciones acerca del partido político (de izquierda, en este caso) como representante (despojador-apropiador de las facultades) de la clase (que delega) y -a través de ella-, como representante de todos los sectores sociales que -según el esquema jerárquico subordinante- se encuadran tras ella, encadenando de ese modo también la delegación de su ser político ciudadano pleno. De ahí que este tipo de representación política resulte el sostén de la relación de fractura entre lo político y lo social y –consiguientemente-, la transformación de una resulta necesariamente la transformación de la otra y viceversa.

Superar ese modo de representación, su contenido y su esquema relacionante entre representantes y representados, resulta fundamental para construir un nuevo tipo de organización política de izquierda, que se reconozca (y sea realmente) sociopolítica, y que inscriba su razón de ser y su actividad como parte de un proceso colectivo social encaminado a la superación de la enajenación político-social-cultural de los representados y también de los representantes, que resultan también alienados por (auto)sobresaturación de –lo que consideran- “su papel”.⁸⁰

2.

⁸⁰. El voluntarismo extremo que se encarnó en la militancia de los setenta, suprimiendo prácticamente el derecho a la vida personal e instaló como contrapartida la entrega incondicional y en todo momento a la causa de la liberación revolucionaria, resulta una muestra elocuente de ello.

Es necesario crear modalidades colectivas de representación que –acortando las distancias entre representantes y representados-, liberen a los representantes del acto de suplantar a los representados y a éstos de la indiferencia y el extrañamiento respecto a la elaboración de las propuestas, la decisión y gestión del representante y los resultados que de ellas se desprenderán.

Se trata de inventar, buscar y probar nuevas formas de representación, asentadas en la participación integral (e interdependiente) de los protagonistas, que se constituyen en promotoras y potenciadoras del protagonismo colectivo, contribuyendo a hacer emerger a la clase y al pueblo como sujeto de su historia.

Estas nuevas formas de representación se asientan en la democracia directa – conjugando diversas modalidades- y se construyen sobre la base de la participación plena desde abajo, de todos y cada uno de los representados. Sería algo así como “mandar obedeciendo”, como señalan los zapatistas, aunque en realidad, no se trata de mandar, sino de cumplir y hacer cumplir las decisiones discutidas y asumidas con la participación directa y plena de todos los involucrados en el proceso en cuestión.⁸¹ Como señala Evo Morales: “...solo podemos forjar una unidad de hierro si las bases deciden, si los dirigentes aprendemos a escuchar y a respetar la decisión de las bases.”⁸²

3.

Las nuevas modalidades orgánicas sociopolíticas populares resultan cuestionadoras profundas de las formas tradicionales de representación política, que sostienen y justifican la sujeción de la clase y el pueblo todo a orientaciones provenientes del poder, “de arriba”, ajenas a su participación y creación y, en tal sentido, resultan multiplicadoras de su enajenación sociopolítica.

El desarrollo práctico de nuevas modalidades de representación irá disminuyendo la enajenación política del pueblo, en un proceso constante y creciente (en el sentido de multidimensional) de participación-apropiación protagónica de los actores intervinientes respecto del proceso de transformación mismo, hasta su eliminación (anhelo constitutivo – junto a otros- de la utopía de liberación).

Para ello, resulta central democratizar todos los ámbitos de existencia y organización de los actores sociopolíticos, impulsar la participación consciente de todos y cada uno de

⁸¹. Ante la crisis de representación (y de credibilidad) tan profunda que existe y se expande día a día en nuestras sociedades, algunos autores (y sectores sociales y políticos), rechazan cualquier tipo de representación y plantean la democracia directa como única alternativa. Pero ella resulta inviable en algunas situaciones y modalidades, por ejemplo, a la hora de pensar en la participación de los habitantes de una gran ciudad, una provincia o un país. Sin embargo, hay que poner atención en no utilizar esto como excusa para no apelar a modalidades creativas que, aprovechando los actuales recursos tecnológicos y de comunicación, por ejemplo, propicien diversas formas de participación que no necesariamente reclamen la presencia física directa de los participantes.

⁸². “Carta a los participantes del 3° FSM”, 27 de enero de 2003, (fsmcredealt@uol.com.br).

ellos en cada etapa del proceso. Porque son ellos, los actores-sujetos mismos, los que irán definiendo –en interacción con las circunstancias socioeconómicas y culturales nacionales e internacionales-, la marcha del proceso, el ritmo y la profundidad de las transformaciones.

Y todo esto modifica la lógica de la construcción (y del debate): no puede esperarse que “la línea” venga ya definida y empaquetada desde grupos de “iluminados”; la lucha contra la enajenación política de los seres humanos –y contra la enajenación en sentido amplio, postulado medular de la propuesta revolucionaria emancipadora de Marx-, abarca y presupone la participación plena de los diversos actores sociopolíticos en la elaboración-definición del proyecto que -así concebido-, es también un resultado de creación y conciencia colectivos.

4.

En la concepción estratégica que apuesta a la construcción de poder desde abajo, la gestación de un nuevo tipo de representación supone la coherencia entre medios y fines.

Hemos aprendido que nada cambiará repentinamente al final del camino, si no comienza a cambiar desde ahora, que no hay finales distintos de los inicios en cuanto a principios, métodos y vías, que no hay ser humano nuevo y nueva cultura si no hay acumulación de nuevas prácticas democráticas, participativas, y de nuevas conductas éticas acuñadas y asimiladas en prácticas continuas y constantes durante años.

B. Re-articular lo político y lo social

1.

La lucha contra la enajenación política reclama también –anudado al cuestionamiento radical respecto a los modos de representación (y organización) política-, un nuevo modo de articulación (re-articulación) de lo social y lo político, de lo reivindicativo y lo político, así como la democratización (apertura, ampliación) de la participación de los protagonistas en ambos espacios.

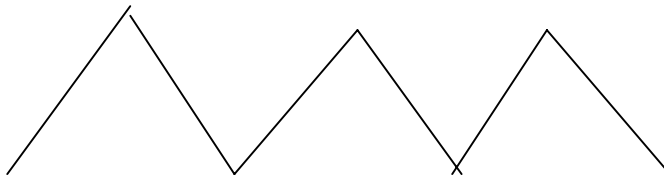
Durante mucho tiempo se han levantado y afianzado barreras culturales pretendidamente infranqueables entre lo social y lo político, entre lo reivindicativo y lo político –y correlativamente también entre lo público y lo privado-, y, por ende, entre las organizaciones, que respondían a cada ámbito como si pertenecieran a mundos diferentes, convalidando la práctica del despojo-apropiación de la cualidad política propia de los ciudadanos, relegados al ámbito de lo social, de lo reivindicativo, de lo cultural, lo religioso, etcétera.

En consecuencia, la posibilidad de aprehender la totalidad, de llegar a tener la conciencia necesaria para actuar en ella y sobre ella, el saber y la verdad, se depositan en

el ciudadano político, catalogado como plenamente apto y capacitado para la acción y el pensamiento políticos. Y se hace del ciudadano común, un ciudadano mediocre, se lo declara incapaz de aprehender la totalidad social en que vive porque –supuestamente- no puede trascender la cotidianidad que lo ahoga obligándolo a pensar en el día a día; es – desde ese punto de vista- el ciudadano reivindicativo, el de la barricada, la marcha, la olla popular, los comedores infantiles, la guardería, el piquete, el bloqueo de carreteras y la toma de tierras; es capaz de actuar, pero para poder trascender sus urgencias de sobrevivencia, su horizonte cotidiano y economicista,⁸³ necesita ser orientado -desde afuera de su realidad y organizaciones reivindicativas- por los ciudadanos políticos y sus partidos.

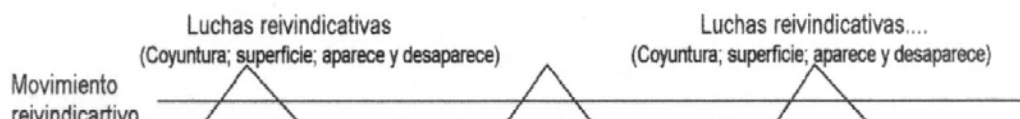
El partido, en tanto organización política, justifica su razón de ser separado y fuera de lo reivindicativo social, como intermediario y representante de –lo que resulta entonces- una masa de pueblo ante el aparato estatal político, y a la inversa, como representante de éste ante ellas.

Para una mayor claridad en mi exposición, voy a representar el movimiento social imaginándolo como una onda,



En tal caso, ilustraría la fractura entre lo social reivindicativo y lo político del modo siguiente:

⁸³. Esto se conjuga con la concepción elitista acerca de la conciencia social: ¿Quiénes pueden llegar a tener conciencia ideológica y política plena acerca de la sociedad y su transformación?, ¿acaso los que están inmersos en las organizaciones reivindicativas y sus luchas por la sobrevivencia? La respuesta es, en ese caso, obviamente negativa. La conciencia “verdadera y científica” acerca de la sociedad en que viven, la que es capaz de pensar la totalidad y cuestionarla planteándose su transformación, es patrimonio –según la concepción fragmentaria- de los ciudadanos que pertenecen al mundo de lo político y la política (y no de todos, sino de su vanguardia organizada en el partido que representa a la clase). Son ellos entonces -a través de sus partidos políticos-, los encargados de *concienciar* a los demás, a los “ciudadanos mediocres”, incapacitados *per se* para alcanzar una verdadera conciencia de la realidad, que será por tanto, una conciencia enajenada que hay que liberar (desde afuera).



Al constituirse como reacción ante problemas concretos como los de la sobrevivencia, por ejemplo, o la defensa de derechos laborales, o ante una expulsión de pobladores de terrenos fiscales, etc., el ámbito de lo reivindicativo se ubica en el de las consecuencias, de lo fenoménico, lo visible.

Lo político, por el contrario, aparece vinculado a la raíz, a la esencia y causa de los problemas ante cuyos efectos reaccionan las organizaciones reivindicativas; es por ello que –según esa concepción fragmentaria- sus representantes son capaces de captar la totalidad y están –supuestamente- en capacidad de replantearse el diseño de la sociedad mediante su transformación revolucionaria.

Los que se organizan en lo reivindicativo, según tal interpretación, quedan atrapados por la lógica de las reivindicaciones; aprisionados por el inmediatez no son capaces de comprender la raíz de los problemas, las causas últimas de su “desdicha” y por tanto, se limitan a reaccionar defensivamente ante las consecuencias sociales (visibles) de fenómenos profundos cuyas raíces no pueden aprehender (ni modificar). Sus acciones -y las organizaciones creadas para realizarlas-, resultan profundamente condicionadas por los conflictos por lo que no tienen un carácter estable: aparecen y desaparecen.

En cierta medida esto es así, la debilidad o desestructuración de la organización reivindicativa suele sobrevenir, hacerse evidente, debilitar o amenazar con debilitar las fuerzas cuando finalizan los conflictos que le dieron origen –a ella, o a las movilizaciones sociales sobre las que se asienta-, o cuando hay prolongados distanciamientos entre conflictos. Esto es parte de su naturaleza y de las condiciones sociohistóricas en las que existe y se desarrolla. Por eso, plantea -como desafío- una interrogante: ¿cómo lograr que la organización sobreviva e impulse el desarrollo de la conciencia y participación de sus miembros en ausencia de conflictos aglutinadores y movilizadores?⁸⁴

⁸⁴. Este aspecto –para el caso de las organizaciones barriales-, ha sido profusamente abordado en la sistematización de la experiencia del Comité para la Defensa de los Derechos Barriales (COPADEBA). Puede consultarse mi libro: *Construyendo poder desde abajo*. [www.rebellion.org/otromundosposible]]

Un elemento importante a tener en cuenta, a mi modo de ver, radica en la disposición misma de construir una organización, pues indica ya una intencionalidad y una conciencia por parte de sus creadores, acerca de la necesidad de sobrepasar la coyuntura o los apremios urgentes de la inmediatez de la sobrevivencia. A partir de allí, habrá que plantearse contenidos que den sentido a su permanencia y desarrollo.

No se trata de darle la espalda a la realidad y sus problemas y condicionantes concretos (sectorialidad), para comprender la sociedad como conjunto (totalidad); al contrario, es a partir de ella que es posible lograrlo. El “salto” a lo político es una necesidad solo para los partidos que se reservan para sí el ámbito de lo político fracturado de lo social. Lo que sí resulta políticamente necesario –y en tal sentido es una tarea política importante-, es construir los puentes para avanzar hasta -penetrar y contener- la dimensión sociopolítica de la lucha, para comprenderla y aprehenderla conciente y colectivamente.

2.

La creencia en que lo reivindicativo tiene un “techo”, un tope en su desarrollo, es uno de los obstáculos político-culturales para la re-articulación de lo social y lo político.

Resulta tan fuerte el peso cultural de esta creencia, que incluso muchos de los que se proclaman como exponentes de lo nuevo, a la hora de construir las instancias sociopolíticas –arrastrados por el peso de la vieja cultura-, caen en posiciones gastadas que no pocas veces significan el fin de la construcción que han venido impulsando, por la falta de coherencia y la pérdida de confianza y de credibilidad que ello supone, que se traduce en desánimo, en inmovilismo, en falta de propuestas concretas en lo político.⁸⁵

Entre los propios movimientos sociales u organizaciones reivindicativas hay quienes sostienen que ese tipo de construcción tiene un “techo”, un límite, que llega un momento en que se agota y necesita pegar el “salto a lo político”, lo que resuelven de diversos modos: encontrando un referente partidario al cual “sumarse”; pasando directamente a la actividad política -convirtiendo a la organización social en partido-; “saltando” sus dirigentes al mundo de la política, postulándose como candidatos de partidos políticos ajenos a sus construcciones; u ocupando cargos –por la misma vía- en gobiernos municipales, provinciales o nacionales.

En vez de buscar cómo tender los puentes que articulan lo político y lo reivindicativo, los partidarios de dar “el salto” –sin saber cómo lograrlo-, suelen trasladar su incapacidad hacia los sectores populares alegando, por ejemplo, que el tan esperado “salto” no se

⁸⁵. Algunos sectores políticos de izquierda adoptaron la vía de la construcción desde abajo porque no tenían otro camino para desarrollar su práctica política, pero cuando entrevieron otra posibilidad, han sentido a lo reivindicativo sectorial como un freno, como un obstáculo para dar el salto a lo político, y -en vez de buscar caminos para combinar ambos espacios y metodologías- abandonaron la estrategia de la construcción desde abajo. Otra vez el pensamiento dicotómico: o es desde abajo o por arriba; o es reivindicativo o es político.

produce porque la población está todavía muy atrasada, o influida por la derrota, o por el neoliberalismo, etcétera.

Pero lo que demuestran claramente los movimientos sociales -en tanto sociopolíticos- cuya experiencia he seguido y analizado, es que lo reivindicativo resulta una puerta de entrada a lo político; el desafío consiste en no abandonar el movimiento a lo espontáneo y avanzar hacia allá colectivamente. Y esto no es una característica exclusiva de la nueva época, ya Marx en sus reflexiones críticas contra los economistas y los socialistas de su época (que menospreciaban las luchas y organizaciones reivindicativas), explicaba que organización sindical y política tienen una misma raíz:

La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: la *coalición*. Por tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto, que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del salario a favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha –verdadera guerra civil- se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, **la coalición toma carácter político.**⁸⁶

3.

El tema no es definir: reivindicativo o político, sino buscar creativamente cómo articular unos y otros quehaceres, espacios, identidades, conciencias, y sujetos, y construir los nexos para ello o descubrirlos en las interrelaciones de la vida real.

En el proceso de luchas reivindicativas, se abren las mayores posibilidades para que la participación de los y las protagonistas de las luchas vaya ampliándose desde abajo, descubriendo nuevas aristas, incorporando nuevas facetas, desatando la creatividad e iniciativa de los actores sociales que le dan vida, que se transforman –con el desarrollo de procesos reflexivo-críticos de la realidad en la que viven, y de sus experiencias- en protagonistas cada vez más conscientes, en pensadores-constructores y en constructores-pensadores de su presente y su futuro. Y todo esto es construcción política.

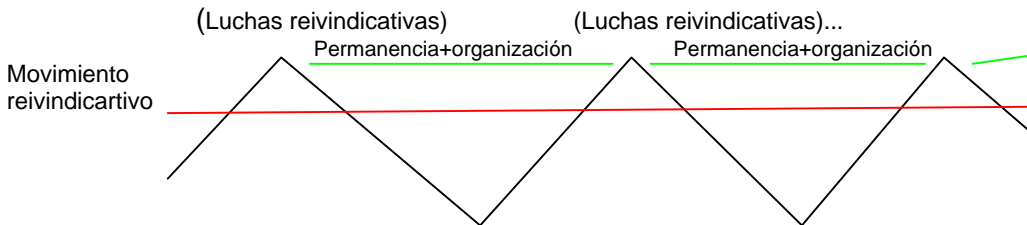
4.

⁸⁶. Marx, Carlos, *Miseria de la Filosofía*, Op. Cit., p. 170. [Cursivas del autor. Negritas de IR]

La estrechez en la comprensión del carácter político de lo reivindicativo y de sus múltiples vías de expresión y desarrollo se corresponde con la estrechez en la comprensión de lo político, la política y el poder.

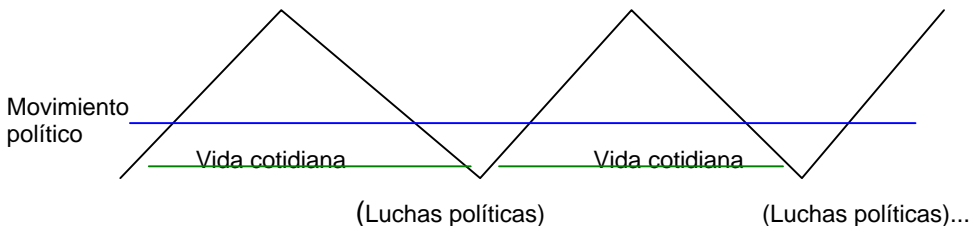
En toda lucha reivindicativa resulta importante ir respondiendo a las demandas sectoriales, conteniendo a sus protagonistas en instancias organizativas que garanticen la permanencia. Precisamente por ello, resulta imprescindible ir construyendo colectivamente un marco de contención y proyección hacia dimensiones, espacios y problemáticas más amplias y abarcadoras, hacia la transformación integral de la sociedad, evitando que aquello que tradicionalmente se considera “lo reivindicativo” se extinga en lo que en nuestro imaginario esperamos sea “lo político”.

En el caso de lo reivindicativo esto significaría, por ejemplo, tender puentes, construir articulaciones que enlacen uno y otro momento o dimensiones de lucha. Si lo llevamos al gráfico realizado sobre este tema, sería algo así como una línea discontinua que va creciendo entre los puntos.

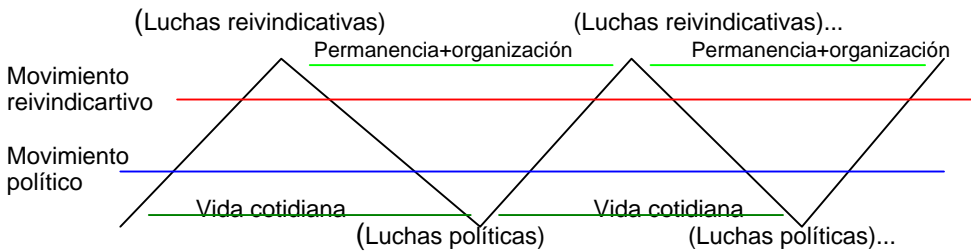


Esto puede sintetizarse en dos tareas fundamentales: *permanencia* y *organización*, es decir, lograr que la organización permanezca y se desarrolle en ausencia de conflictos, por ejemplo, con el desarrollo de actividades culturales, de formación de liderazgo de base, de tareas comunitarias (como alfabetización, atención a la tercera edad, etcétera.)

En el caso de lo político también es necesario tender puentes, construir articulaciones. Si lo llevamos al gráfico, sería igualmente una suerte de línea discontinua que enlaza los fenómenos de la vida cotidiana con sus causas, con sus esencias últimas.



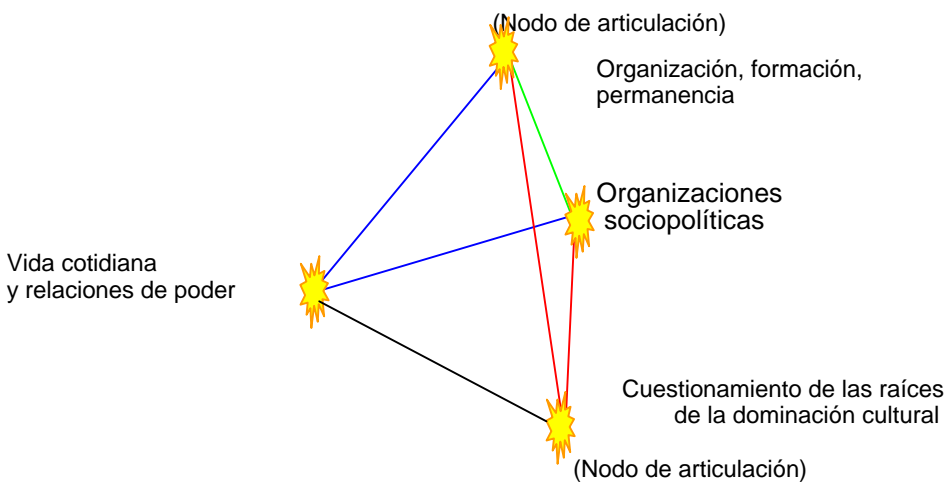
Reuniendo ambos movimientos y nexos, sus re-articulaciones podrían ilustrarse así:



5.

Las articulaciones tenderían puentes (estables e inestables) entre los mundos o ámbitos aparentemente separados e inconexos, generando nodos de entrecruzamiento y confluencia (ámbitos o espacios sociopolíticos), de cuestionamientos y apuestas a transformaciones profundas a las estructuras culturales, económicas y políticas de la dominación hegemónica del poder, que tenderían a conformar –articulados con otros nodos de similar carácter- cristalizaciones organizativas o ámbitos de interacción sociopolíticos, hasta conformar una suerte de red sociopolítica de actores, problemáticas, etcétera.

Gráficamente lo expresaría así:



Este modo de articulación solo puede construirse, afianzarse y desarrollarse sobre la base de la lógica de las relaciones horizontales (que no significa que sean “planas”), entre

los actores sociopolíticos y sus problemáticas, potencializando y sus logros y sus conciencias hacia planos superiores de transformación (y autotransformación), avanzando colectivamente (actores, problemáticas y formas organizativas) en la profundización de la construcción de contrapoder, proyecto, conciencia, organización en el proceso de constitución de los actores sociopolíticos en sujeto popular del cambio. Así lo muestra claramente, por ejemplo, el proceso de construcción colectiva de los diversos actores sociopolíticos en la Bolivia actual.

Los modos concretos de articulación y organización de los diversos actores sociopolíticos en cada país, o provincia, o región, surgirán del intercambio, la participación y la articulación misma que vaya desarrollándose entre esos actores, en el proceso de creación del pensamiento y el proyecto de la transformación que llevan o llevarán adelante colectivamente.⁸⁷

6.

Buscar canales para poner fin a la separación entre lo social y lo político significa hoy, en primer lugar –entre un sinnúmero de tareas-, identificar cuáles serían los pasos concretos a dar para –allí donde esto resulte necesario- acortar las distancias entre los movimientos sociales y los partidos de izquierda,⁸⁸ en tanto expresiones de un mismo movimiento sociotransformador. En segundo lugar y tomando lo anterior como base, construir ámbitos -no necesariamente orgánicos y estables en un inicio-, que permitan articular a la mayor diversidad posible de actores sociopolíticos abordando problemáticas comunes.

En sentido estricto, y como apuntaba al inicio de este trabajo, esto llama –en algunas realidades- a formar un nuevo movimiento de izquierda, y, en otras, donde los movimientos sociopolíticos están más afianzados desde abajo, habla ya de la existencia de tal movimiento. Se trata de poner fin desde las raíces a la fragmentación entre lo social y lo político (y entre los protagonistas de cada cuál). Regido por la lógica reproductiva del poder del capital, esto se tradujo en la separación entre las organizaciones obreras sindicales y sus expresiones políticas, y –como lo recuerda críticamente Mézáros-⁸⁹ fue asimilada en la

⁸⁷. No coincido por tanto, con los argumentos que esgrimen algunos sectores acerca de que la falta de elaboración acabada de un nuevo proyecto popular alternativo es la que obstaculiza la articulación entre los diversos actores sociales y políticos. La relación entre proyecto y sujeto no es lineal, pero, incluso si lo fuera, siempre ocurriría al revés.

⁸⁸. No en los casos de Bolivia y Ecuador, por ejemplo.

⁸⁹. “Con la constitución de los partidos políticos obreros –bajo la forma de la división del movimiento en un “brazo industrial” (los sindicatos) y un “brazo político” (los partidos socialdemócratas y vanguardistas)-, la defensiva del movimiento se arraigó todavía más, pues los dos tipos de partido se apropiaron del derecho exclusivo de toma de decisión, que ya se anunciaba en la sectorialidad centralizada de los propios movimientos sindicales. Esa defensiva se agravó todavía más por el modo de operación adoptado por los partidos políticos, cuyos éxitos relativos implicaron el desvío del movimiento sindical de sus objetivos originales. Pues en la estructura parlamentaria capitalista, a cambio de la aceptación de la legitimidad de los partidos obreros por el capital, se hizo absolutamente ilegal usar el brazo industrial para fines políticos.” Mézáros, István, *Op. Cit.*, p. 66.

concepción que sirvió de plataforma constitutiva y funcional de los partidos de izquierda (“de la clase”), que se mantiene hasta la actualidad.⁹⁰

De ahí que la re-articulación entre partido y clase, y entre partido, clase y pueblo –en Latinoamérica-, resulte una de las primeras tareas de la hora actual, y esto pasa, en primer término, por reconocer el contenido y el carácter sociopolítico de los nuevos movimientos de transformación de la sociedad y –en consecuencia- el de sus experiencias y expresiones organizativas. Esto resulta un proceso encadenado al de la construcción –en transición- de las nuevas conducciones sociopolíticas (colectivas re-articuladas) de los procesos de lucha (sectoriales, fragmentados) en Latinoamérica.

Así ocurrió, por ejemplo, con la experiencia políticosocial que dio origen al MAS, Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos, en Bolivia, y está latente en la propuesta de la CTA, aprobada en su recién celebrado VI Congreso (diciembre de 2002), convocando a construir un movimiento político, social y cultural.⁹¹

Las formas organizativas de estas búsquedas en transición son diversas. Está el caso, por ejemplo, del Frente Político Social, de Colombia. Impulsado por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en acuerdo con otras organizaciones sociales y políticas, resultó una experiencia sobre todo impulsada desde arriba, desde estructuras orgánicas que mantuvieron su tradicional dinámica de funcionamiento interno y de relacionamiento con las otras organizaciones y el pueblo. Esto fue, precisamente, lo que hizo posible la alianza frentista en las condiciones de ese momento, pero a la vez, su principal lado flaco o debilidad orgánico-política constitutiva (y constituyente).⁹²

En el caso del MAS-Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos, se trata de una organización político social en sí misma, no es una alianza de organizaciones políticas con movimientos sociales, sino una confluencia de organizaciones y movimientos sociales construida a partir de una decisión inicial del grupo campesino cocalero liderado por Evo Morales que advierte que no podrá intervenir en la arena política si no a través de la puerta que la legalidad le permite, y lógicamente que esa legalidad (en el capitalismo todo), excluye la participación política de los movimientos sociales como tales. De ahí que Evo Morales acuerde con el MAS (prácticamente un sello sin miembros efectivos activos en ese

⁹⁰. Aquel modelo mantuvo –y aún mantiene- la segregación y reclusión de las luchas sociales al ámbito de lo reivindicativo, y excluyó a éste del ámbito de lo político (considerándolo su antesala permanente). Por esa vía, lejos de acortar la enajenación de los trabajadores y el pueblo, no solo la mantuvo sino que la incrementó. El peor de los engendros de este punto de vista radica en la fragmentación entre el partido de la clase y la propia clase.

⁹¹. [Consultar la documentación disponible en: www.cta.org.ar]

⁹². Una de sus organizaciones miembros, al referirse a las características de ese Frente denota que no se asientan en prácticas precedentes de construcción, sino en previsiones de lo que “deberá ser”. La pregunta es, ¿a partir de dónde? “Se requiere –dicen-, de un Movimiento político y social donde confluyan los más variados sectores de la sociedad, para que bajo el criterio de la democracia comunitaria, de la conciencia social y política, construyamos los pilares para una nueva Colombia donde impere la justicia social y la paz.” [*Nuevos movimientos políticos: entre el ser y el desencanto*, Instituto Popular de Capacitación, Medellín, 1997, p. 339.

momento) para iniciarse en la política directa, y luego avanza en la construcción sociopolítica desde abajo, con los demás sectores.

El camino no ha sido ni es sencillo, las relaciones entre los diversos movimientos sociales tampoco. Por un lado, está la realidad de la crisis de identidad de los propios pueblos indígenas, que imponen las tareas del rescate de las raíces histórico culturales y las más estrictamente dirigidas a la reconstrucción de las identidades, teniendo en cuenta el camino recorrido, las nuevas identidades o identidades en transición que - en más de 500 años- se han formado también en esos pueblos.⁹³

Por otro lado –y en otro orden de cosas- no son pocos los que entienden que lo correcto es articularse subordinadamente a un partido de izquierda que asuma la responsabilidad política de guiar el proceso, no faltan tampoco las discusiones por discrepancia de caminos estratégicos –que en mi opinión, estarán presentes en todo proceso de esta naturaleza-. Más complejo culturalmente hablando desde la izquierda, se torna el proceso cuando los sectores sociales que enarbolan la lucha, que encabezan la resistencia y se plantean la reconstrucción del sujeto popular sociopolítico de la transformación, no se corresponden con los de las prácticas históricas: no son los mineros que tradicionalmente lideraron la COB, no son tampoco los obreros de las industrias, sino los campesinos cocaleros que se levantaron con la bandera de la resistencia frente a la injerencia del poder norteamericano, frente al despojo y aculturación que el desplazamiento significaba y significa para quienes dependen de ese cultivo desde hace siglos. El tratamiento del cultivo de la hoja de coca y su comercialización es indudablemente complejo y no puede abordarse parcialmente solo desde el punto de vista cultural, pero no viene al caso detenerme en ello en este momento. Me interesa subrayar ahora la realidad de que sea este sector campesino indígena el que asume la iniciativa política del proceso, al ocupar con sus reivindicaciones y resistencias el lugar central de las luchas; como luego ocurriera temporariamente en la ciudad de Cochabamba con otras organizaciones cuando la conocida “Coordinadora del agua”. Es desde ahí, rompiendo prejuicios entre sus pares, como comienza a re-articularse –en un proceso que lleva varios años-, sobre nuevas bases, la construcción sociopolítica del actual MAS boliviano.

⁹³. “¿Qué es lo que los unifica?, ser naciones originarias. Pero, ¿en que sentido se autoidentifican?, ¿qué es lo que los hace cuajar?. El estar negados. Es decir, no tienen espacio en la estructura del Estado, en la sociedad, no tienen espacio en las leyes, aunque han tratado de darles espacio, pero para ellos no es suficiente. ¿Por qué el quechua se une con el aymara, y éstos con los de las tierras bajas?, porque todos están negados por la sociedad oficial; están rechazados; no existen, no existieron nunca. Entonces, ¿qué es lo que los constituye como sujetos?, el estado de negación. ¿Por qué es eso lo que une? Porque no hay afirmación, porque a fin de cuentas, han pasado 500 años y lo suyo propio no es algo ya tan definido, tan claro, tan nítido. Están permeados de lo que rechazan, corre por sus venas esa lógica también. Entonces, ahí viene el desafío.

El gran desafío es el mismo que tendría una izquierda en el sentido marxista: qué es el socialismo ahora. Ellos están ante lo mismo; quieren una sociedad propia, que exprese su cosmovisión, su lógica, su concepción del mundo; una sociedad donde no haya explotación, donde haya reciprocidad, hermandad, que no es otra cosa que la versión comunitaria de una visión socialista utópica. Estamos en el desafío de unir -y yo no veo ninguna diferencia- la visión marxista con la de ellos, con la original, porque efectivamente el objetivo es el mismo. Pero ellos todavía no se encuentran a sí mismos, están en la búsqueda.” [Morales, Manuel, entrevista citada.]

¿Los partidos de izquierda? Algunos existen aún, pero en lo fundamental acompañan las luchas sociales, y defienden lo que consideran “su espacio” en las manifestaciones, actos públicos, etc. Aunque tal modo de actuar hasta el momento no puede considerarse negativo, es de esperar que asuman posiciones más activas dentro del campo sociopolítico boliviano, pues hace falta también recuperar (y transmitir) enseñanzas y experiencias, recuperar la memoria histórica, formar a los compañeros de las bases de los movimientos sociales.⁹⁴

El caso de Argentina, donde el movimiento político-sindical embanderado en la CTA es uno de los percusores más activos y claros de esta visión sociopolítica, resulta muy diferente a los dos antes mencionados. Su núcleo fundacional ha apostado desde el inicio al reencuentro colectivo de los trabajadores con la política, lo político y el poder; de ahí su decisión de romper con las estructuras clásicas de la central obrera tradicional, la CGT -clientelar respecto al Estado, los gobiernos de turno, y a los patronos-, inhabilitada radicalmente para asumir la lucha por (la reconstrucción de) el poder de los trabajadores. De todos modos, a mi modo de ver, el problema mayor no era la CGT, cuyo lazo se rompió con la creación de una nueva central, la CTA. El problema mayor –y la grandeza del acto- fue la herejía que dicha central iniciaba: desarrollar un sindicalismo político, reconstruir el poder de los trabajadores, construir y acumular poder desde abajo, transformar la sociedad desde sus raíces, articular los fragmentos sociolaborales centrífugamente expulsados desde las tripas del capital. Y transformar todo ello en un proyecto alternativo, para el cual sería necesario también –y a la vez- crear un nuevo tipo de organización (estructura orgánica): una organización sociopolítica.

Lo señalo como su problema mayor porque desde el inicio -además de la consabida penalización que recibió desde el poder dominante y la CGT-, fueron los propios partidos de izquierda los que –incluso siendo parte de la central- no le perdonaron a ese núcleo de trabajadores el atrevimiento de “sacar los pies del plato” sindical y reclamarse también como actores-sujetos políticos. En el imaginario de ellos, una central combativa tenía que “inclinarse la cabeza” ante lo que se supone era su expresión política más acabada: el partido de la clase⁹⁵ (sin importar si la clase lo reconoce o no como tal). La CTA debía constituirse –al decir de Mézáros- como ‘el brazo industrial’ de tales partidos, entonces sí afirmados como ‘brazo político’ de la clase. Obviamente, tantos prejuicios, barreras culturales y una cuota no menor de sectarismo, abonaron caminos hacia el desencuentro, un desencuentro que lleva más de una década con altos y bajos de acercamientos y alejamientos, al que es importante poner fin.

Recientemente el VI Congreso de la CTA se decidió masivamente por la formación de un movimiento políticosocial y cultural, cuestión que obviamente, los trasciende a ellos

⁹⁴. Con la salvedad de que es necesario modificar los patrones (y las modalidades y metodologías) de la formación política puesto que no es reproduciendo y repitiendo manuales –ni textos de los clásicos- como se alcanza firmeza ideológica y claridad política. Formar no es dar clases.

⁹⁵. Esto teniendo en cuenta además, que cada identidad partidaria (trotskista, marxista, maoísta...) disputa para sí, como exclusivo, el ser el “partido de la clase”.

como organización (si no, se trataría simplemente de un cambio de nombre de dicha central). Pudiera parecer a algunos que los cambios políticos ocurridos recientemente en Argentina han puesto fin a tal determinación colectiva. Sin embargo, el empeño estratégico de transformación radical de la sociedad de la CTA -que tiene como punto de partida la lucha cotidiana, paso a paso, contra la enajenación, económica, cultural, social y política-, lejos de desarmarse como proyecto, va incorporando nuevos sentidos, o nuevas dimensiones a los sentidos hasta ahora constituidos, convencida como está la mayoría de su militancia de que es desde adentro, desde sus propias filas los cambios irán abriendo caminos a otros nuevos, forjando también a los hombres y las mujeres capaces de impulsarlos en ámbitos sociopolíticos colectivos mayores.

No se trata -ni en esta ni en ninguna otra dimensión de la actividad social-, de “soplar y hacer botellas”; es necesario construir y transformar simultáneamente, abriendo procesos amplios desde abajo. Es por ello que -en mi opinión-, lejos de estar desestimada la apuesta y propuesta de la CTA, cada día tiene mayor fuerza y vigencia, como en Bolivia, como en Colombia, como en Ecuador, como en Venezuela, con todas las especificidades de su realidad sociopolítica.

Muchos han sido y son los prejuicios a enfrentar y superar, y -como señalé- no puede simplificarse de modo maniqueo y adjudicarles a los partidos de izquierda. El de Bolivia resulta un claro ejemplo de una realidad diferente, de patrones culturales instalados en el imaginario y acervo cultural de los propios luchadores obreros. Es por eso precisamente y en primer lugar, que hablo de obstáculos culturales cuando me refiero a las barreras mentales que se traducen en conductas políticas concretas. Es cultural la mirada que dirigimos a la realidad, culturales son las interrogaciones que formulamos, las lecturas que realizamos y las respuestas que elaboramos. Y la cultura predominante en la izquierda internacional en todo el siglo XX, está presente -de un modo u otro, en mayor o menor medida- en todos los que provenimos de algún sector de ella o fuimos formados bajo sus influjos.⁹⁶

Por eso, en los casos mencionados de Bolivia, de Argentina, de Colombia, o en los de otros países, lo más importante es dar el paso de iniciar el proceso de transformación radical, entendiéndolo como un proceso abierto y en construcción, con todas las ventajas, dificultades y expectativas que ello conlleva. Se trata de una búsqueda y un crecimiento colectivos con todas sus contradicciones, que no son otras que las de la vida.

⁹⁶. Para no sentirnos abrumados ante tantos desafíos quizá sea bueno recordar que -además de las consideraciones de fondo que reclaman modificaciones radicales-, la convulsión cultural que vivimos responde también al cambio de mundo. El mundo en que nacimos y en el que nos formamos los y las que tenemos más de 30 años se ha derrumbado, y los cambios no son un simple maquillaje. Como ejemplo de ello creo resulta suficiente el que nos muestra en el recuerdo un mundo bipolarizado regido por la búsqueda constante de mantener (o romper) el equilibrio de fuerzas por cada una de las partes, y el actual mundo unipolar, cuyo polo se manifiesta crecientemente irracional y agresivo contra la humanidad toda.

UN NUEVO TIPO DE CONDUCCIÓN POLÍTICA

1.

En procesos de resistencia, lucha y búsqueda de transformación de las sociedades latinoamericanas, los actores sociopolíticos emergentes han logrado una notable acumulación de fuerzas, de conciencia, de experiencia, de poder, de definiciones estratégicas acerca del sentido de sus luchas, y han conformado importantes conducciones sectoriales. El desafío es potenciar la actividad transformadora de los actores-sujetos hacia objetivos superiores, articulando su participación plena en los propuestas de lucha y transformación de la sociedad y, sobre esa base, avanzar en la construcción de la conducción sociopolítica colectiva.

Esto supone la articulación de diferentes modalidades organizativas y de conducción de las fuerzas sociales activas. Enfatiza cada vez con mayor fuerza la necesidad de generar espacios de coordinación y proyección colectivas, consensuadas hacia objetivos comunes. Y replantea en concreto el debate de la representación políticosocial y el de la estructura organizacional que la contendrá. Reclama:

-Un nuevo modo de articulación de los actores: horizontal, plural y multidisciplinaria.

-Un nuevo modo de dirección: *concertada* con la participación de todos, *construida* y definida *de abajo para arriba*, por cada uno de los actores protagonistas.

-Un nuevo modo de representación: que lejos de suplantar el protagonismo y la participación en las tomas de decisiones, los concerte y potencie sobre la base de modos participativos colectivos de funcionamiento, decisiones y gestión.

-Un nuevo tipo de organización política (o –donde sea posible- un cambio radical en la actitud de los partidos políticos de izquierda existentes): que articule e integre lo social-reivindicativo formando una instancia sociopolítica, buscando caminos concretos destinados a disminuir y poner fin a milenios de enajenación política, económica, social y cultural de los seres humanos explotados y oprimidos, empezando por reconocer en ellos la capacidad para protagonizar su historia.

Al plantearse la problemática de la conducción de los procesos sociales de transformación de la sociedad, ya no es posible pensar en una reedición de lo que fueron los partidos de vanguardia, en primer lugar porque la vida demostró que no eran tales vanguardias y, en segundo, porque en las actuales condiciones de fragmentación social, es imposible que una sola organización sea capaz de reunir todo el conocimiento de la diversidad, de representar y *arrastrar tras de sí* (esquema propio de toda vanguardia) al conjunto de fuerzas sociales populares y su diversidad de experiencias, culturas e identidades.

En América Latina existen experiencias –además de las ya mencionadas-, que en sus intentos por resolver esta problemática, contribuyen a profundizar las reflexiones actuales.

En algunos procesos –como el salvadoreño, por ejemplo- se intentaron superar las limitaciones del vanguardismo y el sectarismo de los años 70, con la propuesta -ya para los 90-, de construir una “vanguardia plural”, aceptando compartir las posiciones de vanguardia entre varios actores políticos de la izquierda actuantes entonces (FMLN, ERP, FPL). Ello constituiría –según tal concepción- una “vanguardia de coyuntura”, cuyos miembros podrían permanecer como parte de la vanguardia o no, una vez que pasara el momento coyuntural que los llevó a unirse. Paralelamente, se decretó la existencia de una “vanguardia estratégica”, una especie de vanguardia de la vanguardia, clarificada y cohesionada en relación con los objetivos estratégicos últimos de la lucha por la transformación de la sociedad.⁹⁷ Fue –no dudo- una vía efectiva para superar, en ese momento, la división existente entre las distintas organizaciones de izquierda, pero esa unidad tenía los pies de barro, pues –de un lado- establecían ciertas distancias ideológicas jerárquicas entre los integrantes de esa vanguardia de coyuntura, y –del otro-, porque –no obstante ello- descansaba en esa vanguardia (según ellos mismos, no confiable ideológicamente), la concreción de determinados objetivos estratégicos, para avanzar hacia otros superiores.

Más recientemente, en Argentina, partidos de izquierda nucleados en Izquierda Unida, intentaron acortar la fractura originaria de la organización política con respecto al movimiento obrero y de masas, proponiendo sumar a su grupo de partidos –que definen como “izquierda política”- los sectores que (según ellos) constituyen la “izquierda social”.

El planteo es agrupar en un bloque o frente, a todos los partidos u organizaciones políticas de izquierda, articulando una *izquierda política* que tendría la responsabilidad de dirigir lo que -según ellos- es la *izquierda social*, con la salvedad obligada de que cada uno de los integrantes de ese bloque de izquierda política tiene su “propia” izquierda social, por lo que esta propuesta resulta un poco más compleja que lo que se enuncia. Sin embargo, su limitación principal es que sostiene (disfrazada) la fractura (y subordinación jerárquica) entre partido político y movimiento social, entre partido y clase.

Esto daría una sumatoria ampliada del esquema verticalista subordinante, una especie de “re-make” del esquema vanguardista de los 70, sirviendo de base a nuevas modalidades de sectarismo y elitismo.⁹⁸ Siguiendo la ejemplificación gráfica empleada, lo expresaría así:

⁹⁷. Así lo expresaron en su momento, los dirigentes del FMLN salvadoreño. Ver: *Ideas nuevas para tiempos nuevos*, entrevistas a dirigentes salvadoreños realizadas por Marta Harnecker. Ediciones Biblioteca Popular. Chile, 1991, p. 51. Y: *Con la mirada en alto*, entrevistas a dirigentes de las FPL, realizadas por Marta Harnecker, Biblioteca Popular. Chile, 1991, pp. 109-113.

⁹⁸. El caso más nítido se sintetiza en la propuesta del Partido Comunista Argentino, cuando se refiere a la “izquierda roja”. No deja de reconocer que existen otras izquierdas, pero obviamente –al no considerarlas “rojas”-, las excluye del grupo de vanguardia, al que asume depositario de la responsabilidad de guiar a todos los demás por auto-declararse “izquierda roja”. “...*tenemos que empezar por unir a los que luchan y a la cultura de izquierda roja...*”, convoca un dirigente del PCA, en acto conmemorativo celebrado en Córdoba, Argentina, en 2001. [Tomado de www.nuestrapropuesta.org.ar]

En realidad, por esa vía –además de recrear la fractura originaria partido-clase-, se abren nuevos senderos al sectarismo y la descalificación de los demás actores sociopolíticos, ya que -cualquiera sea su identidad-, si no están encolumnados en alguno de los partidos de la izquierda política o en alguna de sus izquierdas sociales, de entrada, son estigmatizados como no integrantes de la mencionada “izquierda roja”, que quedaría [auto]jubicada

BLOQUE DE IZQUIERDA= izquierda política más izquierda social.



Ampliando el alcance de lo que significa ser de izquierda hoy en Latinoamérica, aceptando que la izquierda trasciende a la izquierda partidaria y comprende también a los movimientos sociales, junto a intelectuales, personalidades del mundo de la cultura, de las artes, de las comunicaciones, etc., esta propuesta puede considerarse una posible transición hacia posiciones de una re-articulación radical entre lo social y lo político.

La intención es -a mi modo de ver-, por un lado, superar la división existente entre las organizaciones políticas de la izquierda generando un espacio similar al de la “vanguardia plural” ahora identificado como “izquierda política” y, por otro, acortar las distancias entre los partidos de izquierda (vanguardia) y (algunos de) los movimientos sociales (masa). Pero es necesario ir más allá, profundizar el acercamiento iniciado hasta llegar al reencuentro raigal entre todos los actores sociopolíticos, y así (poder) construir la re-articulación partido-clase-pueblo sobre nuevas bases.

No basta con ampliar la supuesta condición de vanguardia y en vez de un partido dirigente tener cinco o seis; de lo que se trata es de construir una dirección que lejos de fracturar aún más lo social de lo político y sus actores, los integre, articule y cohesione desde la raíz, impulsando colectivamente la construcción de una dirección sociopolítica –necesariamente plural y articulada-, que signifique conjugación consciente de protagonismos, identidades, problemáticas y experiencias singulares; una dirección que se

ideológicamente por encima de todas las demás posibles izquierdas, lo cual, en Argentina –si se tiene en cuenta la fuerte presencia histórica del peronismo revolucionario (o izquierda peronista) en los '60 y '70, aunque hoy no cuenta con una presencia política orgánica definida-, no es un detalle menor. A veces pareciera que algunos sectores políticos de izquierda desean tanto superar sus errores históricos –por ejemplo, en la relación marxismo y peronismo-, que apelan al ocultamiento de la historia como si ello garantizara que en la actualidad no volvieran a repetirse. En realidad –en mi opinión-, ocurre lo contrario.

construya desde abajo con la participación directa y plena de todos los actores sociopolíticos.

2.

Las direcciones políticas se van construyendo y constituyendo en las diferentes coyunturas, tanto por la problemática a la que se enfrentan los diversos actores sociopolíticos, como por su capacidad para enfrentarla, por la correlación de fuerzas existente al interior del campo popular y respecto a las fuerzas de dominación. A través de ellas los diversos actores desarrollan un proceso en el cual van acumulando experiencias, conciencia y organización, que se traducen en formas y modos de dirección de los procesos sociales concretos y que enriquecen la experiencia histórica presente en algunos de ellos.

Esta acumulación ocurre con altas y bajas. Así como existen diferencias entre las coyunturas sociales, económicas o políticas, y ocurren constantes variaciones en la correlación de fuerzas en un país, el lugar del liderazgo de las fuerzas populares también está sujeto a variaciones: en un momento puede ser ocupado por un actor o conjunto de actores sociopolíticos y luego no, pueden darse casos en que un actor que integró la dirección de un proceso de lucha en determinado momento, luego, en otro, ni siquiera forme parte de la instancia de articulación, pueden abrirse incluso –la historia latinoamericana lo demuestra-, espacios y situaciones en que un liderazgo individual actúe como catalizador y catapultador del proceso colectivo,⁹⁹ lanzando al movimiento hacia retos superiores de construcción y tareas en una suerte de salto por un hueco negro de la historia.

Aceptar esto supone incorporar un criterio profundamente flexible y creativo en las cuestiones referidas a la organización, a los roles, juicios, métodos de trabajo, estructura interna, etcétera, de esa instancia colectiva de dirección, ya que la coordinación articuladora de los actores sociopolíticos habrá que construirla quizá de modos diferentes ante conflictos también diferentes y en momentos diferentes (sobre todo en el período inicial). Esto sin negar la necesaria acumulación de fuerzas y experiencias organizativas y de dirección, que solo podrá madurar sobre la base de la articulación y la coordinación de las capacidades alcanzadas por los diferentes actores sociopolíticos.

¿Qué hace posible entonces que una fuerza o un conjunto de fuerzas ocupe el lugar de liderazgo social y político en un momento dado? La capacidad para lograr en ese momento la articulación de actores sociales, políticos o sociopolíticos, necesaria (e históricamente posible) para enfrentar la lucha contra el poder en la forma y por los medios en que esta se manifieste.¹⁰⁰ Esta capacidad de articular requiere de un ejercicio

⁹⁹. El papel de Hugo Chávez en Venezuela, por ejemplo.

¹⁰⁰. Esto no niega que un núcleo de actores sociopolíticos pueda desarrollar de forma estable funciones de organización, articulación y dirección del conjunto de actores en diversas coyunturas. Apunta sobre todo, a rechazar la anterior separación entre vanguardias estratégicas y vanguardias de coyunturas que aceptaba que

permanente de labores coordinadas entre los diversos sectores, grupos, clases (y al interior de cada uno de ellos), en tanto éstos se van constituyendo en movimientos organizados. Los actores sociopolíticos ya constituidos tienen una responsabilidad mayor en esa coordinación: apoyar a los más jóvenes en su actividad hacia una profundización de su proyección social, respetando su propia dinámica, sus definiciones y ritmos.

En este sentido podría compartir la afirmación de que las posibilidades de articulación-constitución del sujeto popular “dependen precisamente de la existencia de entidades políticas capaces de impulsar esa politización y de imprimir una dirección al proceso,”¹⁰¹ en tanto y en cuanto esas entidades políticas no se pretendan reservadas a los partidos de izquierda; pueden ellos impulsar estos procesos, pero no es ese un lugar reservado a la espera de su reacción. Lo ideal es que se produzca de inicio una conjunción de iniciativas políticas en partidos y organizaciones sociales, pero puede darse incluso por parte de actores sociales en tanto actores sociopolíticos, sin el concurso directo de los partidos, (por ejemplo, la experiencia boliviana ya mencionada).

3.

Ninguna instancia organizativa puede sustituir a los protagonistas de las transformaciones en sus decisiones.

Considero importante retomar esta idea que entiendo tiene carácter de principio, en relación con el sujeto y la organización. Porque si el sujeto no es reductible (ni equiparable) a la organización política, tampoco lo es respecto de la instancia organizativa que contenga a la conducción. No hay ninguna instancia organizativa capaz de sustituir a los protagonistas de las transformaciones.

La instancia de conducción -como las organizaciones que de modo individual o colectivo sectorial se vayan construyendo-, no es el sujeto político de los cambios, sino el instrumento político de conducción -que siempre y todos los casos es político-social-, que es definido y adoptado por los diferentes actores sociopolíticos articulados-constituidos en sujeto popular, en diferentes momentos (coyunturas) del proceso sociotransformador para lograr los objetivos propuestos en cada fase, en proceso estratégicamente encadenado. Las formas de conducción así como las herramientas orgánicas construidas para realizarla resultan también instrumentales; están en función del sujeto popular constituido, y no a la inversa.

las vanguardias coyunturales llegaran a constituirse con cierta flexibilidad a partir de frentes o movimientos policlasistas, pero preservaba (a la vez que ubicaba en un escalón superior) la condición de vanguardia estratégica para las organizaciones políticas “de la clase obrera” y de estricta filiación marxista-leninista.

¹⁰¹. Baño, Rodrigo A., “Sobre movimiento popular y política”, Archivo del Centro de Estudios sobre América (CEA), DO 489, p. 23.

4.

Sujeto y conducción se intercondicionan mutuamente.

Tal afirmación puede parecer obvia, pero no resulta tan obvio comprender el profundo significado político que dicha afirmación encierra: no se puede hablar de la existencia de sujetos como tales, si estos no expresan su voluntad y conciencia a través de una presencia orgánicamente estructurada por ellos (o con su participación creativa directa) con la finalidad de conseguir sus objetivos, o sea, realizarse como tal sujeto, pero en ningún caso el sujeto popular real puede identificarse con su expresión organizativa, limitándose a ella.

La organización (en el ámbito grupal sectorial o colectivo) como conducción del proceso, es un instrumento fundamental del sujeto de los cambios –entendido en proceso histórico de su constitución, que no se agota en el período inicial-, supone al pueblo todo -proceso de des-enajenación simultáneo mediante-, en plenitud de capacidades para construir un mundo a su imagen, semejanza y deseos. Desde esta perspectiva, este proceso constitutivo de sujetos engloba a la humanidad toda, buscando (como su ideal, su utopía) abarcar al ser humano como tal, en proceso de reencuentro con su “esencia humana”, al decir de *Los Manuscritos...* que es un proceso de creación de la misma, en reencuentro –sobre nuevas bases- con la naturaleza y el cosmos.

5.

Para afirmar la presencia de una conducción política no basta con una instancia organizativa que articule a los actores sociopolíticos fragmentados; es necesaria también la confluencia de tres factores cuya presencia considero indispensable: a) En la correlación de fuerzas (políticas), ser capaz de subordinar los conflictos del poder a los intereses y necesidades de las luchas sociales, o sea, romper con el estado actual (predominante) de la relación política de fuerzas, que subordina las luchas sociales a los intereses de los conflictos (y necesidades) de los sectores del poder.¹⁰² b) Capacidad de anticipación y -sobre esa base-, c) Capacidad de cambiar sobre la marcha el rumbo prefijado súbitamente, según lo exija el desarrollo de los acontecimientos, es decir, darse cuenta de los saltos y adecuar el ritmo de lucha, convocatoria y conducción a las (constantes) nuevas exigencias que abre el proceso.

¹⁰². “Luchar es siempre importante, pero para quienes buscan encaminar procesos y definir situaciones convergentes con objetivos propios, es imprescindible que estas luchas sean las que marquen el rumbo y el ritmo de los acontecimientos y los conflictos entre los sectores del poder y no al revés, es decir, que no sean arrastradas e instrumentalizadas por los conflictos de los sectores dominantes pues, en tal caso, quedarán encerradas dentro de su lógica y serán funcionales a sus requerimientos. Como señala Samir Amín: ‘De lo que se trata es de no subordinar las luchas a los conflictos, sino obligar a los conflictos a subordinarse a las luchas.’” [Rauber Isabel, “Argentina, hora de unidad y de patria”, en el libro: *Qué son las asambleas populares*, Ediciones Continente-Peña Lillo, Buenos Aires, 2002, p. 75.]

A propósito de esto, reflexionando sobre la rebelión popular ocurrida en Argentina en diciembre de 2001, escribí sobre la relación entre lo espontáneo y lo consciente:

“La [auto]convocatoria espontánea de amplios sectores de la población hacia las calles y plazas en todo el país, marcó indudablemente el ritmo, las formas y el contenido de lo acontecido en diciembre. Tomando lo espontáneo como lo que es, parte de todo movimiento, también del movimiento social, debe entenderse que su irrupción en algunos momentos del desarrollo de las luchas sociales, resulta –además de inevitable- necesaria para avanzar. Lejos de considerarlo como un “defecto” del proceso de construcción social y política, el desafío es ser capaces de captar –anticipadamente- el instante en que lo espontáneo irrumpirá con fuerza acelerando el curso de los acontecimientos, saltando vallas –tal es el arte de la conducción política-, y estar en condiciones de convocar y conducir al pueblo hacia la conquista de los objetivos propuestos. Lograr esto es cuestión de olfato político: tener la capacidad de percibir, de intuir el momento y prepararse para actuar en medio de él. Son dos elementos: capacidad de anticipación, y –sobre esa base- de convocatoria y conducción. Este es uno de los factores claves que –como déficit- evidencian los hechos de diciembre.

Otro, tiene que ver con la concepción acerca de la dinámica interna de los procesos sociales, que aún se evidencia como predominante en la mayoría de las organizaciones sociales y políticas existentes. En los sucesos de diciembre la aceleración del proceso y la masividad de protagonistas es tal, que rebasa las posibilidades organizativas y de propuestas desarrolladas hasta el momento por el movimiento social y político, y ello evidencia la presencia de una concepción que entiende el desarrollo de los procesos de luchas sociales, el proceso de acumulación y construcción, desde una perspectiva gradual, es decir, como sumatoria lineal y consecutiva de las partes al todo.¹⁰³ La acumulación supone la gradualidad, es cierto, pero se asienta y se realiza en los saltos, y estos ocurren a través de la conjunción-contracción de lo espontáneo y lo consciente en un instante, como produciendo un *crack* que anuda la continuidad con la ruptura, lanzando a los protagonistas como por un hueco negro de la historia.

A ello hay que sumarle la realidad de la sectorialidad y la fragmentación de las luchas y sus actores, el intento de algunos sectores de tomar distancia de manifestaciones como la de los piqueteros, y la sobrevivencia de la división entre actores (organizaciones) políticos y sociales, producto tanto de prejuicios presentes en uno y otro sector, como del predominio de un espíritu de secta que late agazapado atrás de cada argumento divisionista. Tales deficiencias están presentes como obstáculos, en mayor o menor medida, entre los diversos actores del campo popular. La rebelión de los argentinos tiene la gran virtud de

¹⁰³. No existe un *todo* predeterminado, final, al que haya que “llegar”, ni un tiempo y un camino ya fijados para ello; lo van dibujando entre los distintos actores populares con su participación, sus ritmos y en sus tiempos. El *todo* es siempre también cada una de las partes, está latiendo en ellas y existiendo en los modos concretos de su articulación en cada momento.

mostrar el poder del pueblo, de recuperar y reverdecer su autoestima y la confianza en sí mismo, y también de evidenciar crudamente fortalezas y debilidades...”¹⁰⁴

6.

Es imprescindible crear y desarrollar una nueva cultura entre los actores sociopolíticos, que acompañe y fortalezca su articulación.

Construir una conducción sociopolítica colectiva, plural, articulada horizontalmente, supone necesariamente una diferenciación de roles entre todos y cada uno de los actores sociopolíticos. Lo cual alude directamente a la necesidad de cambiar las relaciones tradicionalmente instaladas entre los partidos de izquierda y las organizaciones sociales o de masas y los movimientos sociales (y al interior de cada uno), fundando otras nuevas sobre la base del desarrollo creativo de la democracia, la participación y la horizontalidad.

El desarrollo de nuevas prácticas al interior de las organizaciones sociales y políticas -y entre ellas-, irá sedimentando nuevos modos de construcción y relacionamiento, y todo ello irá abriendo cimientos para la formación y el desarrollo de una nueva cultura en y entre los actores sociopolíticos. Las demoras y prejuicios en este sentido, evidencian que no existe todavía una clara comprensión de lo que esto significa y, a la vez, la sobrevivencia de la cada vez más envejecida cultura. Por ejemplo:

-Entre los partidos de izquierda -en gran medida respondiendo a posiciones defensivas-, se atrincheran más nítidamente las viejas concepciones. Por un lado, estos mantienen sus relaciones subordinantes para con las organizaciones sociales, y de modo directo con aquellas alineadas tras sus banderas. Por otro -en algunas realidades-, despliegan una competencia despiadada con las organizaciones sociopolíticas en formación, buscando imponer su dirección en los espacios colectivos que se abren, práctica que frecuentemente abona el camino del estancamiento o el fracaso de las experiencias que intentan una construcción plural, multisectorial y multidimensional.

-En las filas de las organizaciones sociales -de modo inducido o espontáneo- han germinado posiciones corporativistas o apoliticistas que no admiten ninguna relación con los partidos, tampoco con los de la izquierda. Otras reconocen la necesidad de construir frentes o ámbitos políticosociales, pero -asumiéndose legítimamente como actores sociopolíticos- imaginan (de un modo simplificado) que, transformando a sus organizaciones sociopolíticas en partidos políticos, la fractura entre lo social y lo político queda eliminada y político-social se abre paso.

En algunas realidades, como en Argentina, por ejemplo, las posiciones en uno y otro sector se han polarizado. En determinadas organizaciones populares (sectoriales e intersectoriales), se consolidan sentimientos de rechazo a los partidos políticos sin distinguir

¹⁰⁴. Rauber, Isabel, "Argentina, hora de unidad y de patria", en el libro: *Qué son las asambleas populares*, Ediciones Continente-Peña Lillo, Buenos Aires, 2002, pp. 72-73.

izquierda ni derecha; en todos ven “más de lo mismo”. Entre los partidos de izquierda, todavía existen algunos que continúan evadiendo las necesarias reflexiones críticas y autocríticas que reclaman las realidades sociales, a la vez que desoyen los señalamientos críticos provenientes de organizaciones sociales, a las que frecuentemente descalifican *a priori* por considerar que responden a posiciones reformistas, espontaneístas, movimientistas, etc. El resultado es la falta de diálogo franco y abierto entre ambos sectores, y la escasa o absoluta ausencia de pensamiento crítico, que se traduce en el sostenimiento de prácticas políticas en uno u otro ámbito, que poco contribuyen a superar errores o limitaciones. Así, no pocas veces los ejes de las luchas se confunden, y -olvidándose de hecho del poder de los poderosos-, se dedican más esfuerzos y energías a luchar contra las organizaciones populares que piensan y actúan de un modo diferente al propio, que a convocar a la población que aún permanece como espectadora en sus casas, a ser protagonista de las luchas. Lejos de avanzar hacia la articulación como camino a la unidad, de la mano del sectarismo y los prejuicios, crecen aún más la división y la fragmentación.

La búsqueda de soluciones al divorcio existente entre partidos y organizaciones sociopolíticas reclama una labor de reflexión conjunta, integradora. Sin embargo, no es una tarea sencilla.

El peso de la cultura política de la izquierda acuñada por las prácticas de lucha y organización de los pueblos durante el siglo XX, prevalece aún hoy como “know how” de las organizaciones sociales y políticas populares de Latinoamérica, simultáneamente al nacimiento y desarrollo de nuevos modos de existencia, actuación y protagonismos políticos y sociales. El choque entre las nuevas concepciones que van conteniendo y proyectando a las nuevas prácticas y sus protagonistas, y los paradigmas pre-existentes que no se corresponden con lo que se está produciendo en la realidad, actúa como barrera u obstáculo, incluso en el seno de los propios autores de los cambios. El peso mayoritario y fuerte lo tiene la cultura verticalista subordinante, incluso dentro de organizaciones sociales que propugnan lo nuevo, que se plantean construir desde la democracia, la horizontalidad y la participación plena de todos los actores, pero sostienen prácticas que no pocas veces contradicen a sus postulados y proposiciones. Esto es así porque estamos en presencia de un fenómeno de índole cultural, en el pleno sentido que el concepto cultura tiene.

La construcción práctica cotidiana de lo nuevo y la reflexión sobre esas prácticas irán construyendo un nuevo saber colectivo que, partiendo de la experiencia –en un proceso práctico-pedagógico de aprendizaje colectivo-, vaya conformando (y acuñando en la memoria) un nuevo modo de hacer, de estar, de ser y de interrelacionarse con los demás, es decir, un modo de proyección social culturalmente diferente, conformando también un poderoso movimiento sociocultural.¹⁰⁵

¹⁰⁵. Todas las experiencias sociopolíticas del continente son un fiel ejemplo de esto, entre ellas, las de Chiapas, en México, y el Movimiento Sin Tierra, de Brasil. Esta última resulta ser –quizá por el empeño sostenido, prolongado y sistemático de la misma-, una de las que mayores riquezas y enseñanzas ha acumulado al hacer de esto una de sus banderas de constitución y desarrollo. Es necesario que todos nos apropiemos de esta como

El peso de la cultura vanguardista está presente con mayor fuerza en los partidos de izquierda, pero también se expresa en las mentalidades de aquellos que integran las organizaciones sociales y esperan “la orientación”; está presente también en la concepción de lo que debe ser una organización política y los todavía extendidos criterios acerca de lo que significa hacer política y quiénes la hacen (representación), y todo esto, de conjunto, bloquea el reconocimiento por parte de unos y otros de la necesidad de modificar su prácticas y -por esa vía- modificarse a sí mismos, apoyándose en el diálogo abierto y franco entre todos aquellos actores políticos tradicionales y los sociopolíticos, que –aun siendo más jóvenes-, en su lucha por la sobrevivencia y en la resistencia al nuevo modelo de sociedad, han acumulado una rica experiencia en la organización de la población en los sindicatos, en zonas campesinas, en las grandes concentraciones urbanas, en las comunidades indígenas...

7.

Las reflexiones sobre las experiencias de luchas sociales en Latinoamérica, particularmente acerca de aquellas que han construido articulaciones sociopolíticas, permiten identificar un conjunto de elementos que contribuyen a caracterizar algunos pilares básicos para promover el desarrollo de las relaciones sociopolíticas propuestas. Las prácticas específicas y las posibilidades concretas de avanzar y construir colectivamente la dirección políticosocial de los procesos de transformación en cada lugar, irán enriqueciendo, profundizando, mejorando, modificando o ampliando estos elementos iniciales acorde con las condiciones particulares concretas de cada lugar.

--Respetar la autonomía de cada uno de los actores sociopolíticos.

El concepto autonomía, indica la presencia de cualidades diferenciadoras en cada una de las partes autónomas a la vez que da cuenta del sentido de pertenencia de éstas al todo del que se señala su condición de autónoma, es decir, diferenciada e interdependiente, en interrelación con las otras partes autónomas e intercondicionadas por y hacia ellas. A diferencia de la noción de independencia, la de autonomía supone la necesidad de la articulación, es la base para ella.

Construir una organización sociopolítica, sindical o barrial autónoma en su relación con otras similares, implica promover la autonomía también en su interior, lo que supone la participación democrática y plena de sus miembros en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas.

de otras experiencias, para crecer colectivamente no solo a nivel local-nacional sino articulados (y articulando) a un gran movimiento socio-político-cultural continental. La realización del Foro Social Mundial y los foros temáticos y continentales, marcan buenas pistas en este sentido.

--Reconocer la identidad de cada actor social.

El respeto a la autonomía de los actores sociales, sociopolíticos o políticos, implica directamente el reconocimiento de su identidad. Y la identidad, al igual que la organización, que la conciencia, que el propio actor-sujeto, se construye en la lucha,¹⁰⁶ esto es, mediante la relación con los otros, dentro del mismo campo popular y, teniendo a éste como lugar de pertenencia, en su relación con las fuerzas del campo de la dominación.

Identidad alude a lo que define a un colectivo humano como tal colectivo y no otro, es decir, a lo que lo unifica, lo cohesiona en su interior a la vez que lo diferencia de todo lo exterior a él (en diferentes grados). O sea, que, si toda identidad alude a una diferencia respecto de otros, el reconocimiento y respeto de las identidades no es otra cosa que el reconocimiento y respeto de esas diferencias. Es esto lo que está en la base de la posibilidad de establecer relaciones horizontales en la articulación de los diversos actores sociopolíticos.

Un segundo problema es llegar a definir en torno a qué objetivos se logrará esa articulación, pero esto está también muy anudado a los aspectos anteriores, ya que la definición de esos “qué” no vendrá dada de parte alguna sino que será parte y resultado de ese proceso de construcción plural articulada.

--Promover y desarrollar relaciones horizontales entre los diversos actores sociopolíticos.

La superación del anterior esquema jerarquizado subordinante y vertical de organización y concepción de la dirección del sujeto transformador es un elemento clave a tener en cuenta en el debate en torno a la conformación del sujeto popular. Aunque en este momento, el desarrollo de relaciones horizontales sea mayoritariamente un propósito, es importante persistir en su construcción asumiéndolas como basamento que contribuirá a la constitución del sujeto popular del cambio en cada país.

--Articular los distintos espacios de luchas respetando las decisiones de cada sector y también sus ritmos.

Esto es particularmente notorio para las organizaciones sociales campesinas, y aquellas asentadas en barrios populares. Estas funcionan a partir de lo cotidiano en un ámbito territorial definido, tienen muy presente que,

“Los procesos democráticos de participación implican, en cierto modo, lentitud, porque hay que montar la lucha desde la base y esto requiere de encuentros, asambleas, jornadas de trabajo, reflexión, lo que es totalmente diferente a montar un programa de lucha entre cinco, seis o diez dirigentes en una mesa de trabajo. Por más claridad teórica y política que tengamos, ese programa nunca será asumido realmente por la población.

¹⁰⁶. “En esta relación conflictiva, en las luchas, es donde se van perfilando las identidades de los diversos actores. (Esto implica) que las identidades se van construyendo en relación con otras; ellas no existen a priori y la lucha es ‘sobre la formación misma de los sujetos, lucha por determinar-articular los límites sociales’” Sojo, Ana, *Mujer y Política*, Editorial DEI, San José, 1988, p. 34.

La dificultad de COPADEBA para coordinar con las organizaciones de izquierda partidaria es por eso, porque vamos a un ritmo lento. Siempre nos planteamos partir de las necesidades de la gente y tratamos de incorporar cada vez a más personas a este proceso. No montamos nunca un programa de lucha desde arriba, ni en la coordinación de COPADEBA, ni con otros grupos populares. Porque luego los mismos dirigentes tenemos que ejecutar ese programa y la gente nos va a mirar desde la acera de su casa. Y eso no es lo que nosotros queremos.”¹⁰⁷

--*Superar los prejuicios presentes en una y otra parte.*

El respeto a la identidad y autonomía de cada cuál –base para el desarrollo de relaciones horizontales entre los diversos actores sociopolíticos-, implica una relación biunívoca que no siempre se logra. En este sentido, superar prejuicios o criterios arraigados por antiguas prácticas, tanto por parte de los partidos de izquierda como de las organizaciones sociopolíticas populares, es un requisito primero. Las nuevas relaciones entre los actores sociales y políticos, la conformación de los sociopolítico colectivo, irá cuajando en la propia práctica de construcción, sin recetas preconcebidas, precisamente porque se asienta en el reconocimiento de la autonomía e identidad de cada uno de los actores sociopolíticos y en el de la horizontalidad de sus relaciones.

De ahí que el objetivo fundamental de estos planteamientos –lejos de pretender presentar un conjunto acabado de pasos que habría que dar para resolver el actual y antiguo y radical divorcio entre los partidos de izquierda y las organizaciones y movimientos sociales-, sea el de contribuir -sobre la base de las enseñanzas actuales y las que vayan surgiendo de las experiencias concretas de resistencia y lucha de los distintos actores sociopolíticos latinoamericanos-, a una reflexión profunda sobre las prácticas, a una revisión crítica y autocrítica del modo en que se ha trabajado durante muchos años en uno y otro sector y en las relaciones entre ambos y, a la vez –sobre esa base-, a un replanteo de la concepción con la que se ha llevado y se lleva adelante ese trabajo y esa relación.

Esto supone un replanteo conceptual y metodológico acerca de la política, lo político, y sus protagonistas, y acerca de cómo hacer política de un modo y con un contenido que se corresponde con las experiencias acumuladas y las exigencias actuales de las luchas y la situación histórico concreta que vivimos. Es un profundo llamado a la creatividad e imaginación, potenciando la capacidad de aferrarse a la vida, de amar, y de soñar de los pueblos.

Otro mundo será posible si somos capaces de anticiparlo creadoramente en nuestras mentes y hacerlo realidad colectivamente con nuestras prácticas, día a día. El reto es comenzar a hacerlo realidad presente desde ahora, en nuestras organizaciones, en nuestras familias, en cada uno de nosotros y nosotras ♦

¹⁰⁷. Guevara, Nicolás, tomado de: *Construyendo poder desde abajo*, Op. Cit., p. 41.

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- Adorno, T. W., Dahmer, H., IEM, R., Lorenzer, A., Jensen, H., (comp.), Teoría crítica del sujeto, ensayos sobre psicoanálisis y materialismo histórico, Siglo XXI,
- Amín, Samir, *Crítica de nuestro tiempo*, Siglo XXI, México, 2001.
- Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI, México, 1997.
- El hegemonismo de Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo*, El Viejo Topo, España (S/F).
- Antunes, Ricardo, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*. Cortez Editora, Sao Paulo, 2001.
- Arellano, Karina, De Gennaro, Lucía, *Identidades, Palabras e Imaginario*, Central de Los Trabajadores Argentinos, 2002.
- Badiou, Alain, *El ser y el acontecimiento*, Manantial, Buenos Aires, 1999.
- Baño, Rodrigo A., "Sobre movimiento popular y política", Archivo del Centro de Estudios sobre América (CEA), DO 489.
- Boff, Leonardo, *¿Choque de civilizaciones?*, ALAI, versión digital, abril 2003.
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, 2000 (Segunda reimpresión).
- La Distinción*, Taurus, Madrid, 1998.
- Castro, Fidel, *La historia me absolverá*.
- Colectivo Situaciones, MTD de Solano, *La hipótesis 891, Más allá de los piquetes*, Ediciones de Mano en Mano, Buenos Aires, 2002.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002 (Quinta edición).
- Dussel, Enrique, *Ética de la Liberación*, Editorial Trotta, Madrid, 1998.
- Engels, Federico, "Principios del comunismo", *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, T1, Moscú, 1976.
- EZLN, *documentos y comunicados* No. 1. Ediciones Era, México, 2000 (Quinta reimpresión).
- Foucault, Michel, *Hermenéutica del sujeto*, Altamira, La Plata, 1996.
- Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, tercera Edición, 1992.
- Gallardo, Helio, *Elementos de política en América Latina*. Editorial DEI, San José. 1989.

- Habermas, Jürgen, *La necesidad de revisión de la izquierda*, Tecnos, Madrid, 1996. Segunda edición)
- Harnecker, Marta, *Ideas nuevas para tiempos nuevos*, Ediciones Biblioteca Popular. Chile, 1991.
- Con la mirada en alto*, Biblioteca Popular. Chile, 1991.
- Harnecker, Marta, y Rauber, Isabel, *Memoria Oral y Educación Popular*, CENDAL, Bogotá, 1996.
- Hinkelammert, Franz, *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, 2002.
- Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder, el significado de la revolución hoy*, Herramienta-Universidad Autónoma de Puebla, Buenos Aires, 2002.
- Lenin, V. Illich, “¿Qué hacer?”, *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, T. 6.
- “La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo”, *Obras Completas*, T 31, Editora Política, La Habana, 1963
- Marx, Carlos, *Miseria de la Filosofía*, Editora Política, La Habana, 1963.
- Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Instituto del Libro, La Habana, 1973.
- “Tesis sobre Feuerbach”, *Obras Escogidas* en dos tomos, T II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.
- Mészáros, István, *The alternative to capital's social order*, K P Bagchi & Company, Kolkata, 2001. [En inglés]
- Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001.
- Morales, Evo, “Carta a los participantes del 3° FSM”, 27 de enero de 2003, (fsmcredealt@uol.com.br).
- “¿Pensamiento único en filosofía política?”, *Actuel Marx*, Edición Argentina, Buenos Aires, 2001.
- Rauber, Isabel, *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, UMA, Buenos Aires, 1997. (Segunda edición)
- “Argentina, hora de unidad y de patria”, en el libro: *Qué son las asambleas populares*, Ediciones Continente-Peña Lillo, Buenos Aires, 2002.
- Claves para una nueva estrategia, construcción de poder desde abajo*. Pasado y Presente XXI, Santo Domingo, junio 2000.
- Construyendo poder desde abajo*, Debate Popular, Santo Domingo, 1994.

- Entrevistas a referentes de diversas organizaciones y movimientos sociopolíticos latinoamericanos: *Víctor De Gennaro, Marta Maffei, Víctor Mendibil, Pablo Micheli, José Rigane*, de la CTA, Argentina; *Andrés Cepeda, Nicolás Guevara y Chichí Ceballos*, de COPADEBA, República Dominicana; *Evo Morales, Manuel Morales*, del MAS, Instrumento político para la Soberanía de los pueblos, Bolivia; *Blanca Chancoso*, de la CONAIE y Ecuarrunari, Ecuador; *Wilson Borja, Jaime Caicedo*, del Frente Político-Social de Colombia; *Joao Pedro Stédile*, del MST, Brasil; *Juan Cruz, Jorge Cevallos, Luis D'Elía, Juan Carlos Alderete*, de las organizaciones piqueteras argentinas: "Aníbal Verón", Barrios de Pie, FTV, y CCC, respectivamente. (Todas inéditas)
- Género y Pobreza*, Ediciones Pasado y Presente XXI-UNESCO, Santo Domingo, 2002.
- Género y poder*, UMA, Buenos Aires, 1998.
- Hijas del Sol*, Ixoquib, México, 1992.
- La Argentina de los piquetes*, Documentos desde abajo, Colombia, 2003.
- Los errores del PRT-ERP*, archivos de Pasado y Presente XXI, 1989 (inédito).
- "Los dilemas del sujeto", ponencia presentada a la "Conferencia Científica Internacional por el 120 aniversario de la muerte de Carlos Marx", realizada en La Habana, entre el 5 y el 8 de mayo del 2003.
- "Mujeres piqueteras: el caso de Argentina", en: *Globalización económica e identidad de género*, UNESCO –IUED-DDC, Ginebra, 2002.
- Profetas del Cambio*, Mepla, La Habana, 1997. (*Una Historia Silenciada*, Editora Jurídica, Buenos Aires, 1998).
- Romper el cerco*, Editorial de Ciencias Sociales, la Habana, 2001.
- Tiempo de Herejías*, Pasado y Presente XXI, Santo Domingo, 1999. (Instituto de la CTA, Buenos Aires, 2000)
- Revista *Pasado y Presente XXI*, Santo Domingo y México, (anuario), años 2001 y 2002.
- Rodas Chávez, Germán, *La izquierda ecuatoriana en el siglo 20, aproximación histórica*, Abya Yala, Quito, 2000.
- Rodríguez Ugidos, Zaira, *Filosofía, ciencia y valor*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- Salette Caldart, Roseli, *Pedagogía do Movimento Sem Terra*, Editora Vozes, Petrópolis, 2000. (En portugués)
- Sanín Vásquez, José L. (comp.), *Nuevos movimientos políticos: entre el ser y el desencanto*, Instituto Popular de Capacitación, Medellín, 1997.
- Schaff, Adam, *El marxismo a final de siglo*, Ariel, Barcelona, 1994.

- Sojo, Ana, *Mujer y Política*, Editorial DEI, San José, 1988.
- Vázquez, Silvia A., compiladora, *El análisis de coyuntura, hacia un enfoque desde los sujetos sociales*, Cuadernos de Formación Sindical, CTERA, Buenos Aires, 2002.
- Zemelman, Hugo, *Necesidad de conciencia*, Anthropos, Barcelona, 2002.